

ENCICLICA "MEDIATOR DEI ET HOMINUM"(*)

(20-XI-1947)

SOBRE LA SAGRADA LITURGIA

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

INTRODUCCIÓN:

*Sacerdocio y movimiento Litúrgico**1. Misión sacerdotal de Cristo en la Liturgia*

AAS 39 521 **1. Jesucristo, Redentor del mundo, Sumo Sacerdote.** "El Mediador entre Dios y los hombres"⁽¹⁾, el gran Pontífice que penetró hasta lo más alto del cielo, Jesús, Hijo de Dios⁽²⁾, al encargarse de la obra de misericordia con que enriqueció al género humano con beneficios sobrenaturales, quiso, sin duda alguna, restablecer entre los hombres y su Creador aquel orden que el pecado había perturbado y volver a conducir al Padre Celestial, primer principio y último fin, la mísera descendencia

de Adán, manchada por el pecado original. Por eso, mientras vivía en la tierra, no sólo anunció el principio de la redención y declaró inaugurado el Reino de Dios, sino que se consagró a procurar la salvación de las almas con el continuo ejercicio de la oración y del sacrificio, hasta que se ofreció en la Cruz, víctima inmaculada para limpiar nuestra conciencia de las obras muertas y hacer que *tributásemos un verdadero culto al Dios vivo*⁽³⁾. Así todos los hombres, felizmente apartados del camino que desdichadamente los arrastraba a la ruina y a la perdición, fueron ordenados nuevamente a Dios, para que colaborando personalmente en la consecución de la santificación propia, fru-

(*) A. A. S., 39 (1947) 521-595. No quisiéramos dejar de señalar y reseñar aquí un documento litúrgico posterior de Pío XII. A los participantes del Congreso Internacional de Liturgia pastoral, celebrado en Asís del 18-21 de Septiembre de 1956, cuya importancia se colige del solo hecho que asistieran a él 5 cardenales, 50 arzobispos y obispos y más de 1.200 sacerdotes entre clero regular y secular, dirigió Pío XII, en la audiencia del 22 de Septiembre en Roma un discurso en que destacó el carácter "pastoral" de la Liturgia junto con los problemas que el porvenir ha de resolver. El Papa no descendió en su alocución a detalles "concretos" como se esperaba, sino que "recogió algunos aspectos más esenciales que se discutían y se discuten en el plano del encuentro entre la Liturgia y la ciencia dogmática y que Nos preocupan más" decía Pío XII, agrupando sus pensamientos bajo dos títulos: I. "La Liturgia y la Iglesia" y II. "La Liturgia y el Señor". Por su importancia ocupará esta alocución para siempre un lugar seguro entre los documentos litúrgicos de la Iglesia de nuestros tiempos, sobre todo por lo que afirma en la primera parte, o sea que la Liturgia es la acción de toda la Iglesia y de todos sus miembros, así como por lo que niega: la Liturgia no constituye toda la acción de la Iglesia.

En la primera parte enseña, pues, que la Liturgia no es un asunto privado y privativo de un grupo particular dentro de la Iglesia sino una "función vital" de todos sus miembros por consiguiente nadie puede mantenerse alejado, indiferente o neutral frente a ella sino que es el culto divino que todo el Cuerpo Místico, Cabeza y miembros debe rendir a Dios. Pero no son los fieles sino la jerarquía quien forma y dirige la Liturgia. Sin embargo, "la Liturgia no es toda la Iglesia; no agota todo el campo de sus actividades", hay aun actividades docentes y pastorales que constituyen una parte muy esencial de ella. En la segunda parte habla el Papa primero de la "Acción de Cristo" o sea del sacrificio de nuestros altares, el cual es, (segundo punto) superior a la presencia real y verdadera de Cristo en la Sagrada Hostia y para luego, en el tercer punto, realzar la divinidad de Cristo, "razón y fuente del culto" eucarístico.

"La Liturgia confiere a la vida de la Iglesia y a toda manifestación religiosa de hoy una huella característica. Se nota sobre todo una participación activa y consciente de los fieles en los actos litúrgicos. De parte de la Iglesia, la Liturgia actual lleva consigo una inquietud de progreso; pero también de conservación y de defensa... Vuelve al pasado sin copiarlo servilmente, y los crea de nuevo, en las mismas ceremonias, en el uso del lenguaje vulgar, en el canto popular y en la construcción de las Iglesias". Véase el texto íntegro al final de la presente Encíclica, en la nota (190). Al final del texto de "Mediator Dei", AAS trae un prolijo esquema de todo lo tratado en la Encíclica que paso a paso sigue el desarrollo "para provecho del lector" como dice la nota; ver AAS 39 p. 596-600 (P.H.).

(1) I Tim., 2, 5.

(2) Compárese Hebr. 4, 14.

(3) Compárese Hebr. 9, 14.

to de la sangre inmaculada del Cordero, dieses a Dios la gloria que le es debida.

Quiso, pues, el Divino Redentor que la vida sacerdotal por El iniciada en su cuerpo mortal con sus oraciones y su sacrificio, en el transcurso de los siglos, no cesase en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia; y por esto instituyó un sacerdocio visible, para *ofrecer en todas partes la oblación pura*⁽⁴⁾, a fin de que todos los hombres, del Oriente al Occidente, liberados del pecado, sirviesen espontáneamente y de buen grado a Dios por deber de conciencia.

2. Renovación litúrgica de la Iglesia

2. La Iglesia continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo, en la Misa, los Sacramentos y el Oficio. La Iglesia, pues, fiel al mandato recibido de su fundador, continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo, sobre todo mediante la Sagrada Liturgia. Esto lo hace, en primer lugar, en el altar donde se representa perpetuamente *el sacrificio de la Cruz*⁽⁵⁾ y se renueva con la sola diferencia del modo de *ser ofrecido*⁽⁶⁾; en segundo lugar, mediante los Sacramentos, que son instrumentos peculiares, por medio de los cuales los hombres participan de la vida sobrenatural; y por último, con el cotidiano tributo de alabanzas ofrecido a Dios Optimo Máximo. “*¡Qué espectáculo más hermoso para el cielo y para la tierra que la Iglesia en oración! —decía Nuestro Predecesor Pío XI de feliz memoria—. Siglos hace que, sin interrupción alguna, desde una medianoche a la otra, se repite sobre la tierra la divina salmodia de los cantos inspirados, y no hay hora del día que no sea santificada por su liturgia especial; no hay período alguno en la vida, grande o pequeño, que no tenga lugar en la acción de gracias, en la alabanza, en la oración, en la reparación de las preces comunes del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia*”⁽⁷⁾.

3. Despertar de los estudios litúrgicos y movimiento litúrgico actual. Sa-

béis sin duda alguna, Venerables Hermanos, que a fines del siglo pasado y principios del presente se despertó un fervor singular en los estudios litúrgicos, tanto por la iniciativa laudable de algunos particulares, cuanto sobre todo por la celosa y asidua diligencia de varios monasterios de la inclita Orden Benedictina; de suerte que, no sólo en muchas regiones de Europa, sino aun en las tierras de ultramar, se desarrolló en esta materia una laudable y provechosa emulación, cuyas benéficas consecuencias se pudieron ver, no sólo en el campo de las disciplinas sagradas, donde los ritos litúrgicos de la Iglesia Oriental y Occidental fueron estudiados y conocidos más amplia y profundamente, sino también en la vida espiritual y privada de muchos cristianos.

4. Sus importantes resultados en la actualidad. Las augustas ceremonias del Sacrificio del Altar fueron mejor conocidas, comprendidas y estimadas; la participación en los Sacramentos, mayor y más frecuente; las oraciones litúrgicas, más suavemente gustadas; y el culto eucarístico, considerado (como verdaderamente lo es— centro y fuente de la verdadera piedad cristiana. Fue, además, puesto más claramente en evidencia el hecho de que todos los fieles constituyen un solo y compactísimo cuerpo, cuya cabeza es Cristo, de donde proviene para el pueblo cristiano la obligación de participar, según su propia condición, en los ritos litúrgicos.

3. Necesaria orientación pontificia

5. Solicitud de la Santa Sede en favor del culto litúrgico. Vosotros, indudablemente, sabéis muy bien que esta Sede Apostólica ha procurado siempre, con gran diligencia, que el pueblo a ella confiado se educase en un verdadero y efectivo sentido litúrgico y que, con no menor celo, se ha preocupado de que los sagrados ritos resplandeciesen al exterior con la debida dignidad. En el mismo orden de ideas, Nos, ha-

(4) Compárese Mal. 1, 11.

(5) Cf. Conc. Trid. Sess. 22, c. 1 (Denz. 938).

(6) Cf. Conc. Trid. Sess. 22, c. 2 (Denz. 940).

(7) Pío XI, Encicl. *Caritate Christi*, 3-V-1932: AAS. 14 (1932) 185; en esta Colección: Encíclica 159, 9 pág. 1376, col. 2.

blando, según costumbre, a los predicadores cuaresmales de esta nuestra alma Ciudad en 1943, los exhortábamos calurosamente a amonestar a sus oyentes para que tomaran parte siempre con mayor empeño en el Sacrificio Eucarístico; y recientemente hemos hecho traducir otra vez el libro de los Salmos del texto original al latín, para que las preces litúrgicas, de las que forma ese libro parte tan principal en la Iglesia Católica, fuesen más exactamente entendidas y más fácilmente *percibidas su verdad y suavidad*⁽⁸⁾.

⁵²⁴ Sin embargo, mientras que, por los saludables frutos que de él se derivan, el apostolado litúrgico es para Nos de no poco consuelo. Nuestro deber Nos impone seguir con atención esta *renovación*, como algunos la llaman, y procurar diligentemente que estas iniciativas no se conviertan ni en excesivas ni en defectuosas.

4. Peligros de exceso y defecto

6. Deficiencias de algunos. Exageraciones de otros. Ahora bien, si por una parte vemos con dolor que en algunas regiones el sentido, el conocimiento y el estudio de la Liturgia son a veces escasos o casi nulos, por otra observamos con gran preocupación, que en otras hay algunos demasiado ávidos de novedades, que se alejan del camino de la sana doctrina y de la prudencia; pues con la intención y el deseo de una renovación litúrgica mezclan frecuentemente principios que en teoría o en la práctica comprometen esta causa santísima, y la contaminan también muchas veces con errores que afectan a la fe católica y a la doctrina ascética.

La pureza de la fe y de la moral debe ser la norma característica de esta sagrada disciplina, que tiene que conformarse absolutamente con las sapientísimas enseñanzas de la Iglesia. Es por tanto deber Nuestro alabar y aprobar todo lo que está bien hecho, y reprimir o reprobar todo lo que se desvíe del verdadero y justo camino.

No crean, sin embargo, los inertes y los tibios que cuentan con Nuestro asenso, porque reprendemos a los que yerran y ponemos freno a los audaces; ni los imprudentes se tengan por alabados cuando corregimos a los negligentes y a los perezosos.

5. Para la Iglesia latina en esp.

Aunque en esta Nuestra Carta Encíclica tratamos, sobre todo, de la Liturgia latina, no se debe a que tengamos menor estima de las venerandas Liturgias de la Iglesia Oriental, cuyos ritos, transmitidos por venerables y antiguos documentos, nos son igualmente queridísimos; sino que más bien depende de las especiales condiciones de la Iglesia Occidental, que demandan la intervención de la autoridad Nuestra.

7. La voz del Padre común. Oigan, pues, dócilmente todos los cristianos la voz del Padre común, que desea ardientemente verlos unidos íntimamente a El, acercándose al altar de Dios, profesando la misma fe, obedeciendo a la misma ley, participando en el mismo sacrificio con un solo entendimiento y una sola voluntad. Lo pide el honor debido a Dios; lo exigen las necesidades de los tiempos presentes. Efectivamente, después que una larga y cruel guerra ha dividido a los pueblos con sus rivalidades y estragos, los hombres de buena voluntad se esfuerzan ahora de la mejor manera posible por traerlos de nuevo a todos a la concordia. Creemos, sin embargo, que ningún designio o iniciativa será en este caso más eficaz que un fervido espíritu y religioso celo de los que deben estar animados y guiados los cristianos, de modo que, aceptando sinceramente las mismas verdades y obedeciendo dócilmente a los legítimos Pastores en el ejercicio del culto debido a Dios, formen una Comunidad fraternal; puesto que *todos los que participamos del mismo pan, aunque muchos, venimos a ser un solo cuerpo*⁽⁹⁾.

(8) Compárese Litt. Ap. Motu Proprio sobre la nueva versión latina de los Salmos *In cotidianis*

precibus, 24-III-1945; AAS. 37 (1945) 65-67.

(9) I Cor. 10, 17.

PRIMERA PARTE

NATURALEZA, ORIGEN y PROGRESO
DE LA LITURGIA

I. - La Liturgia, Culto Público

8. **Honrar a Dios: deber de cada uno.** El deber fundamental del hombre es, sin duda ninguna, el de orientar hacia Dios su persona y su propia vida. *A El, en efecto, debemos principalmente unirnos como indefectible principio, a quien igualmente ha de dirigirse siempre nuestra deliberación como a último fin, que por nuestra negligencia perdemos al pecar, y que debemos reconquistar por la fe creyendo en El⁽¹⁰⁾.* Ahora bien, el hombre se vuelve ordenadamente a Dios cuando reconoce su majestad suprema y su magisterio sumo; cuando acepta con sumisión las verdades divinamente reveladas; cuando observa religiosamente sus leyes; cuando hace converger hacia El toda su actividad; cuando —para decirlo en breve—, da mediante la virtud de la religión, el debido culto al único y verdadero Dios.

526 9. **Deber de la colectividad.** Este es un deber que obliga ante todo a cada uno en particular; pero es también un deber colectivo de toda la comunidad humana, ordenada con recíprocos vínculos sociales, ya que también ella depende de la suprema autoridad de Dios.

Nótese que éste es, además, un deber particular de los hombres en cuanto elevados por Dios al orden sobrenatural.

Así, si consideramos a Dios como autor de la antigua Ley, vemos que también proclama preceptos rituales y determina cuidadosamente las normas que el pueblo debe observar al tributarle el legítimo culto. Por eso estableció diversos sacrificios y designó las ceremonias con que se debían ejecutar; determinó claramente lo que se refería al Arca de la Alianza, al Templo y a los

días festivos; señaló la tribu sacerdotal y al sumo sacerdote; indicó y describió las vestiduras que habían de usar los ministros sagrados y todo lo demás relacionado con el culto divino⁽¹¹⁾.

Este culto, por lo demás, no era otra cosa sino *la sombra⁽¹²⁾* del que el Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento había de tributar al Padre Celestial.

a) Culto divino rendido por Jesucristo

10. **Honor tributado al Padre por el Verbo Encarnado: en la tierra.** Efectivamente; apenas *el Verbo se hizo carne⁽¹³⁾* se manifestó al mundo dotado de la dignidad sacerdotal, haciendo un acto de su misión al Eterno Padre que había de durar todo el tiempo de su vida: *al entrar en el mundo, dice... Heme aquí que vengo... para cumplir, joh Dios! tu voluntad⁽¹⁴⁾*, acto que se llevará a efecto de modo admirable en el sacrificio cruento de la Cruz: *Por esta voluntad, pues, somos santificados por la oblación del Cuerpo de Jesucristo hecha una vez sola⁽¹⁵⁾.* Toda su actividad entre los hombres no tiene otro fin. Niño, es presentado en el Templo al Señor; adolescente, vuelve otra vez al lugar sagrado; más tarde acude allí frecuentemente para instruir al pueblo y para orar. Antes de iniciar el ministerio público ayuna durante cuarenta días, y con su consejo y su ejemplo exhorta a todos a orar día y noche. Como maestro de verdad *alumbró a todo hombre⁽¹⁶⁾* para que los mortales reconozcan convenientemente al Dios inmortal y no *deserten para perderse, sino que sean fieles y constantes para poner en salvo el alma⁽¹⁷⁾.* En cuanto Pastor gobierna su grey, la conduce a los pastos de vida y le da una ley que observar, a fin de que ninguno se separe de El y del camino recto que El ha trazado, sino que todos vivan santamente bajo su influjo y su acción. En la última Cena, con rito y aparato solemne, celebra la nueva Pascua y

(10) S. Thom. Summa Theol. II-II q. 81, art. 1.

(11) Compárese Lib. Levítico.

(12) Compárese Hebr. 10, 1.

(13) Juan 1, 14.

(14) Hebr. 10, 5-7.

(15) Hebr. 10, 10.

(16) Juan 1, 9.

(17) Hebr. 10, 39.

provee a su continuación mediante la institución divina de la Eucaristía; al día siguiente, elevado entre el cielo y la tierra, ofrece el salvador Sacrificio de su vida, y de su pecho atravesado hace brotar en cierto modo los Sacramentos que distribuyen a las almas los tesoros de la Redención. Al hacerlo así, tiene como único fin la gloria del Padre y la santificación cada vez mayor del hombre.

11. ...y en la gloria. Luego, al entrar en la sede de la eterna felicidad, quiere que el culto instituido y tributado por El durante su vida terrena, continúe sin interrupción ninguna. Porque no ha dejado huérfano al género humano, sino que así como lo asiste siempre con su continuo y poderoso patrocinio, haciéndose *en el cielo nuestro abogado* ante el Padre⁽¹⁸⁾, así también lo ayuda mediante su Iglesia, en la cual está indefectiblemente presente en el transcurso de los siglos, Iglesia que El ha constituido *columna de la verdad*⁽¹⁹⁾ y dispensadora de gracia, y que con el sacrificio de la Cruz fundó, consagró y *confirmó eternamente*⁽²⁰⁾.

b) Culto divino rendido por la Iglesia

12. La Iglesia sigue honrando a Dios en unión con Cristo. La Iglesia, por consiguiente, tiene de común con el ⁵²⁸ Verbo Encarnado el fin, la obligación y la función de enseñar a todos la verdad, regir y gobernar a los hombres, ofrecer a Dios el Sacrificio aceptable y grato, y restablecer así entre el Creador y la criatura aquella unión y armonía que el Apóstol de las gentes indica claramente con estas palabras: "*Así que ya no sois extraños ni advenedizos: sino conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios: pues estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, y unidos en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular de la nueva Jerusalén: sobre quien trabado todo el edificio se alza para ser un templo santo del Señor: por él entráis tam-*

bién vosotros a ser parte de la estructura de este edificio, para llegar a ser morada de Dios, por medio del Espíritu Santo"⁽²¹⁾. Por eso la sociedad fundada por el Divino Redentor no tiene otro fin, ni con su doctrina y su gobierno, ni con el Sacrificio y los Sacramentos instituidos por El, ni finalmente con el ministerio que le ha confiado, con sus oraciones y su sangre, sino crecer y dilatarse cada vez más; y esto sucede cuando Cristo está edificado y dilatado en las almas de los mortales, y cuando, a su vez, las almas de los mortales están edificadas y dilatadas en Cristo; de manera que en este destierro terrenal se amplíe el templo donde la Divina Majestad recibe el culto grato y legítimo. Por tanto, en toda acción litúrgica, juntamente con la Iglesia, está presente su Divino Fundador: Jesucristo está presente en el augusto Sacrificio del altar, ya en la persona de su ministro, ya, principalmente, bajo las especies eucarísticas; está presente en los Sacramentos con la virtud que transfiere en ellos, para que sean instrumentos eficaces de santidad; está presente, finalmente, en las alabanzas y en las súplicas dirigidas a Dios, como está escrito: "*Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos*"⁽²²⁾.

c) Definición de la Liturgia

13. Concepto de Liturgia. La Sagrada Liturgia es, por consiguiente, el culto público que nuestro Redentor tributa al Padre como Cabeza de la Iglesia, y el que la sociedad de los fieles tributa a su Fundador y, por medio de El, al Eterno Padre: es, diciéndolo brevemente, el completo culto público del Cuerpo Místico de Jesucristo, es ⁵²⁹ decir, de la Cabeza y de sus miembros.

d) La Liturgia en el curso de la historia y en la vida humana.

14. Comienzos de la Sagrada Liturgia en la historia. La acción litúrgica tiene principio con la misma fundación

(18) Compárese I Juan 2, 1.

(19) Compárese I Tim. 3, 15.

(20) Compárese Bonifacio IX, *Ab origine mundi* 7-X-1391; Calixto III *Sumus Pontifex*, 1-1-1456;

Pius II *Triumphans Pastor*, 22-IV-1459; Inocencio XI, *Triumphans Pastor*, 3-X-1678.

(21) Efes. 2, 19-22.

(22) Mat. 18, 20.

de la Iglesia. En efecto, los primeros cristianos *perseveraban todos en oír las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración*⁽²³⁾. Dondequiera que los Pastores pueden reunir un núcleo de fieles, erigen un altar, sobre el que ofrecen el Sacrificio; y en torno a él se disponen otros ritos acomodados a la santificación de los hombres y a la glorificación de Dios. Entre estos ritos están, en primer lugar, los Sacramentos, o sean las siete principales fuentes de salvación; después, la celebración de las alabanzas divinas, con las que los fieles, reunidos también, obedecen a las exhortaciones del Apóstol: "*Con toda sabiduría enseñándoos y animándoos unos a otros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazón, con gracia y edificación, las alabanzas a Dios*"⁽²⁴⁾; después, la lectura de la Ley, de los Profetas, del Evangelio y de las Cartas Apostólicas, y finalmente la homilía, con la cual el Presidente de la asamblea recuerda y comenta últimamente los preceptos del Divino Maestro, los acontecimientos principales de su vida, y amonesta a todos los presentes con oportunas exhortaciones y ejemplos.

15. Su organización, significado en la vida humana y desarrollo. El culto se organiza y se desarrolla según las circunstancias y las necesidades de los cristianos, se enriquece con nuevos ritos, ceremonias y fórmulas, siempre con la misma intención: *o sea, para que por estos signos nos estimulemos... conozcamos el progreso por nosotros realizado y nos sintamos impulsados a aumentarlo con mayor vigor, ya que el efecto es más digno si es más ardiente el afecto que lo precede*⁽²⁵⁾. Así el alma se eleva más y mejor hacia Dios; así el sacerdocio de Jesucristo se mantiene siempre activo en la sucesión de los tiempos, ya que la liturgia no es sino el ejercicio de este sacerdocio. Lo mismo que su Cabeza divina, también la Iglesia asiste continuamente a sus

hijos, los ayuda y los exhorta a la **santidad**, para que, adornados con esta dignidad sobrenatural, puedan un día volver al Padre que está en los cielos. Ella regenera dando vida celestial a los nacidos a la vida terrenal, los fortifica con el Espíritu Santo para la lucha contra el enemigo implacable; llama a los cristianos en torno a los altares, y con insistentes invitaciones los anima a celebrar y tomar parte en el Sacrificio Eucarístico, y los nutre con el pan de los Angeles, para que estén cada vez más fuertes; purifica y consuela a los que el pecado hirió y manchó; consagra con rito legítimo a los que por divina vocación son llamados al ministerio sacerdotal; da nuevo vigor al casto connubio de los que están destinados a fundar y constituir la familia cristiana, y después de haberlos confortado y restaurado con el Viático Eucarístico y la Sagrada Unción en sus últimas horas de su vida terrena, acompaña al sepulcro con suma piedad los despojos de sus hijos; los compone religiosamente, los protege al amparo de la Cruz, para que puedan un día resurgir triunfantes de la muerte: bendice con particular solemnidad a cuantos dedican su vida al servicio divino para lograr la perfección religiosa; y extiende su mano en socorro de las almas que en las llamas del purgatorio imploran oraciones y sufragios, para conducir las finalmente a la eterna bienaventuranza.

II. - La Liturgia, culto interno y externo

1. Exageraciones unilaterales

16. Es culto externo. Todo el conjunto del culto que la Iglesia tributa a Dios debe ser interno y externo. Es externo, porque lo pide la naturaleza del hombre compuesto de alma y de cuerpo; porque Dios ha dispuesto que *conociéndolo por medio de las cosas visibles seamos llevados al amor de las cosas invisibles*⁽²⁶⁾; porque todo lo que sale del alma se expresa naturalmente por los sentidos; además, porque el culto divino pertenece, no sólo al indi-

(23) Act. 2, 42.

(24) Colos. 3, 16.

(25) S. Augustin. *Epist.* 130, *ad Probam*, 18

(Migne P.L. 3, 501; CSEL 44 pars. III, pág. 60, 7 ss.).

(26) Misal Rom. Pref. de la Natividad.

⁵³¹ viduo, sino también a la colectividad humana, y por consiguiente es necesario que sea social, lo cual es imposible, en el ámbito religioso, sin vínculos y manifestaciones exteriores; y finalmente, porque es un medio que pone particularmente en evidencia la unidad del Cuerpo Místico; acrecienta sus santos entusiasmos; consolida sus fuerzas e intensifica su acción; *aunque en efecto, las ceremonias no contengan en sí ninguna perfección y santidad, sin embargo, son actos externos de religión que, como signos, estimulan el alma a la veneración de las cosas sagradas, elevan la mente a las realidades sobrenaturales, nutren la piedad, fomentan la caridad, acrecientan la fe, robustecen la devoción, instruyen a los sencillos, adornan el culto de Dios, conservan la religión y distinguen a los verdaderos cristianos de los falsos y de los heterodoxos*⁽²⁷⁾.

17. Pero es especialmente culto interno. Pero el elemento esencial del culto tiene que ser el interno; efectivamente, es necesario vivir en Cristo, consagrarse completamente a El, para que en El, con El y por El se dé gloria al Padre. La Sagrada Liturgia requiere que estos dos elementos estén íntimamente unidos; y no se cansa de repetirlo, cada vez que prescribe un acto del culto externo. Así, por ejemplo, a propósito del ayuno nos exhorta: *Para que nuestra abstinencia obre en lo interior lo que exteriormente profesa*⁽²⁸⁾. De otra suerte, la religión se convierte en un formalismo sin fundamento y sin contenido. Vosotros sabéis, Venerables Hermanos, que el Divino Maestro estima indignos del sagrado templo y arroja de él a quienes creen honrar a Dios sólo con el sonido de frases bien hechas y con posturas teatrales, y están persuadidos de poder muy bien mirar por su salvación eterna sin desarraigar del alma los vicios inveterados⁽²⁹⁾. La Iglesia, por consiguiente, quiere que todos los fieles se postren a los pies del Re-

dentor para profesarle su amor y su veneración; quiere que las muchedumbres, como los niños que salieron, con alegres exclamaciones, al encuentro de Jesucristo cuando entraba en Jerusalén, ensalcen y acompañen al Rey de los reyes y al Sumo Autor de todo bien tributado a Dios por la Iglesia en unión con el canto de gloria y gratitud; quiere que en sus labios haya plegarias, unas veces suplicantes, otras de alegría y gratitud, con las cuales, como los Apóstoles junto al lago de Tiberiades, puedan experimentar la ayuda de su misericordia y de su poder; o como Pedro en el monte Tabor, se abandonen a sí mismos y todas sus cosas a Dios, en los místicos transportes de la contemplación. ⁵³²

18. Exageraciones del elemento externo. No tienen, pues, noción exacta de la Sagrada Liturgia los que la consideran como una parte sólo externa y sensible del culto divino o ceremonial decorativo; ni se equivocan menos los que la consideran como un mero conjunto de leyes y de preceptos con que la Jerarquía Eclesiástica ordena el cumplimiento de los ritos. Quede, por consiguiente, bien claro para todos que no se puede honrar dignamente a Dios si el alma no se eleva a la consecución de la perfección en la vida, y que el culto con su Cabeza divina tiene la máxima eficacia de santificación.

Esta eficacia, cuando se trata del Sacrificio Eucarístico y de los Sacramentos, proviene ante todo del valor de la acción en sí misma (*"ex opere operato"*); si, además, se considera la actividad propia de la Esposa inmaculada de Jesucristo, con la que ésta adorna de plegarias y sagradas ceremonias el Sacrificio Eucarístico y los Sacramentos, o cuando se trata de los Sacramentales y de otros ritos instituidos por la Jerarquía Eclesiástica, entonces la eficacia se deriva más bien de la acción de la Iglesia (*"ex opere operantis Ecclesiae"*), en cuanto es san-

(27) I Card. Bona, *De divina psalmodia*, cap. 19 § III, 1.

(28) Misal Rom. Secreta de la feria V después Dom. II de Cuaresma.

(29) Compárese Marc. 7, 6; Is. 29, 13.

ta y obra siempre en íntima unión con su Cabeza.

533 **19. Teorías nuevas sobre la "piedad objetiva".** A este propósito, Venerables Hermanos, deseamos que dirijáis vuestra atención a las nuevas teorías sobre la *piedad objetiva*, las cuales, con el empeño de poner en evidencia el misterio del Cuerpo Místico, la realidad efectiva de la gracia santificante y la acción divina de los Sacramentos del Sacrificio Eucarístico, tratan de menospreciar la *piedad subjetiva o personal* y aun de prescindir completamente de ella.

En celebraciones litúrgicas, y particularmente en el augusto Sacrificio del altar, se continúa sin duda la obra de nuestra Redención y se aplican sus frutos. Cristo obra nuestra salvación cada día en los Sacramentos y en su Sacrificio y, por su medio, continuamente purifica y consagra a Dios el género humano. Tienen éstos, por consiguiente, una virtud objetiva, con la cual, de hecho, hacen partícipes nuestras almas de la vida divina de Jesucristo. Ellos tienen, pues, por divina virtud y no por la nuestra, la eficacia de unir la piedad de los miembros con la piedad de la Cabeza, y de hacerla, en cierto modo, una acción de toda la comunidad. De estos profundos argumentos concluyen algunos que toda la piedad cristiana debe concentrarse en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, sin ninguna consideración *personal y subjetiva*, y creen, por esto, que se deben descuidar las otras prácticas religiosas no estrictamente litúrgicas o ejecutadas fuera del culto público.

Pero todos pueden observar que estas conclusiones sobre las dos especies de piedad, aunque los principios arriba mencionados sean magníficos, son completamente falsas, insidiosas y dañosísimas.

2. Piedad personal, indispensable

20. Necesidad de la "piedad subjetiva". Es verdad que los Sacramentos y el Sacrificio del altar gozan de una

virtud intrínseca en cuanto son acciones del mismo Cristo que comunica y difunde la gracia de la Cabeza divina en los miembros del Cuerpo Místico; pero, para tener la debida eficacia, exigen las buenas disposiciones de nuestra alma. Por eso, a propósito de la Eucaristía, amonesta SAN PABLO: "*Por tanto, examínese a sí mismo el hombre: y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz*"⁽³⁰⁾. Por eso la Iglesia, breve y claramente, llama a todos los ejercicios con que nuestra alma se purifica, especialmente durante la Cuaresma: *ayudas de la milicia cristiana*⁽³¹⁾; son, efectivamente, la acción de los miembros que, con el auxilio de la gracia, quieren adherirse a su Cabeza, para que "*se nos manifieste* —repitamos las palabras de SAN AGUSTÍN— *en nuestra Cabeza la fuente misma de la gracia*"⁽³²⁾. Pero hay que notar que estos miembros son vivos, dotados de razón y voluntad propia; por eso es necesario que ellos mismos, acercando sus labios a la fuente, tomen y asimilen el alimento vital y eliminen todo lo que pueda impedir su eficacia. Hay, pues, que afirmar que la obra de la Redención, independiente por sí misma de nuestra voluntad, requiere el íntimo esfuerzo de nuestra alma para que podamos conseguir la eterna salvación.

21. Necesidad de la meditación y de las prácticas de piedad. Si la piedad privada e interna de los individuos descuidase el augusto Sacrificio del altar y los Sacramentos, y se sustrajese al influjo salvador que mana de la Cabeza en los miembros, sería, sin duda alguna, cosa reprobable y estéril; pero, cuando todos los métodos y ejercicios de piedad, no estrictamente litúrgicos, fijan la mirada del alma en los actos humanos únicamente para enderezarlos al Padre que está en los cielos, para estimular saludablemente a los hombres a la penitencia y al temor de Dios, y arrancándolos de los atractivos del mundo y de los vicios, conducirlos felizmente por el arduo camino a la cum-

(30) I Cor. 11, 28.

después de la imposición de la ceniza.

(31) Misal Rom. Miércoles de Ceniza, oración

(32) *De praedestinatione sanctorum*, 31 (Migne P.L. 44 col. 982).

bre de la santidad, entonces son no sólo sumamente loables, sino hasta necesarios, porque descubren los peligros de la vida espiritual, nos espolean a la adquisición de las virtudes y aumentan el fervor con que debemos dedicarnos todos al servicio de Jesucristo. La genuina piedad, que el ANGÉLICO llama *devoción* y que es el acto principal de la virtud de la religión, —con el cual los hombres se ordenan rectamente y se dirigen convenientemente hacia Dios, y gustosa y espontáneamente se consagran a cuanto se refiere al culto divino⁽³³⁾—, tiene necesidad de la meditación de las realidades sobrenaturales y de las prácticas de piedad, para alimentarse, estimularse y vigorizarse, y para animarnos a la perfección. Porque la Religión cristiana, debidamente practicada, requiere sobre todo que la voluntad se consagre a Dios e influya en las otras facultades del alma. Pero todo acto de la voluntad presupone el ejercicio de la inteligencia, y antes de que se conciba el deseo y el propósito de darse a Dios por medio del sacrificio, es absolutamente indispensable el conocimiento de los argumentos y de los motivos que hacen necesaria la religión, como, por ejemplo, el fin último del hombre y la grandeza de la divina Majestad, el deber de la sujeción al Creador, los tesoros inagotables del amor con que El quiso enriquecernos, la necesidad de la gracia para llegar a la meta señalada, y el camino particular que la divina Providencia nos ha preparado, uniéndonos a todos, como miembros de un Cuerpo, con Jesucristo Cabeza. Y puesto que no siempre los motivos del amor hacen mella en el alma agitada por las pasiones, es muy oportuno que nos impresione también la saludable consideración de la divina justicia para reducirnos a la humildad cristiana, a la penitencia y a la enmienda.

3. Los frutos de la genuina piedad

22. Frutos concretos que la piedad debe producir. Todas estas considera-

ciones no tienen que ser una vacía y abstracta reminiscencia, sino que deben tender efectivamente a someter nuestros sentidos y sus facultades a la razón iluminada por la fe, o purificar el alma que se une cada día más íntimamente a Cristo, y cada vez más se conforma a El y por El obtiene la inspiración y la fuerza divina de que ha menester; y a fin de que sirvan a los hombres de estímulo, cada vez más eficaz, para el bien, la fidelidad al propio deber, la práctica de la religión y el ferviente ejercicio de la virtud, es necesario tener presente esta enseñanza: *vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*⁽³⁴⁾. Sea, pues, todo orgánico y, por decirlo así, *teocéntrico*, si queremos de verdad que todo se enderece a la gloria de Dios por la vida y la virtud que nos viene de nuestra Cabeza divina: *Esto supuesto, Hermanos, teniendo la firme esperanza de entrar en el "sancta sanctorum" o santuario del cielo, por la sangre de Cristo, con la cual nos abrió camino nuevo y de vida para entrar por el velo, esto es, por su carne, teniendo asimismo al gran sacerdote Jesucristo constituido sobre la casa de Dios, con plena fe, purificados los corazones de las inmundicias de la mala conciencia, lavados en el cuerpo con el agua limpia del bautismo, mantengamos inconcusa la esperanza que hemos confesado... y miremos los unos por los otros para excitarnos a la caridad y a las buenas obras*⁽³⁵⁾.

23. **Armonía y equilibrio en los miembros del Cuerpo Místico.** De esto se deriva el armonioso equilibrio de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo. Con la enseñanza de la fe católica, con la exhortación a la observancia de los preceptos cristianos, la Iglesia prepara el camino a su acción propiamente sacerdotal y santificadora; nos dispone a una más íntima contemplación de la vida del Divino Redentor y nos conduce a un conocimiento más profundo de los misterios de la fe, para recabar de ellos el alimento sobrena-

(33) Compárese Thom. Summa Theol. II-II, q. 82, a. 1.

(34) Compárese I Cor. 3, 23.

(35) Hebr. 10, 19-24.

tural y la fuerza para un seguro progreso en la vida perfecta, por medio de Jesucristo. No sólo por obra de sus ministros, sino también por la de cada uno de los fieles embebidos de este modo en el espíritu de Jesucristo, la Iglesia se esfuerza por compenetrar con este mismo espíritu la vida y la actividad privada, conyugal, social y aun económica y política de los hombres, para que todos los que se llaman hijos de Dios puedan conseguir más fácilmente su fin.

De esta suerte la acción privada y el esfuerzo ascético dirigido a la purificación del alma estimulan las energías de los fieles y los disponen a participar con mejores disposiciones en el augusto Sacrificio del altar, a recibir los Sacramentos con mayor fruto y a celebrar los sagrados ritos de manera que salgan de ellos más animados y formados para la oración y cristiana abnegación, a corresponder activamente a las inspiraciones y a las invitaciones de la gracia, y a imitar cada día más las virtudes del Redentor, no sólo para su propio provecho, sino también para el de todo el cuerpo de la Iglesia, en el cual todo el bien que se hace proviene de la virtud de la Cabeza y redundando en beneficio de los miembros.

4. *Armonía entre el elemento externo e interno*

24. Acuerdo entre la acción divina y la cooperación humana. Por eso en la vida espiritual no puede existir ninguna oposición o repugnancia entre la acción divina, que infunde la gracia en las almas para continuar nuestra redención, y la efectiva colaboración del hombre, que no debe hacer *vano el don de Dios*⁽³⁶⁾; entre la eficacia del rito externo de los Sacramentos, que proviene "*ex opere operato*", y el mérito del que los administra o los recibe, acto que suele llamarse "*opus operantis*"; entre las oraciones privadas y las plegarias públicas; entre la ética y la con-

templación; entre la vida ascética y la piedad litúrgica; entre el poder de jurisdicción y de legítimo magisterio y la potestad eminentemente sacerdotal que se ejercita en el mismo sagrado misterio.

Por graves motivos la Iglesia prescribe a los ministros del altar y a los religiosos que, en determinados tiempos, atiendan a la devota meditación, al diligente examen y enmienda de la conciencia y a los otros ejercicios espirituales⁽³⁷⁾, porque especialmente están destinados a realizar las funciones litúrgicas del Sacrificio y de la alabanza divina. Sin duda la oración litúrgica, siendo oración de la ínclita Esposa de Jesucristo, tiene una dignidad mayor que las oraciones privadas; pero esta superioridad no quiere decir que entre dos géneros de oración haya contraste u oposición. Las dos se funden y se armonizan, porque están animadas por un espíritu único: *todo y en todos Cristo*⁽³⁸⁾ y tienden al mismo fin: *hasta que se forme en nosotros Cristo*⁽³⁹⁾.

III. - *La Liturgia está regulada por la Jerarquía Eclesiástica*

1. *La Jerarquía y el sacerdocio de la Iglesia*

25. La naturaleza de la Iglesia exige una Jerarquía. Para mejor entender, pues, la Sagrada Liturgia, es necesario considerar otro de sus importantes caracteres.

La Iglesia es una sociedad, y por eso exige una autoridad y jerarquía propias. Si bien todos los miembros del Cuerpo Místico participan de los mismos bienes y tienden a los mismos fines, no todos gozan del mismo poder ni están capacitados para realizar las mismas acciones. De hecho, el Divino Redentor ha establecido su reino sobre los fundamentos del Orden sagrado, que es un reflejo de la Jerarquía celestial.

Sólo los Apóstoles y a los que, después de ellos, han recibido de sus su-

(36) Compárese II, Cor. 6, 1.

(37) Compárese Cod. Iur. Can. can. 125, 126, 565, 571, 595, 1367.

(38) Colos. 3, 11.

(39) Ver Gálat. 4, 19.

cesores la imposición de las manos, se ha conferido la potestad sacerdotal, y en virtud de ella, así como representan ante el pueblo a ellos confiado la persona de Jesucristo, así también representan al pueblo ante Dios. Este sacerdocio no se transmite ni por herencia ni por descendencia carnal, ni nace de la comunidad cristiana ni es delegación del pueblo. Antes de representar al pueblo ante Dios, el sacerdote tiene la representación del Divino Redentor, y, dado que Jesucristo es la Cabeza de aquel cuerpo del que los cristianos son miembros, representa también a Dios ante su pueblo. Por consiguiente, la potestad que se le ha conferido nada tiene de humano en su naturaleza; es sobrenatural y viene de Dios: *Como mi Padre me envió, así os envió también a vosotros...*⁽⁴⁰⁾, *el que os escucha a vosotros, me escucha a mí...*⁽⁴¹⁾, *id por todo el mundo: predicad el Evangelio a todas las criaturas; el que creyere y se bautizare, se salvará*⁽⁴²⁾.

539 26. a) Y por consiguiente, un Sacerdocio externo, visible. Por eso el sacerdocio externo y visible de Jesucristo se transmite en la Iglesia, no de manera universal, genérica e indeterminada, sino que es conferido a los individuos elegidos, con la generación espiritual del Orden, uno de los siete Sacramentos, el cual confiere, no sólo una gracia particular, propia de este estado y oficio, sino también un carácter indeleble que asemeja a los sagrados ministros a Jesucristo sacerdote, haciéndolos aptos para ejecutar aquellos legítimos actos de religión con que se santifican los hombres y Dios es glorificado, según las exigencias de la economía sobrenatural.

27. b) Consagrado por el Sacramento del Orden. En efecto, así como el Bautismo distingue a los cristianos y los separa de los que no han sido purificados en las aguas regeneradoras ni son miembros de Jesucristo, así también el Sacramento del Orden distingue a los

sacerdotes de todos los demás cristianos no dotados de este carisma, porque sólo ellos, por vocación sobrenatural, han sido introducidos en el augusto ministerio que los destina a los sagrados altares los constituye en instrumentos divinos, por medio de los cuales se participa de la vida sobrenatural con el Cuerpo Místico de Jesucristo. Además, como ya hemos dicho, sólo ellos son los señalados con el carácter indeleble que los asemeja al sacerdocio de Cristo, y sólo sus manos son las consagradas *para que sea bendito todo lo que ellas bendigan, y todo lo que ellas consagren sea consagrado y santificado en nombre de Nuestro Señor Jesucristo*⁽⁴³⁾. A los sacerdotes, pues, tiene que recurrir todo el que quiera vivir en Cristo, para que de ellos reciba el consuelo espiritual, la medicina saludable que lo cure y lo vigorice, y pueda resurgir felizmente de la perdición y de la ruina de los vicios; de ellos finalmente recibirá la bendición que consagra la familia, y por ellos también el último aliento de la vida mortal será dirigido al ingreso en la eterna bienaventuranza.

2. La dependencia de la Liturgia de la autoridad

28. La Liturgia depende de la Autoridad Eclesiástica. — a) Por su misma naturaleza. Dado, pues, que la Sagrada Liturgia es ejercida sobre todo por los sacerdotes en nombre de la Iglesia, su organización, su reglamentación y su forma no pueden depender sino de la Autoridad Eclesiástica. Esto, no sólo es una consecuencia de la naturaleza misma del culto cristiano, sino que está confirmado por el testimonio de la historia.

29. b) Por su estrecha relación con los dogmas. Este inconcuso derecho de 540 la Jerarquía Eclesiástica se prueba también por el hecho de que la Sagrada Liturgia está íntimamente unida con aquellos principios doctrinales que la

(40) Juan 20, 21.

(41) Luc. 10, 16.

(42) Marc. 16, 15-16.

(43) Pontif. Rom. De la ordenación del sacerdote en la unción de las manos.

Iglesia propone como parte integrante de verdades certísimas, y por consiguiente tiene que conformarse a los dictámenes de la fe católica, proclamados por la autoridad del Magisterio supremo, para tutelar la integridad de la Religión por Dios revelada.

A este propósito, Venerables Hermanos, juzgamos necesario poner en su punto una cosa que creemos que no os será desconocida: nos referimos al error y engaño de los que han pretendido que la Liturgia era como un experimento del dogma, de tal manera que si una de estas verdades hubiera producido, a través de los ritos de la Sagrada Liturgia, frutos de piedad y de santidad, la Iglesia hubiese tenido que aprobarla, y en el caso contrario, reprobarla. De ahí aquel principio: *La ley de la oración es ley de la fe* (*"Lex orandi, lex credendi"*).

30. La Liturgia es profesión de fe. No es, sin embargo, esto lo que enseña o manda la Iglesia. El culto que ella tributa a Dios es, como breve y claramente dice SAN AGUSTÍN, una continua profesión de fe católica y un ejercicio de la esperanza y de la caridad: *"Dios debe ser honrado con la fe, la esperanza y la caridad"*⁽⁴⁴⁾. En la Sagrada Liturgia hacemos explícita y manifiesta profesión de fe católica, no sólo con la celebración de los misterios divinos, con la consumación del Sacrificio y la administración de los Sacramentos, sino también rezando y cantando el Símbolo de la fe, que es como insignia y distintivo de los cristianos, con la lectura de otros documentos y de las Escrituras Sagradas, escritas por inspiración del Espíritu Santo. Toda la Liturgia tiene, por consiguiente, un contenido de fe católica, en cuanto que testimonia públicamente la fe de la Iglesia.

31. La verdad reflejada en la Liturgia. Por este motivo, cuando se ha tratado de definir un dogma, los Sumos Pontífices y los Concilios, recurriendo

a las llamadas *Fuentes Teológicas*, muchas veces han deducido también argumentos de esta sagrada disciplina; como hizo, por ejemplo, Nuestro Predecesor, de inmortal memoria, Pío IX, cuando definió la Inmaculada Concepción de la Virgen MARÍA. De la misma manera también la Iglesia y los Santos Padres, cuando se discutía sobre una verdad controvertida o puesta en duda, nunca han dejado de pedir luz a los ritos venerables transmitidos por la antigüedad. Así se obtiene también el conocido y venerando adagio: *La ley de la oración determine la ley de la fe* (*Legem credendi lex statuat supplicandi*)⁽⁴⁵⁾.

32. La Liturgia es argumento y testimonio de fe. La Liturgia, por consiguiente, no determina ni constituye en sentido absoluto y por virtud propia la fe católica, sino más bien, siendo como es una profesión de las verdades divinas, profesión sujeta al Supremo Magisterio de la Iglesia, puede proporcionar argumentos y testimonios de no escaso valor para aclarar un punto determinado de la doctrina cristiana. De aquí que, si queremos distinguir y determinar de manera general y absoluta las relaciones que existen entre la fe y Liturgia, se puede con razón afirmar que *la ley de la fe debe establecer la ley de la oración*. Lo mismo hay que decir también cuando se trata de las otras virtudes teologales: *En la... fe, en la esperanza y en la caridad oramos siempre con deseo continuo*⁽⁴⁶⁾.

IV. Progreso y desarrollo de la Liturgia

33. La Jerarquía ordenó siempre la Liturgia. La Jerarquía Eclesiástica ha ejercitado siempre este derecho en materia litúrgica, instruyendo y ordenando el culto divino y enriqueciéndolo con esplendor y decoro cada vez mayor para gloria de Dios y bien de los hombres. Tampoco ha vacilado, por otra parte —dejando a salvo la substancia del Sacrificio Eucarístico y de los

(44) San Agust. *Enchiridion*, c. 3 (Migne P.L. 40, 232).

(45) De gratia Dei "Indiculus" de San Celestino I Papa (422-432) Denz. 139.

(46) San Agustín. *Epist. 130 ad Probam*, 18 (Migne P.L. 33, 501; CSEL 44 pars. III, p 60, 5).

Sacramentos— en cambiar lo que no estaba en consonancia y añadir lo que parecía contribuir más al honor de Jesucristo y de la augusta Trinidad y a la instrucción y saludable estímulo del pueblo cristiano⁽⁴⁷⁾.

1. Elementos divinos y elementos humanos en la Liturgia

34. Lo que puede cambiar la Jerarquía. Efectivamente, la Sagrada Liturgia consta de elementos humanos y divinos: éstos, evidentemente, no pueden ser alterados por los hombres, ya que han sido instituidos por el Divino Redentor; aquéllos, en cambio, con aprobación de la Jerarquía Eclesiástica asistida por el Espíritu Santo, pueden experimentar modificaciones diversas, según lo exijan los tiempos, las cosas y las almas. De aquí procede la magnífica diversidad de los ritos orientales y occidentales; de aquí el progresivo desarrollo de particulares costumbres religiosas y de prácticas de piedad de las que había tan sólo ligeros indicios en tiempos precedentes; débese a esto el que a veces se vuelvan a emplear y renovar usos piadosos que el tiempo había borrado. De todo esto da testimonio la vida de la inmaculada Esposa de Jesucristo durante tantos siglos; esto expresa el lenguaje empleado por ella para manifestar a su divino Esposo su fe y su amor inagotables y los de las personas a ella confiadas; esto demuestra su sabia pedagogía para estimular y acrecentar en los creyentes el *sentido de Cristo*.

2. Las causas del progresivo desarrollo de la Liturgia

En realidad no son escasas las causas por las cuales se desarrolla y desenvuelve el progreso de la Sagrada Liturgia durante la larga y gloriosa historia de la Iglesia.

35. Desarrollo de algunos elementos humanos. — a) Debido a una formulación doctrinal más segura. Así, por ejemplo, una formulación más segura

y más amplia de la doctrina católica sobre la Encarnación del Verbo de Dios, Sacramento y el Sacrificio Eucarístico, sobre la Virgen MARÍA Madre de Dios, ha contribuido a la adopción de nuevos ritos, por medio de los cuales aquella luz que había brillado con más esplendor en la declaración del Magisterio Eclesiástico se refleja mejor y con más claridad en las acciones litúrgicas, para llegar con mayor facilidad a la mente y al corazón del pueblo cristiano.

b) Debido a algunas modificaciones disciplinarias. El desarrollo ulterior de la disciplina eclesiástica en lo que toca a la administración de los Sacramentos, por ejemplo, de la Penitencia; la institución y más tarde la desaparición del catecumenado, la Comunión Eucarística bajo una sola especie en la Iglesia Latina, han contribuido no poco a la modificación de los ritos antiguos y a la gradual adopción de otros nuevos y más adecuados a las nuevas disposiciones de la disciplina.

36. c) Debido también a prácticas piadosas extra-litúrgicas. A esta evolución y a estos cambios han contribuido notablemente las iniciativas y las prácticas de piedad no íntimamente unidas a la Sagrada Liturgia, nacidas en épocas sucesivas por disposición admirable del Señor y tan difundidas entre el pueblo, como, por ejemplo, el culto más extenso y fervoroso de la divina Eucaristía, de la pasión acerbísima de nuestro Redentor, del Sacratísimo Corazón de Jesús, de la Virgen Madre de Dios y de su castísimo Esposo.

Entre las circunstancias exteriores contribuyeron también las públicas peregrinaciones de devoción a los sepulcros de los mártires, la observancia de especiales ayunos instituidos con el mismo fin, las procesiones estacionales de penitencia que en esta Alma Ciudad se tenían, y en las cuales intervenía no pocas veces el Sumo Pontífice.

(47) Compárese Const. *Divini cultus*, 20-XII-1928;

AAS. 21 (1929) 33-41; en esta Colección: Encíclica 145 págs. 1140-1145.

37. d) Debido también al desarrollo de las Bellas Artes. Se comprende también fácilmente de qué manera el progreso de las bellas artes, en especial la arquitectura, la pintura y la música, haya influido en la determinación y la diversa conformación de los elementos exteriores de la Sagrada Liturgia⁽⁴⁸⁾.

3. La fundación de la Congregación de Ritos

La Iglesia se sirvió de su derecho propio para tutelar la santidad del culto

[48] Criterios y normas prácticas para el *Arte Sagrado*; Instrucción del Santo Oficio a los Obispos de lugar, del 30-VI-1952 *SACRAE ARTIS*, AAS. 44 (1952) 542-546. El texto de la Instrucción es el siguiente:

1. Carácter y fin propios del arte sagrado, como indica su propio nombre, es contribuir en la mejor forma posible al decoro de la casa de Dios y alimentar la fe y la piedad de los que en el templo se recogen para asistir a los oficios divinos e implorar los favores celestiales. Por ello ha sido siempre objeto de solícitos cuidados y continuada vigilancia por parte de la Iglesia, de suerte que fielmente siguiera las normas por ella dictadas, como se derivan de la doctrina revelada y de una recta estética, y así pudiera en verdad llevar el título de sagrado.

DOCTRINA Y CRITERIOS

2. Con razón, pues, se le aplican (a dicho arte) las palabras de San Pío X, promulgador de las sabias normas para la música sagrada: *Por lo tanto, nada deberá tener lugar en el templo que perturbe o simplemente disminuya la piedad y la devoción de los fieles, nada que dé motivo razonable de disgusto o de escándalo, y, sobre todo, nada que... sea indigno de la casa de oración y de la majestad de Dios.* (Motu proprio *Tra le sollecitudini* 22 nov. 1903, Acta Pii X 1, 75).

3. Por esto, ya desde los primeros siglos de la Iglesia, el Concilio II de Nicea, al condenar la herejía de los iconoclastas, confirmó el culto de las sagradas imágenes y amenazó con severísimas penas a quienes se atrevieran a contraponer sus ímpías fantasías a las constituciones eclesiásticas. (Actio 7ª et ultima definitio Synodi II: Mansi *Sacr. Concil.* 13, 730).

4. A su tiempo, el Concilio de Trento, en la sesión XXV —luego de fijar oportunas normas para la iconografía cristiana— termina una grave exhortación a los Obispos con estas precisas palabras: *Los obispos, acordándose de que a la casa de Dios le corresponde la santidad, tengan sumo cuidado y diligencia a fin de que nada aparezca desordenado, nada confuso o tumultuosamente adaptado, nada profano o indecoroso.* (Sess. 26, *De invocatione, vener, et Reliquiis Sanct. et Sacris Imaginibus*).

5. Y Urbano VIII, al dar especiales reglas para la exacta observancia de las prescripciones del Concilio de Trento, así se expresa a este propósito: *Lo que es presentado a los fieles no debe aparecer desordenado o extraño, sino contribuir a reavivar la devoción y la piedad.* (*Sacrosancta Tridentina*, § 1, die 15 mensis mart. a. 1642, *Bullarium Romanum Taurin*, ed. 15, 171).

6. Finalmente, el Código de derecho canónico recoge y coordina casi toda la legislación de la Iglesia sobre el arte sagrado en sus cánones 485,

contra los abusos que temeraria e imprudentemente iban introduciendo personas privadas e iglesias particulares. Así sucedió durante el siglo 16 en que, multiplicándose tales costumbres y usanzas, y poniendo las iniciativas privadas en peligro la integridad de la fe y de la piedad con grande ventaja de los herejes y de sus errores. Nuestro Predecesor, de inmortal memoria, Sixto V, para proteger los ritos legítimos de la Iglesia e impedir infiltraciones espúreas, estableció en 1588 la *Con-*

1161, 1162, 1164, 1178, 1261, 1268, 1269 § 1, 1279, 1280, 1385, 1399.

7. Especial recuerdo merece cuanto dispone el can. 1261, en el que se obliga a los Ordinarios a que de modo especial vigilen para que nada se introduzca en el culto divino que esté en oposición con la verdadera fe o se aparte de la tradición eclesiástica; y el can. 1399, 12º, en el que se declaran *prohibidas por la ley las imágenes, impresas de cualquier modo, contrarias al modo de sentir y a las prescripciones de la Iglesia.*

8. Aun muy recientemente, la Sede Apostólica ha condenado las desviaciones y las contaminaciones del arte sagrado. Y queda sin ningún valor la objeción de quienes sostienen que el arte sagrado debe adaptarse a las necesidades y a las condiciones de los tiempos nuevos; porque el arte sagrado, nacido con la sociedad cristiana, tiene sus fines propios que siempre debe perseguir y un propio deber que cumplir constantemente. Por ello, Pío XI, de venerable memoria, al inaugurar la nueva Pinacoteca Vaticana, luego de haber recordado el llamado *arte nuevo*, añadió estas graves palabras: *Por lo demás, muchas veces ya lo hemos significado a artistas y a sagrados pastores: Nuestra esperanza, Nuestro ardiente deseo, Nuestra voluntad no puede ser sino que se obedezca a la ley canónica, formulada claramente y sancionada también en el Código de derecho canónico, y es ésta: Que tal arte no sea admitido en nuestras iglesias y mucho menos llamado a construirse, a transformarse, a decorarse; ni aun abriendo todas las puertas y dando la más sincera bienvenida a todo desarrollo bueno y progresivo de las buenas y venerables tradiciones, que durante tantos siglos de vida cristiana y en medio de tan gran diversidad de medios y de condiciones sociales y étnicas han dado prueba tan grande de una inagotable capacidad para inspirar nuevas y bellas formas, siempre que fueran buscadas o estudiadas y cultivadas a la doble luz del genio y de la fe.* (Sermón del 27 oct. 1932 AAS. 24, 356).

9. Y en estos últimos tiempos, el Santo Padre Pío XII, felizmente reinante, en la Encíclica sobre la *Sagrada Liturgia*, publicada el 20 de noviembre de 1947, expuso con tanta precisión como claridad la finalidad del arte sagrado: *“Es del todo necesario que... tenga libre campo el arte moderno para que también él sirva dentro de la reverencia y decoro debidos a los sitios y actos litúrgicos, y así unir su voz a aquel maravilloso cántico de gloria que los genios de la humanidad han entonado a la fe católica en el rodar de los siglos. Por otra parte, obligados por Nuestra conciencia y oficio, Nos sentimos precisados a tener que reprobar y condenar ciertas imágenes y formas últimamente introducidas por algunos,*

gregación de Ritos⁽⁴⁹⁾, órgano al que hasta hoy corresponde ordenar y determinar con cuidado y vigilancia todo lo que atañe a la Sagrada Liturgia⁽⁵⁰⁾.

4. La Suprema Autoridad en asuntos litúrgicos

⁵⁴⁴ 38. Este progreso no puede dejarse al arbitrio de cada uno. Por eso el Sumo Pontífice es el único que tiene derecho a reconocer y establecer cual-

que, a su extravagancia y degeneración estética, unen el ofender claramente más de una vez al decoro, a la piedad y a la modestia cristiana, y ofenden al mismo sentimiento religioso; todo eso debe alejarse y desterrarse en absoluto de nuestras iglesias, "y en general todo lo que desdice de la santidad del lugar" (can. 1178). (Enc. *Mediator Dei*: AAS. [1947], 590 ss.; ver en la presente Encíclica nrs. 117 y 118, pág. 1750).

NORMAS PRACTICAS

10. Considerado todo esto atentamente, esta Suprema S. Congregación, preocupada siempre de que el arte sagrado contribuya a conservar la fe y la piedad en el pueblo cristiano, ha considerado necesario el recordar a todos los Ordinarios las normas que se han de seguir, para que se inspire en principios y revista formas que plenamente correspondan al decoro y a la santidad de la casa de Dios.

Sobre la arquitectura

11. 1) La arquitectura sagrada, aunque revista formas nuevas, tiene que cumplir siempre su oficio que es el de construir la casa de Dios, casa de oración, jamás asimilable a un edificio profano. Al construir nuevas iglesias, se atienda también a la comodidad de los fieles, facilitándoles cuanto sea posible el seguir con atención y con la vista el desarrollo de las sagradas ceremonias; y brillen aquellas por la sencillez de líneas no interrumpidas por artificiosos ornamentos, pero evítese con sumo cuidado todo cuanto pudiera revelar negligencia en la obra artística.

12. 2) En el can. 1162 § 1 se dispone: *No se edificará ninguna iglesia sin el consentimiento expreso del Ordinario local dado por escrito, consentimiento que no puede dar el Vicario General sin mandato especial.*

13. 3) En el can. 1164 § 1: *Procurarán los Ordinarios, oyendo, si fuera menester, el consejo de los peritos, que en la edificación y reparación de las iglesias se observen las formas aceptadas por la tradición cristiana y los cánones del arte sagrado.*

14. 4) Esta Suprema S. Congregación insiste, además, en la estricta obligación de observar exactamente lo dispuesto en los cánones 1268 § 2 y 1269 § 1: *La Sma. Eucaristía se guardará en el lugar más digno y excelente de la iglesia, y, por lo tanto, de ordinario, en el altar mayor, a no ser que resulte más conveniente y digno para el culto y veneración de tan admirable sacramento debe guardarse en un sagrario inamovible colocado en medio del altar.*

Sobre las artes figurativas

15. 1) Según el can. 1279: *A nadie es lícito colocar o hacer que se coloque en las iglesias, aunque sean exentas, o en otros lugares sagrados, ninguna imagen insólita, a no ser que esté aprobada por el Ordinario local (§ 1).*

quier costumbre cuando se trata de culto, a introducir y aprobar nuevos ritos y a cambiar los que estime deben ser cambiados⁽⁵¹⁾; los Obispos, por su parte, tienen el derecho y el deber de vigilar con diligencia, a fin de que las prescripciones de los sagrados cánones referentes al culto divino sean observadas con exactitud⁽⁵²⁾. No es posible dejar al arbitrio de cada uno, aunque se trate de miembros del Clero, las cosas

16. 2) *Pero el Ordinario no aprobará, para exponer a la pública veneración de los fieles, imágenes sagradas que no estén en armonía con el uso admitido por la Iglesia (§ 2).*

17. 3) *Jamás permitirá que en las iglesias o en otros lugares sagrados se exhiban imágenes que expresen algún dogma falso, o en las que haya algo menos conforme con la decencia y honestidad o que ofrezcan ocasión de error peligroso para los ignorantes (§ 3).*

18. 4) En el caso de que en las Comisiones diocesanas faltasen peritos, surgieren dudas o disparidad en las opiniones, los Ordinarios habrán de solicitar el parecer de las Comisiones metropolitanas o de la Comisión de Arte Sagrado de Roma.

19. 5) Según lo dispuesto en los cánones 485 y 1178, los Ordinarios mandarán retirar de los edificios sagrados todo cuanto contradiga a la santidad del lugar y a la reverencia que se debe a la casa de Dios; y prohibirán con severidad que se exponga a la veneración de los fieles, ya en los mismos altares, ya en las paredes continuas, una desordenada multiplicidad de estatuas o de imágenes de escaso valor, ordinariamente estereotipadas.

20. 6) Tanto los Obispos como los superiores religiosos no den jamás licencia para imprimir libros, periódicos u hojas, que lleven impresas imágenes no conformes al modo de sentir y a los decretos de la Iglesia (cf. cánones 1385 y 1399, 12º).

Normas

21. Mas para que los Excmos. Ordinarios puedan solicitar y lograr de la Comisión diocesana de arte sagrado el más seguro consejo, en conformidad con las normas de la Santa Sede y de los fines propios del arte sagrado, cuidarán de escoger para componer tales Comisiones a personas que a su indiscutible competencia en materia de arte unan dotes de fe viva, de verdadera piedad y de adhesión plena a las directrices de la autoridad eclesiástica.

22. Tanto para la arquitectura como para las artes figurativas se dé la preferencia a aquellos artistas que, además de poseer la pericia profesional, se hallen al mismo tiempo en grado de expresar, por medio de su obra, una fe sincera y una verdadera piedad que son la finalidad propia del arte sagrado.

23. Finalmente, se tendrá sumo cuidado de que maestros respetuosos de las venerables tradiciones y dóciles a las normas directivas de la Santa Sede instruyan en el arte sagrado a los candidatos al sacerdocio, durante los estudios de filosofía y de teología, según la edad y capacidad de cada uno, formando así en ellos su espíritu en una justa comprensión del arte sagrado.

(49) Sixto V Const. *Immensa* 22-I-1588.

(50) C.I.C. can. 253.

(51) Compárese Cód. Iur. Can. can. 1257.

(52) Compárese Cód. Iur. Can. can. 1261.

santas y venerables relacionadas con la vida religiosa de la comunidad cristiana, con el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo y el culto divino, con el honor debido a la Trinidad Santísima, al Verbo Encarnado, a su augusta Madre y a los demás santos y con la salvación de los hombres; por la misma causa a nadie se le permite regular en esta materia aquellas acciones externas, íntimamente ligadas con la disciplina eclesiástica, con el orden, la unidad y la concordia del Cuerpo Místico, y no pocas veces con la integridad misma de la fe católica.

39. **Algunos abusos temerarios.** La Iglesia, en realidad, es un organismo vivo, y por eso crece y se desarrolla también en lo que toca a la Sagrada Liturgia, adaptándose a las circunstancias y a las exigencias que se presentan en el transcurso del tiempo y acomodándose a ellas; pero, a pesar de ello, hay que reprobar severamente la temeraria osadía de quienes introducen intencionalmente nuevas costumbres litúrgicas o hacen renacer ritos ya desusados y que no están de acuerdo con las leyes y rúbricas vigentes. No sin gran dolor venimos a saber, Venerables Hermanos, que así sucede en cosas, no sólo de poca, sino también de gravísima importancia; efectivamente, no falta quien use la lengua vulgar en la celebración del Sacrificio Eucarístico, quien traslade fiestas —fijadas ya por estimables razones— a una fecha diversa, quien excluya de los libros aprobados para las oraciones públicas las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, teniéndolas por poco apropiadas y oportunas para nuestros días.

5. *La lengua litúrgica*

40. **La Iglesia autoriza y manda.** El empleo de la lengua latina, vigente en una gran parte de la Iglesia, es un claro y hermoso signo de la unidad y un antídoto eficaz contra toda corrupción de la pura doctrina. No quita esto que el empleo de la lengua vulgar en mu-

chos ritos, efectivamente, pueda ser muy útil para el pueblo; pero la Sede Apostólica es la única que tiene facultad para autorizarlo, y por eso nada se puede hacer en este punto sin contar con el juicio y aprobación, porque, como dejamos dicho, es de su exclusiva competencia la ordenación de la Sagrada Liturgia.

6. *Formas antiguas y nuevas.*

41. **Adhesión exagerada a los ritos antiguos.** Con la misma medida deben ser juzgados los conatos de algunos, enderezados a resucitar ciertos antiguos ritos o ceremonias. La Liturgia de los tiempos pasados merece ser venerada sin duda ninguna; pero una costumbre antigua no es ya solamente por su antigüedad lo mejor, tanto en sí misma cuanto en relación con los tiempos sucesivos y las condiciones nuevas. También son dignos de estima y respeto los ritos litúrgicos más recientes, porque han surgido bajo el influjo del Espíritu Santo que está con la Iglesia siempre, *hasta la consumación de los siglos*⁽⁵³⁾, y son medios de los que la ínclita Esposa de Jesucristo se sirve para estimular y procurar la santidad de los hombres.

42. **Prudente vuelta a la tradición.** Es en verdad cosa prudente y digna de toda alabanza el volver de nuevo con la inteligencia y el espíritu a las fuentes de la Sagrada Liturgia, porque su estudio, remontándose a los orígenes, contribuye mucho a comprender el significado de las fiestas y a penetrar con mayor profundidad y exactitud en el sentido de las ceremonias; pero ciertamente, no es prudente y loable el reducirlo todo, de todas las maneras, a lo antiguo. Así, por ejemplo, se sale del recto camino quien desea devolver al altar su forma antigua de mesa; quien desea excluir de los ornamentos litúrgicos el color negro; quien quiere eliminar de los templos las imágenes y estatuas sagradas; quien quiere hacer desaparecer en las imágenes del Redentor Crucificado los dolores acerbí-

(53) Compárese Mat. 28, 20.

simos que El ha sufrido; quien repudia y reprueba el canto polifónico, aunque está conforme con las normas promulgadas por la Santa Sede.

43. "Arqueologismo" excesivo. Así como ningún católico sensato puede rechazar las fórmulas de la doctrina cristiana compuestas y decretadas con grande utilidad por la Iglesia, inspirada y asistida por el Espíritu Santo, en épocas recientes, para volver a las fórmulas de los antiguos concilios, ni puede repudiar las leyes vigentes para retornar a las prescripciones de las antiguas fuentes del Derecho Canónico; así, cuando se trata de la Sagrada Liturgia, no resultaría animado de un celo recto e inteligente quien deseara volver a los antiguos ritos y usos, repudiando las nuevas normas introducidas por disposición de la divina Providencia y por la modificación de las circunstancias. Tal manera de pensar y de obrar hace revivir, efectivamente, el excesivo e insano arqueologismo despertado por el ilegítimo *Concilio de Pistoya*, y se esfuerza por resucitar los múltiples errores que un día provocaron aquel conciliábulo, y los que de él se siguieron, con gran daño de las almas, y que la Iglesia, guarda vigilante del depósito de la fe que le han sido confiado por su Divino Fundador, justamente condenó⁽⁵⁴⁾. En efecto, deplorables propósitos e iniciativas tienden a paralizar la acción santificadora con la cual la Sagrada Liturgia dirige al Padre saludablemente sus hijos de adopción.

44. Sólo el Papa es el árbitro. Por eso, hágase todo dentro de la necesaria unión con la Jerarquía Eclesiástica. No se arrogue ninguno el derecho a ser ley para sí y a imponerla a los otros por su voluntad. Tan sólo el Sumo Pontífice, como sucesor de PEDRO, a quien el Divino Redentor confió su rebaño universal⁽⁵⁵⁾, y los Obispos, que a las dependencias de la Sede Apostólica el

Espíritu Santo... ha constituido... para apacentar la Iglesia de Dios⁽⁵⁶⁾, tienen el derecho y el deber de gobernar al pueblo cristiano. Por eso, Venerables Hermanos, siempre que defendéis vuestra autoridad —a veces con severidad saludable— no sólo cumplís con vuestro deber, sino que cumplís la voluntad del mismo Fundador de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE

EL CULTO EUCARÍSTICO

I. - La Naturaleza del sacrificio

45. La esencia de la misa. El misterio de la Sagrada Eucaristía, instituido por el Sumo Sacerdote, JESUCRISTO, y por voluntad de El constantemente renovada por sus ministros, es como el compendio y centro de la religión cristiana. Tratándose del punto más alto de la Sagrada Liturgia, creemos oportuno, Venerables Hermanos, detenernos un poco y llamar vuestra atención sobre argumento de tan grande importancia.

Cristo Nuestro Señor, *sacerdote sempiterno, según el orden de Melquisedec*⁽⁵⁷⁾, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo⁽⁵⁸⁾, en la última cena, en la noche en que se le traicionaba, para dejar a la Iglesia, su amada Esposa, un sacrificio visible —como la naturaleza de los hombres pide— que fuese representación del Sacrificio cruento que debía de llevarse a efecto en la Cruz, y para que permaneciese su recuerdo hasta el fin de los siglos y se aplicase su virtud salvadora para remisión de nuestros pecados cotidianos... ofreció a Dios Padre su cuerpo y sangre, bajo las especies del pan y del vino, y las dio a los Apóstoles, constituidos entonces sacerdotes del Nuevo Testamento, a fin de que bajo estas mismas especies lo recibiesen, al mismo tiempo que les ordenaba a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio que lo ofreciesen⁽⁵⁹⁾.

(54) Compárese Pius VI, Const. *Auctorem fidei*, 28-VIII-1794, Nrs. 31-34, 39, 62, 66, 69-74; de: Fontes II, 696, 699, 705, 706-707.

(55) Compárese Juan 21, 15-17.

(56) Act. 20, 28.

(57) Sal. 109, 4.

(58) Juan 13, 1.

(59) Conc. Trid. Ses. 22, c. 1 (Denzinger- Umb. nr. 938).

46. 1) Es una verdadera renovación del Sacrificio de la Cruz. El augusto Sacrificio del altar no es, pues, una pura y simple conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo, sino que es un sacrificio propio y verdadero, por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la Cruz, ofreciéndose enteramente al Padre, víctima gratísima. *Una... y la misma es la víctima; lo que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes se ofreció entonces en la Cruz; solamente el modo de hacer el ofrecimiento es diverso*⁽⁶⁰⁾.

47. a) Idéntico, el Sacerdote. Idéntico, pues, es el sacerdote, Jesucristo, cuya sagrada persona es representada por su ministro. Este, en virtud de la consagración sacerdotal que ha recibido, se asemeja *al Sumo Sacerdote* y tiene el poder de obrar en virtud y en persona del mismo Cristo⁽⁶¹⁾; por eso, con su acción sacerdotal, en cierto modo, *presta a Cristo su lengua y le alarga su mano*⁽⁶²⁾.

48. b) Idéntica, la víctima. Idéntica también es la víctima, esto es, el Redentor Divino, según su naturaleza humana y en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Es diferente, en cambio, el modo como Cristo se ofrece. En efecto, en la Cruz se ofreció a Dios totalmente y con todos sus sufrimientos, y esta inmolación de la víctima fue llevada a cabo por medio de su muerte cruenta, voluntariamente padecida; en cambio, sobre el altar, a causa del estado glorioso de su naturaleza humana, *la muerte no tendrá ya dominio sobre El*⁽⁶³⁾, y por eso la efusión de la sangre es imposible; pero la divina sabiduría ha hallado un modo admirable para hacer manifiesto el sacrificio de nuestro Redentor con señales exteriores, que son símbolos de muerte, ya que, gracias a la transubstanciación del pan en el cuerpo y del vino en la sangre de

Cristo, así como está realmente presente su cuerpo, también lo está su sangre; y de esa manera las especies eucarísticas, bajo las cuales se halla presente, simbolizan la cruenta separación del cuerpo y de la sangre. De este modo, la conmemoración de su muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite en cada uno de los sacrificios del altar, ya que por medio de señales diversas se significa y se muestra JESUCRISTO en estado de víctima.⁵⁴⁹

49. c) Idénticos los fines del Sacrificio. Idénticos, finalmente, son los fines, de los que es el *primero* la glorificación de Dios. Desde su nacimiento hasta su muerte, Jesucristo ardió en el celo de la gloria divina; y, desde la Cruz, la oferta de su sangre subió al cielo en olor de suavidad. Y para que este himno jamás termine, los miembros se unen en el Sacrificio Eucarístico a su Cabeza divina, y con El, con los *Angeles y Arcángeles, cantan a Dios alabanzas perennes*⁽⁶⁴⁾, dando al Padre Omnipotente todo honor y gloria⁽⁶⁵⁾.

El *segundo* fin es dar gracias a Dios. El Divino Redentor, como Hijo predilecto del Eterno Padre cuyo inmenso amor conocía, es el único que pudo dedicarle un digno himno de acción de gracias. Esto es lo que pretendió y deseó, *dando gracias*⁽⁶⁶⁾ en la última cena, y no cesó de hacerlo en la Cruz, ni cesa jamás en el augusto Sacrificio del altar, cuyo significado precisamente es la acción de gracias eucarística; y esto, porque *digno y justo es en verdad, debido y salvable*⁽⁶⁷⁾.

El *tercer* fin es la expiación y la propiciación. Nadie, en realidad, excepto Cristo, podía ofrecer a Dios Omnipotente una satisfacción adecuada por los pecados del género humano. Por eso quiso El inmolarse en la cruz, *víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*⁽⁶⁸⁾. Asi-

(60) Conc. Trid. Ses. 22, c. 2 (Denz-Umb. 940).

(61) Compárese S. Thom., Summa Theol. III, q. 22, a. 4.

(62) Joann. Chrys. In Ioann. Hom. 86, 4 (Migne P.G. 59, 473).

(63) Rom. 6, 9.

(64) Compárese Misal Rom., Prefacio.

(65) Compárese Misal Rom. Canon.

(66) Marc. 14, 23.

(67) Misal Rom. Prefacio.

(68) I Ioan. 2, 2.

550 mismo se ofrece todos los días sobre los altares por nuestra redención, para que, libres de la condenación eterna, seamos acogidos entre la grey de los elegidos. Y esto no solamente para nosotros, los que vivimos aún en esta vida mortal, sino también para *todos los que descansan en Cristo... que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz*⁽⁶⁹⁾, porque, tanto vivos como muertos, *no nos separamos, sin embargo, del único Cristo*⁽⁷⁰⁾.

El cuarto fin es la impetración. El hombre, hijo pródigo, ha malgastado y disipado todos los bienes recibidos del Padre Celestial, y así se ve reducido a la mayor miseria y necesidad; pero, desde la Cruz, JESUCRISTO, *ofreciendo plegarias y lágrimas... fue oído en vista de su reverencia*⁽⁷¹⁾, y en los sagrados altares ejerce la misma eficaz mediación, a fin de que seamos colmados de toda clase de gracias y bendiciones.

50. 2) Valor infinito del Sacrificio divino. Así se comprende fácilmente la razón por la cual afirma el sacrosanto Concilio Tridentino que, mediante el Sacrificio Eucarístico, se nos aplica la virtud salvadora de la Cruz, *para remisión de nuestros pecados cotidianos*⁽⁷²⁾.

Y el Apóstol de los gentiles, proclamando la superabundante plenitud y perfección del Sacrificio de la Cruz, ha declarado que Cristo, con una sola ofrenda, *hizo perfectos para siempre a los que ha santificado*⁽⁷³⁾. En efecto, los méritos infinitos e inmensos de este Sacrificio no tienen límites, y se extienden a todos los hombres en cualquier lugar y tiempo, porque en él el sacerdote y la víctima es el Dios Hombre; porque su inmolación, igual que su obediencia a la voluntad del Padre Eterno, fue perfectísima, y porque quiso morir como cabeza del género humano: *Mira cómo ha sido tratado nuestro Salvador: pende Cristo en la Cruz; mira a qué precio compró... su sangre*

ha vertido. Compró con su sangre, con la sangre del Cordero inmaculado, con la sangre del único Hijo de Dios... Quien compra es Cristo; el precio es la sangre; la posesión, el mundo todo⁽⁷⁴⁾.

Sin embargo, este rescate no obtuvo inmediatamente su efecto pleno: es menester que Cristo, después de haber rescatado al mundo con el copiosísimo precio de sí mismo, entre en la posesión real y efectiva de las almas. De aquí que, para que se lleve a cabo y sea grata a Dios la redención y salvación de todos los individuos y de las generaciones venideras hasta el fin de los siglos, es de necesidad absoluta que tomen todos contacto vital con el Sacrificio de la Cruz, y así, los méritos que de él se derivan les serán transmitidos y aplicados. Se puede decir que Cristo ha construido en el Calvario una piscina de purificación y de salvación que llenó con su sangre, por El vertida; pero, si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellas las manchas de su iniquidad, no serán ciertamente purificados y salvados.

51. 3) Pero es necesaria la colaboración personal de los fieles. Por eso, para que todos los pecadores se purifiquen en la sangre del Cordero, es necesaria su propia colaboración. Aunque Cristo, hablando en términos generales, haya reconciliado a todo el género humano con el Padre por medio de su muerte cuenta, quiso, sin embargo, que todos se acercasen y fuesen llevados a la Cruz por medio de los Sacramentos y por medio del Sacrificio de la Eucaristía, para poder obtener los frutos de salvación por El en la misma Cruz ganados. Con esta participación actual y personal, de la misma manera que los miembros se asemejan cada día más a la Cabeza divina, así también la salvación que de la Cabeza viene afluye en los miembros, de manera que cada uno de nosotros puede repetir las palabras de SAN PABLO: *Estoy clavado en la*

(69) Misal Rom. Canon.

(70) S. Agustín *De Trinit.* lib. 13, c. 19 (Migne P.L. 42, 1034).

(71) Hebr. 5, 7.

(72) Compárese Ses. 22, c. 1 (Denzinger-Umb. nr. 938).

(73) Compárese Hebr. 10, 14.

(74) S. Agustín *Enarr. in Ps.* 147, n. 16 (Migne P.L. 37, 1925).

Cruz juntamente con Cristo, y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí⁽⁷⁵⁾. Porque, como en otra ocasión hemos dicho de propósito y ampliamente, JESUCRISTO, mientras al morir en la Cruz concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de la Redención, sin que Ella pusiese nada de su parte; en cambio, cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancha la obra de la santificación, sino que quiere que en alguna manera provenga de ella⁽⁷⁶⁾.

El augusto Sacramento del altar es un insigne instrumento para distribuir a los creyentes los méritos que se derivan de la Cruz del Divino Redentor. *Cuantas veces se celebra la memoria de este Sacrificio renuévase la obra de nuestra Redención*⁽⁷⁷⁾. Y esto, lejos de disminuir la dignidad del Sacrificio cruento, hace resaltar, como afirma el Concilio de Trento⁽⁷⁸⁾, su grandeza, y proclama su necesidad. Al ser renovado cada día, nos advierte que *no hay salvación fuera de la Cruz de Nuestro Señor JESUCRISTO*⁽⁷⁹⁾; que Dios quiere la continuación de este Sacrificio desde el Oriente hasta el Occidente⁽⁸⁰⁾, para que no cese jamás el himno de glorificación y de acción de gracias que los hombres deben al Creador, puesto que tienen necesidad de su continua ayuda y de la sangre del Redentor para borrar los pecados que ofenden a su justicia.

II. - La participación de los fieles en el sacrificio eucarístico

1. Delimitación de los poderes

52. Participación, pero no potestad sacerdotal. Conviene, pues, Venerables Hermanos, que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el Sacrificio Eucarístico; y eso, no con un espíritu pasivo y negligente, discurriendo y divagando por

otras cosas, sino de un modo tan intenso y tan activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote, según aquello del Apóstol: *Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo*⁽⁸¹⁾; y ofrezcan aquel Sacrificio juntamente con El y por El y con él se ofrezcan también a sí mismos.

Jesucristo en verdad es sacerdote, pero sacerdote para nosotros, no para Sí, al ofrecer al Eterno Padre los deseos y sentimientos religiosos en nombre de todo el género humano; igualmente. El es víctima, pero para nosotros, al ofrecer a Sí mismo en vez del hombre sujeto a la culpa. Pues bien; aquello del Apóstol, *habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo*, exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el Divino Redentor cuando se ofrecía en Sacrificio, es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados. Exige, finalmente, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la Cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como SAN PABLO: *estoy clavado en la Cruz juntamente con Cristo*⁽⁸²⁾.

Por el hecho, empero, de que los fieles cristianos participen en el Sacrificio Eucarístico, no por eso gozan también de la potestad sacerdotal, cosa que, por cierto, es muy necesario que expliquéis claramente a vuestra grey.

53. Error acerca del sacerdocio común. Pues hay en la actualidad, Venerables Hermanos, quienes, acercán-

(75) Gal. 2, 19-20.

(76) Encíclica *Mystici Corporis*, 29-VI-1943; AAS. 35 (1943) 213; en esta Colecc.: Enc. 177, 38, p. 1602.

(77) Misal Rom. Secreta Dom. IX post Pentec.

(78) Compárese Ses. 22, c. 2 y can. 4 (Den-

zinger-Umberg Nrs. 940 y 949).

(79) Compárese Gal. 6, 14.

(80) Malaq. 1, 11.

(81) Filip. 2, 5.

(82) Gal. 2, 19.

dose a errores ya condenados⁽⁸³⁾, dicen que en el Nuevo Testamento sólo se entiende con el nombre de sacerdocio aquel que atañe a todos los bautizados; y que el precepto que JESUCRISTO dio a los Apóstoles en su última cena, de hacer lo que El mismo había hecho, se refiere directamente a todo el conjunto de los fieles; y que sólo más adelante se introdujo el sacerdocio jerárquico. Por lo cual creen que el pueblo tiene verdadero poder sacerdotal, y que los sacerdotes obran solamente en virtud de una delegación de la comunidad. Por eso juzgan que el Sacrificio Eucarístico es una estricta *concelebración*, y opinan que es más conveniente que los sacerdotes *concelebren* rodeados de fieles, que no ofrezcan privadamente el Sacrificio sin asistencia del pueblo

54. **El recto concepto del sacerdocio sacramental.** No hay para qué explicar lo que esos capciosos errores se oponen a aquellas verdades que ya antes dejamos establecidas, al tratar del grado que ocupaba el sacerdote en el Cuerpo Místico de Cristo. Creemos, sin embargo, necesario recordar que el sacerdote representa al pueblo sólo porque representa la persona de Nuestro Señor JESUCRISTO, que es Cabeza de todos los miembros por los cuales se ofrece; y que, por consiguiente, se acerca al altar como ministro de JESUCRISTO, inferior a Cristo, pero superior al pueblo⁽⁸⁴⁾. El pueblo, por el contrario, puesto que

554 de ninguna manera representa la persona del Divino Redentor, ni es mediador entre sí mismo y Dios, de ningún modo puede gozar del derecho sacerdotal.

2. El sacerdocio común de los fieles

55. **Participación en cuanto que lo ofrecen juntamente con el Sacerdote.** Todo esto consta con certeza de fe; empero hay que afirmar también que los fieles cristianos ofrecen la hostia divina, pero bajo otro aspecto.

(83) Compárese Conc. Trid. Ses. 23, c. 4 (Denzinger-Umberg Nr. 960).

(84) Compárese S. Roberto Bellarm. *De Missa*, II, cap. 4.

56. a) **Está declarado por la Iglesia.** Así lo declararon ya amplísimamente algunos de Nuestros Antecesores y de los Doctores de la Iglesia: *No sólo —así habla INOCENCIO III, de inmortal memoria— ofrecen el Sacrificio los sacerdotes, sino también todos los fieles; pues lo que se realiza especialmente por el ministerio de los sacerdotes, se obra universalmente por voto o deseo de los fieles*⁽⁸⁵⁾. Y Nos place aducir al menos uno de los múltiples dichos de SAN ROBERTO BELLARMINO a este propósito: *El Sacrificio, dice, se ofrece principalmente en la persona de Cristo. Así, pues, esa oblación que sigue inmediatamente a la consagración es como una testificación de que toda la Iglesia concuerda con la oblación hecha por Cristo, y de que ofrece el Sacrificio juntamente con El*⁽⁸⁶⁾.

57. b) **Está significado por los mismos ritos.** Los ritos y las oraciones del Sacrificio Eucarístico no menos claramente significan y muestran que la oblación de la víctima la hace el sacerdote juntamente con el pueblo. Pues, no solamente el ministro sagrado, después de haber ofrecido el pan y el vino, dice explícitamente vuelto hacia el pueblo: *Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable ante Dios Padre todopoderoso*⁽⁸⁷⁾; sino que, además, las súplicas con que se ofrece a Dios la hostia divina las más de las veces se pronuncian en número plural, y en ellas, más de una vez, se indica que el pueblo participa también en este augusto Sacrificio, en cuanto que él también lo ofrece. Así, por ejemplo, se dice: *Por los cuales te ofrecemos o ellos mismos te ofrecen... Rogámoste, pues, Señor, recibas propicio esta ofrenda de tus siervos y también de todo tu pueblo... Nosotros, tus siervos, y tu pueblo santo..., ofrecemos a tu excelsa Majestad, de tus propios dones y dádivas, la Hostia pura, la Hostia inmaculada*⁽⁸⁸⁾.

(85) Inocencio III. *De S. Altaris Mysterio*, III, 6.

(86) Rob. Bellarm. *De Missa*, I, cap. 27.

(87) Misal Rom. Ordo de la Misa.

(88) Misal Rom. Canon de la Misa.

555

Y por el bautismo. Ni es de admirar que los fieles sean elevados a tal dignidad, pues por el Bautismo los cristianos, a título común, quedan hechos miembros del Cuerpo Místico de Cristo sacerdote, y por el *carácter* que se imprime en sus almas son consagrados al culto divino, participando así, según su condición, del sacerdocio del mismo Cristo.

58. c) Oblación del pan y del vino hecha por los fieles. En la Iglesia Católica la razón humana, iluminada por la fe, se ha afanado siempre por alcanzar el mayor conocimiento posible de las cosas divinas. Es, pues, muy puesto en razón que el pueblo cristiano pregunte piadosamente en qué sentido en el canon del Sacrificio Eucarístico se dice que él mismo también lo ofrece. Para satisfacer a tal deseo expondremos este punto breve y compendiosamente.

Hay, en *primer lugar*, razones más bien remotas; a saber, la de que frecuentemente sucede que los fieles que asisten a los sagrados ritos alternan sus preces con las del sacerdote; la de que algunas veces también acaece —cosa que antiguamente se hacía con más frecuencia— que ofrecen a los ministros del altar el pan y el vino, que se han de convertir en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo; la de que en fin, con sus limosnas hacen que el Sacerdote ofrezca por ellos la divina víctima.

Empero hay también *una razón más íntima* para que se pueda decir que todos los cristianos, y más principalmente los que están presentes ante el altar, ofrecen el Sacrificio.

59. d) Sacrificio ofrecido por los fieles. Para que en cuestión tan grave no nazca ningún pernicioso error, hay que limitar con términos precisos el sentido del término *ofrecer*. Aquella inmolación incruenta con la cual, por medio de las palabras de la consagración, el mismo Cristo se hace presente en estado de víctima sobre el altar, la realiza sólo el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto tiene la representación de todos

los fieles. Mas al poner el sacerdote sobre el altar la divina víctima, la ofrece a Dios Padre como una oblación a gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de toda la Iglesia. En esta oblación, en sentido estricto, participan los fieles a su manera y bajo un doble aspecto; pues, no sólo por manos del sacerdote, sino también en cierto modo juntamente con él, ofrecen el Sacrificio; con la cual participación también la oblación del pueblo pertenece al culto litúrgico.

556

Que los fieles ofrezcan el Sacrificio por manos del sacerdote es cosa manifiesta, porque el ministro del altar representa la persona de Cristo, como Cabeza que ofrece en nombre de todos los miembros; por lo cual puede decirse con razón que toda la Iglesia universal ofrece la víctima por medio de Cristo. Pero no se dice que el pueblo ofrezca juntamente con el sacerdote, porque los miembros de la Iglesia realicen el rito litúrgico visible de la misma manera que el sacerdote, lo cual es propio exclusivamente del ministro destinado a ello por Dios, sino porque une sus votos de alabanza, de impetración, de expiación y de acción de gracias a los votos o intención del sacerdote, más aún, del mismo Sacerdote Divino, para que sean ofrecidos a Dios Padre en la misma oblación de la víctima, incluso con el mismo rito externo del sacerdote. Pues el rito externo del Sacrificio, por su misma naturaleza, ha de manifestar el culto interno, y el Sacrificio de la Nueva Ley significa aquel obsequio supremo con el cual el mismo oferente principal, que es Cristo, y juntamente con El y por El todos sus miembros místicos, reverencian y veneran a Dios con el honor debido.

60. Exageraciones y falsas interpretaciones acerca del sacrificio de los fieles. Con grande gozo del alma hemos sabido que, precisamente en estos últimos tiempos, por el más profundo estudio de muchos en materias litúrgicas, ha sido colocada tal doctrina en su propia luz. Sin embargo, no podemos menos de deplorar vehementemen-

te ciertas exageraciones y falsas interpretaciones que no concuerdan con los genuinos preceptos de la Iglesia.

Algunos, en efecto, reprueban absolutamente los Sacrificios que se ofrecen en privado sin la asistencia del pueblo, como si fuesen una desviación del primitivo modo de sacrificar; ni faltan quienes aseveren que no pueden ofrecer al mismo tiempo la hostia divina diversos sacerdotes en varios altares, pues con esta práctica dividirían la comunidad de los fieles e impedirían su unidad; más aún, algunos llegan a creer que es preciso que el pueblo confirme y ratifique el Sacrificio, para que éste alcance su fuerza y su valor.

557 En estos casos se alega erróneamente el carácter social del Sacrificio Eucarístico. Porque, cuantas veces el sacerdote renueva lo que, el Divino Redentor hizo en la última cena, se consuma realmente el Sacrificio; el cual Sacrificio, ciertamente por su misma naturaleza, y siempre, en todas partes y por necesidad, tiene una función pública social; pues el que lo inmola obra en nombre de Cristo y de los fieles cristianos, cuya Cabeza es el Divino Redentor, y lo ofrece a Dios por la Iglesia Católica y *por los vivos y difuntos*⁽⁸⁹⁾. Y ello tiene lugar sin género de duda, ya sea que estén presentes los fieles —lo que Nos deseamos y recomendamos acudan cuantos más mejor y con la mayor piedad—, ya sea que falten, pues de ningún modo se requiere que el pueblo ratifique lo que hace el ministro del altar.

61. Rectificación de ese error. Aunque por lo que acabamos de exponer queda claro que el Sacrificio Eucarístico se ofrece en nombre de Cristo y de la Iglesia, y que no queda privado de sus frutos, aun sociales, aunque el sacerdote celebre sin la presencia de ningún acólito; con todo eso, por razón de la dignidad de este tan augusto misterio, queremos y urgimos —lo cual, por lo demás, siempre prescribió la Santa Madre Iglesia— que ningún sa-

cerdote se acerque al altar sin ningún ayudante que le sirva y responda, según prescribe el canon 813 (del Código de Derecho Canónico).

3. *El ofrecimiento de sí propio como participante*

62. Participación, en cuanto que deben ofrecerse también a sí mismos como víctimas. Mas para que la oblación con la cual en este Sacrificio los fieles ofrecen al Padre Celestial la víctima divina alcance su pleno efecto, conviene añadir otra cosa: es preciso que se inmolen así mismos como hostias.

Y ciertamente ésta inmólación no se reduce sólo al Sacrificio litúrgico, pues el Príncipe de los Apóstoles quiere que, puesto que somos edificados en Cristo como piedras vivas, podamos como *un orden de sacerdotes santos ofrecer víctimas espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo*⁽⁹⁰⁾; y el apóstol SAN PABLO, sin hacer ninguna distinción de tiempo, exhorta a los cristianos con estas palabras: *Os ruego... que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a sus ojos que es el culto racional que debéis ofrecerle*⁽⁹¹⁾. Mas cuando sobre todo los fieles participan en la acción litúrgica con tan gran piedad y atención, que de ellos se puede decir en verdad: *cuya fe y devoción te es conocida*⁽⁹²⁾, entonces no podrá menos de suceder sino que la fe de cada uno actúe más vivamente por medio de la caridad, que la piedad se fortalezca y arda, que todos y cada uno se consagren a procurar la divina gloria, y que, ardientemente deseosos de asemejarse a JESUCRISTO que sufrió tan acerbos dolores, se ofrezcan como hostia espiritual con su Sumo Sacerdote y por su medio.

63. a) Purificando cada uno su alma. Esto mismo enseñan aquellas exhortaciones que el obispo, en nombre de la Iglesia, dirige a los ministros del altar el día en que los consagra: *Conoced lo*

(89) Misal Rom. Canon de la Misa.

(90) I Petr. 2, 5.

(91) Rom. 12, 1.

(92) Misal Rom. Canon de la Misa.

que hacéis, imitad lo que tocáis, para que al celebrar el misterio de la muerte del Señor procuréis mortificar enteramente en vuestros miembros los vicios y concupiscencias⁽⁹³⁾. Y casi del mismo modo en los sagrados libros de la Liturgia se advierte a los cristianos que se acercan al altar para participar en el Santo Sacrificio: *Ofrézcase en este... altar el culto de la inocencia, inmólese la soberbia, sacrifíquese la ira, mortifíquese la lujuria y toda lascivia ofrézcase en vez de incienso el sacrificio de la castidad, y en vez de pichones el sacrificio de la inocencia*⁽⁹⁴⁾. Así, pues, mientras estamos junto al altar hemos de transformar nuestra alma de manera que se extinga totalmente en ella todo lo que es pecado, e intensamente se fomente y robustezca cuanto engendra la vida eterna por medio de Jesucristo, de modo que nos hagamos, junto con la Hostia Inmaculada, víctima aceptable al Eterno Padre.

La Iglesia se esfuerza con todo empeño, por medio de los preceptos de la Sagrada Liturgia, para que este santo propósito pueda ponerse en práctica del modo más apropiado. A ella convergen, no sólo las lecciones, las homilías y las demás exhortaciones de los sagrados ministros, y todo el ciclo de los misterios que se proponen a nuestra consideración durante todo el curso del año, sino también los ornamentos, los sagrados ritos y su aparato externo; todo lo cual se encamina a que la majestad de tan alto Sacrificio sea exaltada y a que las mentes de los fieles, por medio de estos signos externos de religión y de piedad, se muevan a la contemplación de los altísimos misterios que se esconden en este Sacrificio⁽⁹⁵⁾.

64. b) Reproduciendo la imagen del Redentor. Todos los elementos de la Liturgia conducen, pues, a que nuestra alma reproduzca en sí mismo la imagen de nuestro Divino Redentor, según

aquello del Apóstol de las gentes: *Estoy clavado juntamente con Cristo en la Cruz, yo vivo, o más bien no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí*⁽⁹⁶⁾. Por lo cual nos hacemos como una hostia, juntamente con Cristo, para aumentar la gloria del Eterno Padre.

A eso, pues, los fieles deben dirigir y elevar sus almas al ofrecer la víctima divina en el Sacrificio Eucarístico. Pues si, como escribe SAN AGUSTÍN, *nuestro misterio está puesto en la mesa del Señor*⁽⁹⁷⁾, es decir, el mismo Cristo Señor Nuestro en cuanto es Cabeza y símbolo de aquella unión por la cual nosotros somos *el Cuerpo Místico de Cristo*⁽⁹⁸⁾ y *miembros de su Cuerpo*⁽⁹⁹⁾; si SAN ROBERTO BELLARMINO, conforme a la mente de SAN AGUSTÍN, enseña que en el Sacrificio del altar está significado el Sacrificio general por el cual todo el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, todo el mundo redimido, es ofrecido a Dios por el gran Sacerdote, Cristo⁽¹⁰⁰⁾; nada puede pensarse más recto ni más justo que el inmolarnos también todos nosotros al Eterno Padre, juntamente con nuestra Cabeza, que por nosotros sufrió. Porque en el Sacramento del altar, según el mismo SAN AGUSTÍN, *se muestra a la Iglesia que en el Sacrificio que ofrece, ella misma es ofrecida*⁽¹⁰¹⁾.

65. Dignidad de la participación y unión con el sacerdote. Adviertan, pues, a los fieles cristianos a qué dignidad los ha elevado el sagrado Bautismo, y no se contenten con participar en el Sacrificio Eucarístico con aquella intención general que es propia de los miembros de Cristo y de los hijos de la Iglesia, sino que, unidos de la manera más espontánea e íntima que sea posible con el Sumo Sacerdote y con su ministro en la tierra, según el espíritu de la Sagrada Liturgia, se unan con El de un modo particular cuando se realiza la consagración de la Hostia divina, y la ofrezcan juntamente con El

(93) Pontif. Rom. *De la Ordenación del Sacerdote*.

(94) Pontif. Rom. *De la Consagración del Altar*, prefacio.

(95) Compárese Conc. Trid. Sess. 22, c. 5 (Denzinger-Umbert Nr. 943).

(96) Gal. 2, 19-20.

(97) S. Agustín, Serm. 272 (Migne P.L. 38, 1247).

(98) Compárese I Cor. 12, 27.

(99) Compárese Efes. 5, 30.

(100) Compárese S. Roberto Bellarm. *De Missa*, II, cap. 8.

(101) Compárense *De Civ. Dei*, lib. X, cap. 6 (Migne P.L. 41, 283; CSEL 40 vol. I p. 456, 28 s).

al pronunciarse aquellas solemnes palabras: *Por El, con El y en El a Ti, Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, es dada toda honra y gloria por todos los siglos de los siglos*⁽¹⁰²⁾; a las cuales palabras el pueblo responde: *Amén*. Y no se olviden los fieles cristianos de ofrecer, juntamente con su divina Cabeza clavada en la Cruz, a sí propio, sus preocupaciones, sus dolores, angustias, miserias y necesidades.

4. El fomento de la participación

66. Medios para promover esta participación. Son, pues, muy dignos de alabanza los que, deseosos de que el pueblo cristiano participe más fácilmente y con mayor provecho en el Sacrificio Eucarístico, se esfuerzan en poner el *Misal Romano* en manos de los fieles, de modo que, en unión con el sacerdote, oren con él con sus mismas palabras y con los mismos sentimientos de la Iglesia; y del mismo modo son de alabar los que se afanan por que la Liturgia, aun externamente, sea una acción sagrada, en la cual tomen realmente parte todos los presentes. Esto puede hacerse de muchas maneras, bien sea que todo el pueblo, según las normas de los sagrados ritos, responda ordenadamente a las palabras del sacerdote o entone cánticos adaptados a las diversas partes del Sacrificio, o haga entrambas cosas, o bien en las Misas solemnes responda alternativamente a las preces del mismo ministro de JESUCRISTO y se una al cántico litúrgico.

67. a) Pero subordinados a los preceptos de la Iglesia. Todos estos modos de participar en el Sacrificio son dignos de alabanzas y de recomendación, cuando se acomodan diligentemente a los preceptos de la Iglesia y a las normas de los sagrados ritos; y se encaminan principalmente a alimentar y fomentar la piedad de los cristianos y su íntima unión con Cristo y con su ministro visible, y también a excitar aque-

llos sentimientos y disposiciones interiores, con las cuales nuestra alma ha de imitar al Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento. Pero, aunque esos modos externos significan también de manera exterior, que el Sacrificio, por su misma naturaleza, como realizado por el *Mediador entre Dios y los hombres*⁽¹⁰³⁾, ha de ser considerado como obra de todo el Cuerpo Místico de Cristo; con todo eso, de ninguna manera son necesarios para constituir su carácter público y común. Además, la Misa así dialogada no puede substituir a la Misa solemne, la cual aunque están presentes a ella solamente los ministros que la celebran, goza de una particular dignidad por la majestad de sus ritos y el aparato de sus ceremonias, si bien tal esplendor y magnificencia suben de punto cuando, como la Iglesia desea, asiste un pueblo numeroso y devoto.

68. b) No hay que exagerar el valor de estos medios. Hay que advertir también que se apartan de la verdad y del camino de la recta razón quienes, llevados de opiniones falaces, hacen tanto caso de esas circunstancias externas, que no dudan en aseverar que, si ellas se descuidan, la acción sagrada no puede alcanzar su propio fin.

En efecto, no pocos fieles cristianos son incapaces de usar el *Misal Romano*, aunque está traducido en lengua vulgar; y no todos están preparados para entender rectamente los ritos y las fórmulas litúrgicas. El talento, la índole y la mente de los hombres son tan diversos y tan desemejantes unos de otros, que no todos pueden sentirse igualmente movidos y guiados con las preces, los cánticos y las acciones sagradas realizadas en común. Además, las necesidades de las almas y sus preferencias no son iguales en todos, ni siempre perduran la mismas en una misma persona. ¿Quién, llevado de ese prejuicio, se atreverá a afirmar que todos esos cristianos no pueden participar en el Sacrificio Eucarístico y gozar de sus beneficios? Pueden, ciertamente, echar ma-

(102) Misal Romano, Canon de la Misa.

(103) Compárese I Tim. 2, 5.

no de otra manera que a algunos les resulta más fácil: como, por ejemplo, meditando piadosamente los misterios de Jesucristo, o haciendo otros ejercicios de piedad, y rezando otras oraciones que, aunque diferentes de los sagrados ritos en la forma, sin embargo concuerdan con ellos por su misma naturaleza.

562 69. c) **Institúyanse Comisiones Diocesanas para promover la Liturgia.** Por eso os exhortamos, Venerables Hermanos, a que, en la diócesis o en el territorio eclesiástico de cada uno de vosotros, reguléis y ordenéis el modo y la forma en que el pueblo pueda participar en la acción litúrgica, según las normas del Misal y las prescripciones de la *Sagrada Congregación de Ritos* y del *Código de Derecho Canónico* de manera que todo se haga con el debido honor y decoro; y no se permita a nadie, aunque sea sacerdote, que use los sagrados templos a su arbitrio como para hacer nuevos experimentos. Por lo cual deseamos también que en todas y cada una de las diócesis, así como hay ya una Comisión para el arte y la música sagrada, así se cree también otra para promover el apostolado litúrgico, a fin de que bajo vuestro vigilante cuidado todo se haga diligentemente según las prescripciones de la Sede Apostólica.

En las comunidades religiosas, por su parte, cúmplase cuidadosamente todo lo que sus propias Constituciones establezcan en este punto, y no se introduzcan nuevos usos sin la previa aprobación de los Superiores.

En realidad, por muy diversos y diferentes que sean los modos y las circunstancias externas con que el pueblo cristiano participa en el Sacrificio Eucarístico y en las demás acciones litúrgicas, siempre hay que procurar con todo empeño que las almas de los asistentes se unan del modo más íntimo posible con el Divino Redentor, que su vida se enriquezca con una santidad

cada vez mayor, y que cada día crezca más la gloria del Padre Celestial.

III. - *La Comunión Eucarística.*

1. *La Comunión forma parte del sacrificio; Comunión sacramental y espiritual*

70. **Es parte esencial de la misa.** El Augusto Sacrificio del Altar termina con la Comunión del divino banquete. Sin embargo, como todos saben, para la integridad del mismo Sacrificio se requiere sólo que el sacerdote se nutra con el alimento celestial, y no que también el pueblo —cosa que, por lo demás, es muy deseable— se acerque a la sagrada Comunión.

71. a) **Para la integridad del Sacrificio basta la del sacerdote.** Nos place reiterar a este propósito las advertencias que Nuestro predecesor BENEDICTO XIV escribe acerca de las definiciones del *Concilio Tridentino*: *En primer lugar hemos de decir que a ningún fiel se le puede ocurrir que las Misas privadas, en las cuales sólo el sacerdote recibe la Eucaristía, pierdan por esto el valor del verdadero, perfecto e íntegro Sacrificio instituido por Cristo Señor Nuestro, y que por lo mismo hayan de considerarse ilícitas. Pues los fieles no ignoran, o por lo menos pueden fácilmente ser instruidos en ello, que el Sacrosanto Concilio de Trento, fundado en la doctrina que ha conservado la perpetua tradición de la Iglesia, condenó la nueva y falsa doctrina contraria de Lutero*⁽¹⁰⁴⁾. *Quien dijere que las Misas en que sólo el sacerdote comulga sacramentalmente son ilícitas, y que por lo mismo hay que suprimirlas, sea anatema*⁽¹⁰⁵⁾.

Están fuera, pues, del camino de la verdad los que no quieren celebrar el Santo Sacrificio, si el pueblo cristiano no se acerca a la sagrada mesa; pero más yerran todavía los que, para probar que es enteramente necesario que los fieles, junto con el sacerdote, reci-

(104) Encicl. *Certiores effecti*, 13-XI-1742, § 1. (CIC Fontes, Gasparri, I, 771).

(105) Conc. Trid. Ses. 22, can. 8. (Denzinger-Umberg Nr. 955).

ban el alimento eucarístico, afirman capciosamente que aquí no se trata sólo de un Sacrificio, sino del Sacrificio y del convite de la comunidad fraterna, y hacen de la Sagrada Comunión, recibida en común, como la cima de toda la celebración.

Se debe, pues, una vez más advertir que el Sacrificio Eucarístico, por su misma naturaleza, es la incruenta inmolación de la divina Víctima, inmolación que se manifiesta místicamente por la separación de las sagradas especies y por la oblación de las mismas al Eterno Padre. Pero la Sagrada Comunión atañe a la integridad del Sacrificio y a la participación del mismo mediante la recepción del augusto Sacramento; y mientras que es enteramente necesaria para el ministro que sacrifica, para los fieles es tan sólo vivamente recomendable.

72. b) Diferencia y exhortación a la Comunión espiritual y sacramental. Y así como la Iglesia, en cuanto maestra de la verdad, se esfuerza con todos los medios por defender la integridad de la fe del mismo modo, cual madre solícita de todos sus hijos, les exhorta vivamente a participar con afán y con frecuencia de este máximo beneficio de nuestra Religión.

Desea, en primer lugar, que los cristianos —cuando realmente no pueden recibir con facilidad el manjar eucarístico— lo reciban al menos espiritualmente, de manera que, con fe viva y despierta y con ánimo reverente, humilde y enteramente entregado a la divina voluntad, se unan a él con la más fervorosa e intensa caridad posible.

⁵⁶⁴ Por eso no se contenta con esto. Porque, ya que, como hemos dicho arriba, podemos participar en el Sacrificio también con la Comunión sacramental, por medio del banquete del pan de los ángeles, la Madre Iglesia, para que de un modo más eficaz *experimentemos continuamente en nosotros el fruto de la Redención*⁽¹⁰⁶⁾, repite a

(106) Misal Rom. Colecta de la Fiesta Corp. Christi.

(107) I Cor. 11, 24.

todos y cada uno de sus hijos la invitación de Nuestro Señor Jesucristo: *Tomad y comed... Haced esto en memoria mía*⁽¹⁰⁷⁾. Por lo cual el Concilio Tridentino, como repitiendo los deseos de JESUCRISTO y de su inmaculada Esposa, exhortó vivamente a *que en todas las misas los fieles que estén presentes comulguen no sólo con sus espirituales afectos, sino con la percepción sacramental de la Eucaristía para alcanzar mayores frutos de este santísimo Sacramento*⁽¹⁰⁸⁾. Más aún; Nuestro predecesor, de inmortal memoria, BENEDICTO XIV, para que quedase mejor y más claramente manifiesto que los cristianos, mediante la recepción de la Eucaristía, participan del mismo divino Sacrificio, ensalza la piedad de aquellos que, no sólo quieren alimentarse del divino manjar mientras asisten al Santo Sacrificio, sino que prefieren nutrirse de las mismas hostias consagradas en el mismo sacrificio, por más que, como él mismo declara, en realidad de verdad se participe del Sacrificio aunque se reciba otro pan cuya consagración se haya verificado anteriormente. Estas son sus palabras: *Y, aunque también participen del mismo Sacrificio, además de aquellos a quienes el sacerdote celebrante da en la misma Misa una parte de la Víctima por él ofrecida, aquellos a quienes el sacerdote administra la Eucaristía reservada según costumbre; con todo, no por eso la Iglesia prohibió nunca, ni prohíbe ahora, que el sacerdote satisfaga a la piedad y a la justa petición de los que, asistiendo a la Misa, piden ser admitidos a la participación del mismo Sacrificio que también ellos ofrecen al mismo tiempo y de la manera que les es posible; más aún, lo aprueba y desea que no se omita, y reprendería a los sacerdotes por cuya culpa y negligencia se negara a los fieles esta participación*⁽¹⁰⁹⁾.

73. c) Para toda clase de personas. Quiera, pues, el Señor que todos respondan libre y espontáneamente a estas solícitas invitaciones de la Iglesia; quie-

⁵⁶⁵

(108) Ses. 22, c. 6 (Denzinger-Umbert N. 944).

(109) Encicl. *Certiores effecti*, 13-XI-1742, § 3 (CIC Fontes, Gasparri, I, 772).

ra El que los fieles, si pueden, participen hasta a diario del Divino Sacrificio, no sólo de un modo espiritual, sino también mediante la comunión del Augusto Sacramento, recibiendo el Cuerpo de JESUCRISTO ofrecido al Eterno Padre en favor de todos. Estimulad, Venerables Hermanos, en las almas encomendadas a vuestro cuidado una ferviente y como insaciable hambre de JESUCRISTO; que por vuestro magisterio los altares se vean rodeados de niños y de jóvenes, que ofrezcan al Divino Redentor sus personas, su inocencia y su entusiasmo juvenil; que se acerquen numerosos los cónyuges, los cuales alimentados en la sagrada mesa, saquen de allí fuerzas para educar a sus hijos en los sentimientos y en la Caridad de JESUCRISTO; que se invite a los trabajadores, para que puedan recibir aquel fuerte e indefectible alimento que restaure sus fuerzas y prepare en el cielo un premio eterno a sus trabajos; llamad finalmente a todos los hombres, de cualquier condición, y *obligadlos a entrar*⁽¹¹⁰⁾ pues éste es el pan de vida que todos necesitan. La Iglesia de Jesucristo tiene sólo este pan con que satisface los anhelos y deseos de nuestras almas, con que unirlas estrechamente a JESUCRISTO, y con que obtener que todos sean *un solo cuerpo*⁽¹¹¹⁾ y *se hagan hermanos los que se sientan a la misma mesa celestial para, con la fracción de un mismo pan, recibir el don de la inmortalidad*⁽¹¹²⁾.

2. La recepción de la Sagrada Comunión y la acción de gracias

74. a) Recibir la Comunión en lo posible durante la misa. Es también muy oportuno, cosa por lo demás establecida por la Sagrada Liturgia, que el pueblo se acerque a la Sagrada Comunión después que el sacerdote haya consumado el manjar del ara; y como arriba dijimos, son de alabar los que, estando presentes al Sacrificio, reciben las hostias en el mismo consagradas de modo que realmente suceda *que todos cuantos*

participando de este altar recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y gracia celestial⁽¹¹³⁾.

Con todo eso a veces no faltan razones ni son raras para distribuir el pan Eucarístico antes o después del Sacrificio mismo; ni faltan tampoco para ⁵⁶⁶ que —aunque se distribuya la Sagrada Comunión inmediatamente después de la Comunión del sacerdote— se haga con hostias anteriormente consagradas. También en estos casos —como ya dijimos— el pueblo participa realmente del Sacrificio, y no pocas veces pueden acercarse así con más facilidad a la Mesa de vida eterna. Pero si la Iglesia, como conviene a su maternal indulgencia, se esfuerza por salir al paso de las necesidades espirituales de sus hijos, ellos por su parte no deben fácilmente despreciar lo que la Sagrada Liturgia aconseja, y, siempre que no se oponga un motivo plausible, han de hacer todo aquello que más claramente manifiesta en el altar la unidad viva del Cuerpo Místico.

75. b) Seguida por la conveniente acción de gracias. La acción sagrada, que está regulada por peculiares normas litúrgicas, no exime, una vez concluida, de la acción de gracias a aquel que gustó del celestial manjar; antes por el contrario, está muy puesto en razón que, recibiendo el alimento eucarístico y terminados los ritos, se recoja dentro de sí y, unido íntimamente con el divino Maestro, converse con él dulce y provechosamente, según las circunstancias lo permitan. Se alejan, pues, del recto camino de la verdad los que, ateniéndose más a la palabra que al sentido, afirman y enseñan que, acabado ya el Sacrificio, no se ha de continuar la acción de gracias, no sólo porque ya el mismo Sacrificio del altar es de por sí una acción de gracias, sino también porque eso pertenece a la piedad privada y particular de cada uno y no al bien de la comunidad.

(110) Compárese Luc. 14, 23.

(111) I Cor. 10, 17.

(112) Compárese S. Ignat. Martyr. *Ad Ephes.* 20 (Migne P.G. 5, 756).

(113) Misal Rom., Canon de la Misa.

Antes bien, la misma naturaleza del Sacramento lo reclama, para que su percepción produzca en los cristianos abundantes frutos de santidad. Ciertamente ha terminado la pública reunión de la comunidad, pero cada cual, unido con Cristo, conviene que no interrumpa el cántico de alabanza, *dando siempre gracias por todo a Dios Padre en nombre de Jesucristo*⁽¹¹⁴⁾. También la Sagrada Liturgia del Sacrificio Eucarístico nos exhorta a ello, cuando nos ⁵⁶⁷ manda rogar con estas palabras: *Te pedimos nos concedas perseverar siempre en acción de gracias...*⁽¹¹⁵⁾ *y que jamás cesemos de alabarte*⁽¹¹⁶⁾. Por lo cual, si en todo tiempo hemos de dar gracias a Dios y nunca hemos de dejar de alabarle, ¿quién se atreverá a impugnar o reprender a la Iglesia porque aconseja a los sacerdotes⁽¹¹⁷⁾ y a los fieles que, después de la Sagrada Comunión, se entretengan al menos un poco con el Divino Redentor, y porque inserta en los libros litúrgicos oraciones oportunas, enriquecidas con indulgencias, para que con ellas los ministros del altar, antes de celebrar y de alimentarse con el manjar divino, se preparen convenientemente, y acabada la Misa manifiesten a Dios su agradecimiento? Tan lejos está la Sagrada Liturgia de reprimir los íntimos sentimientos de cada uno de los cristianos que más bien los enfervoriza y estimula a que se asemejen a Jesucristo y a que por El se encaminen al Eterno Padre; por lo cual ella misma quiere que todo el que hubiere participado de la hostia santa del altar, rinda a Dios las debidas gracias. Pues a nuestro Divino Redentor le agrada oír nuestras súplicas, hablar con nosotros de corazón a corazón, y ofrecernos un refugio en el suyo ardiente.

76. c) Necesaria para sacar un fruto mayor. Más aún, tales actos privados son absolutamente necesarios para gozar más abundantemente de los supremos tesoros de que tan rica es la Euca-

ristía, y para que, según nuestras fuerzas, los comuniquemos a los demás, a fin de que Nuestro Señor Jesucristo plenamente triunfe en las almas de todos.

¿Por qué, pues, Venerables Hermanos, no hemos de alabar a quienes, después de recibido el manjar eucarístico y aun después de disuelta la reunión de los fieles, permanecen en íntima familiaridad con el Divino Redentor, no sólo para hablar con él suavísimamente, sino también para darle las debidas gracias y alabarle, y principalmente para pedirle su ayuda, a fin de quitar de su alma todo lo que pueda disminuir la eficacia del Sacramento, y hacer cuanto esté en su mano para secundar ⁵⁶⁸ la acción tan presente de Jesucristo? Exhortamos a que se haga de modo especial, ya procurando llevar a la práctica los propósitos hechos y practicando las virtudes cristianas, ya adaptando a sus propias necesidades lo que han recibido con regia munificencia. Y, ciertamente, el autor del áureo librito *De la Imitación de Cristo* habla según los preceptos y el espíritu de la Sagrada Liturgia, cuando aconseja al que se ha acercado a la Sagrada Comunión: *Recógete a un lugar retirado, y goza de tu Dios, pues tienes a Aquel a quien ni todo el mundo es capaz de quitarte*⁽¹¹⁸⁾.

Todos nosotros, pues, estrechamente unidos con Cristo, debemos tratar de abismarnos, por así decirlo, en su espíritu, e incorporarnos a El para participar de los actos con los que El mismo adora a la Augusta Trinidad con el más grato homenaje, y ofrece al Eterno Padre las más sublimes acciones de gracias y alabanzas, mientras responden unánimes los cielos y la tierra según aquel versículo: *Obras todas del Señor, bendecid al Señor*⁽¹¹⁹⁾, unidos en fin a ellos pedimos el socorro de lo alto en el momento más oportuno para demandar y alcanzar auxilio *en nombre de Cristo*⁽¹²⁰⁾, y con ellos principalmente nos

(114) Efes. 5, 20.

(115) Misal Rom. Postcomunión de la Dominica infra Oct. Ascensión.

(116) Misal Rom. Postcomunión de la Dominica I después de Pentecostés.

(117) C. I. C. can. 810.

(118) Imitación de Cristo, Lib. 4, cap. 12.

(119) Dan. 3, 57.

(120) Compárese Juan 16, 23.

ofrecemos e inmolamos como víctimas, diciendo: *Haz de nosotros mismos para ti una ofrenda eterna*⁽¹²¹⁾.

Constantemente el Divino Redentor repite aquella ahincada invitación: *Permaneced en Mí*⁽¹²²⁾. Y por el Sacramento de la Eucaristía Cristo habita en nosotros y nosotros en Cristo; y así como Cristo permaneciendo en nosotros vive y obra, así nosotros, permaneciendo en Cristo, por El vivamos y obremos.

IV. - La Adoración de Cristo en la Eucaristía

569 77. a) **La presencia de Cristo según la fe y la tradición.** El manjar eucarístico contiene, como todos saben, *verdadera, real y substancialmente el cuerpo y la sangre, junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo*⁽¹²³⁾. No es, pues, de admirar que la Iglesia, ya desde sus principios, haya adorado el cuerpo de Cristo bajo la especie del pan, como se ve por los mismos ritos del Augusto Sacrificio, en los cuales se manda a los ministros sagrados que, de rodillas o con reverencias profundas, adoren al Santísimo Sacramento.

Los sagrados Concilios enseñan que, por tradición, la Iglesia, desde sus comienzos, venera con *una sola adoración al Verbo de Dios encarnado y a su propia carne*⁽¹²⁴⁾; y SAN AGUSTÍN afirma: *Nadie coma aquella carne sin antes adorarla*, añadiendo que, *no sólo no pecamos adorándola, sino que pecamos no adorándola*⁽¹²⁵⁾.

De estos principios doctrinales nació el culto eucarístico de adoración, el cual poco a poco fue creciendo como cosa distinta del Sacrificio. La conservación de las sagradas especies para los enfermos y para cuantos estuviesen en peligro de muerte, trajo consigo la laudable costumbre de adorar este celestial alimento reservado en los templos. Este culto de adoración se apoya en una

razón seria y sólida, ya que la Eucaristía es a la vez Sacrificio y Sacramento, y se distingue de los demás en que, no sólo engendra la gracia, sino que encierra de un modo estable al mismo autor de ella. Cuando, pues, la Iglesia nos manda adorar a Cristo escondido bajo los velos eucarísticos y pedirle los dones espirituales y temporales que en todo tiempo necesitamos, manifiesta la viva fe con que cree que su divino Esposo está bajo dichos velos, le expresa su gratitud y goza de su íntima familiaridad.

78. b) **Desarrollo del culto eucarístico.** En el decurso de los tiempos la Iglesia ha introducido diferentes formas de ese culto, y por cierto cada día más bellas y provechosas, como, por ejemplo, las piadosas y aun cotidianas visitas a los divinos sagrarios, los sagrados ritos de la bendición con el Santísimo, las solemnes procesiones, sobre 570 todo en los Congresos Eucarísticos, tanto en las ciudades como en las aldeas, y las adoraciones del Augusto Sacramento públicamente expuesto. Estas adoraciones unas veces duran poco tiempo, otras varias horas o hasta cuarenta; en algunos lugares se prolongan por todo un año, haciendo turno las iglesias, y en otros sitios se tiene la adoración perpetua noche y día a cargo de Congregaciones Religiosas, participando en ellas con frecuencia también los simples fieles.

Tales ejercicios de piedad han contribuido de modo admirable a la fe y a la vida sobrenatural de la Iglesia militante en la tierra, la cual de esta manera se hace eco, en cierto sentido, de la triunfante, que perpetuamente entona el himno de alabanza a Dios y al Cordero *que ha sido sacrificado*⁽¹²⁶⁾. Por lo cual la Iglesia, no sólo ha aprobado esos piadosos ejercicios, propagados por toda la tierra en el transcurso de los siglos, sino que los ha hecho

(121) Misal Rom. Secreta de la Misa de la SS. Trinidad.

(122) Juan 15, 4.

(123) Concil. Trid. Ses. XIII, can. 1 (Denzinger-Umbert. Nr. 883).

(124) Concil. Constant. II, Anath. de trib. Capit. can. 9; collat. Concilio de Efeso Anath. Cyrill.

can. 8; ver también, Concil. de Trento, ses. 13 can. 6; Pío VI, Constitución *Auctorem fidei* nr. 61. (CIC Pontes, Gasparri, vol. II p. 704).

(125) Compárese S. Agustín, *Enarr. in Ps. 98*, 9 (Migne P.L. 37, 1264).

(126) Apoc. 5, 12; comp. 7, 10.

suyos y los ha recomendado con su autoridad⁽¹²⁷⁾. Ellos proceden de la Sagrada Liturgia, y son tales que, si se practican con el debido decoro, fe y piedad, en gran manera ayudan, sin duda alguna, a vivir la vida litúrgica.

79. c) **No hay confusión entre el Cristo histórico y el Cristo Eucarístico.** No se debe decir que con ese culto eucarístico se mezclan de un modo falso el que llaman Cristo histórico, que un tiempo vivió sobre la tierra, y el Cristo presente en el augusto Sacramento del altar, el mismo que triunfa glorioso en los cielos y otorga sus dones sobrenaturales; antes más bien hay que afirmar que de esta manera los fieles atestiguan y manifiestan solemnemente la fe de la Iglesia, según la cual se cree que es uno mismo el Verbo de Dios y el Hijo de la Virgen MARÍA que padeció en la Cruz, que está presente, aunque escondido, en la Eucaristía, y reina en las alturas. Así SAN JUAN CRISÓSTOMO: *Cuando te presenten el mismo (Cuerpo de Cristo) dí en tu interior: Por este Cuerpo yo ya no soy tierra y ceniza, no soy ya esclavo sino libre, por él espero el cielo y creo que recibiré los bienes que están allí preparados, la vida inmortal, la suerte de los Angeles, el trato con Cristo; la muerte no poseyó este Cuerpo, atravesado por los clavos, lacerado por los azotes...; éste es el mismo Cuerpo que fue atormentado, atravesado por la lanza, el que abrió al mundo las fuentes de la salvación, una de sangre y otra de agua...; nos dio este Cuerpo para que lo poseyésemos, lo cual fue fruto de su intenso amor*⁽¹²⁸⁾.

80. d) **La Bendición Eucarística.** Pero de modo especial es muy de alabar la costumbre introducida en el pueblo cristiano, de dar fin a muchos ejercicios de piedad con la Bendición Eucarística. Nada mejor ni más provechoso puede darse que el acto con el cual el sacer-

dote, levantando al cielo el Pan de los Angeles y moviéndolo en forma de Cruz sobre las frentes inclinadas del pueblo cristiano, ruega juntamente con él al Padre Celestial que vuelva benigno los ojos a su Hijo, crucificado por nuestro amor, y que, por el mismo que quiso ser nuestro Redentor y nuestro hermano, derrame sus gracias sobre los que fueron *redimidos con la sangre inmaculada del Cordero*⁽¹²⁹⁾.

Procurad, pues, Venerables Hermanos, con aquella máxima diligencia que os es propia, que los templos edificadas por la fe y la piedad de las naciones cristianas en el decurso de los siglos para cantar un perpetuo himno de gloria al Dios Omnipotente y para dar a nuestro Redentor oculto bajo las especies Eucarísticas una digna morada, estén abiertos a los fieles, cada vez más numerosos, que, llamados a los pies de nuestro Salvador, escuchen su dulcísima invitación: *Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré*⁽¹³⁰⁾. Que los templos sean en verdad la casa de Dios, en donde quien entra a implorar favores, se goce, *alcanzando cuanto pidiere*⁽¹³¹⁾, y obtenga el consuelo celestial.

Sólo así se obtendrá que toda la familia humana, arregladas finalmente sus querellas, pueda pacificarse, y cantar con mente y alma concorde aquel cántico de fe y de amor: *¡Buen Pastor, Jesús clemente — tu manjar, de gracia fuente — nos proteja y apaciente — y en la alta región luciente — haznos ver tu gloria, oh Dios!*⁽¹³²⁾.

TERCERA PARTE

EL OFICIO DIVINO Y EL AÑO LITÚRGICO

I. - El Oficio Divino

81. **Significado y origen del Oficio.** El ideal de la vida cristiana consiste en que cada uno se una con Dios íntima y constantemente. Por lo cual, el culto

(127) Compárese Conc. Trid. Ses. 13, c. 5 y can 6 (Denz-Umb. 878 y 888).

(128) S. Juan Crisóst. *In I Cor.* 24, 4 (Migne P.G. 61, 203).

(129) Compárese I Petr. 1, 19.

(130) Mat. 11, 28.

(131) Compárese Misal Rom. Colecta de la Misa de la Dedicación de la Iglesia.

(132) Misal Rom. Seq. *Lauda Sion* de la fiesta Corpus Christi.

que la Iglesia tributa al Eterno y que descansa principalmente en el Sacrificio Eucarístico y en el uso de los Sacramentos, se ordena y distribuye de manera que, por medio del Oficio Divino, abraza las horas del día, las semanas y todo el curso del año, y abarca todos los tiempos y las diversas condiciones de la vida humana.

Habiendo mandado el divino Maestro: *Conviene orar perseverantemente y no desfallecer*⁽¹³³⁾, la Iglesia, obedeciendo fielmente esta advertencia, nunca deja de elevar sus preces al cielo, a la vez que nos exhorta con las palabras del Apóstol de las gentes: *Ofrezcamos, pues, a Dios, por medio de El (Jesús), sin cesar, un sacrificio de alabanza*⁽¹³⁴⁾.

La oración pública y común, elevada a Dios conjuntamente por todos los fieles, en la más remota antigüedad sólo tenía lugar en determinados días y a horas establecidas. Sin embargo, no sólo en las asambleas, sino también en las casas particulares se oraba a Dios, reunidos a veces los vecinos y los amigos. Poco después, en diversas partes del mundo cristiano, se introdujo la costumbre de dedicar a la oración algunos tiempos determinados, como por ejemplo la última hora del día, cuando oscurece y se encienden las lámparas; o la primera, cuando la noche agoniza, o sea, después del canto del gallo, a la salida del sol. En la Sagrada Escritura se señalan otros momentos del día como más aptos para la oración, unos por provenir de tradicionales costumbres judías, otros por el uso de la vida cotidiana. Según los Hechos de los Apóstoles, los discípulos de JESUCRISTO oraban reunidos a la hora de tercia, cuando *fueron llenados todos del Espíritu Santo*⁽¹³⁵⁾; y el Príncipe de los Apóstoles, antes de tomar alimento, *subió... a lo alto de la casa, cerca de la hora sexta, a hacer oración*⁽¹³⁶⁾; y PEDRO y JUAN *subían... al templo, a la oración de la hora nona*⁽¹³⁷⁾, y a eso

de media noche, puestos Pablo y Silas en oración, cantaban alabanzas a Dios⁽¹³⁸⁾.

Estas distintas oraciones se perfeccionaron cada día más con el transcurso del tiempo, por iniciativa y por obra principalmente de los monjes y de los que se dedicaban a la vida ascética, y poco a poco fueron admitidas por la autoridad de la Iglesia en el uso de la Sagrada Liturgia.

82. a) Es la oración perenne de la Iglesia. Lo que llamamos *Oficio Divino* es, pues, la oración del Cuerpo Místico de JESUCRISTO que en nombre y provecho de todos los cristianos, es ofrecida a Dios por los sacerdotes y demás ministros de la Iglesia, y por los religiosos, dedicados a este fin por institución de la Iglesia misma.

Cual sea el modo y el espíritu con que se ha de hacer esta divina alabanza, se deduce de las palabras que la Iglesia aconseja que se digan antes de comenzar las horas litúrgicas, cuando manda que se reciten *digna, atenta y devotamente*.

Al tomar el Verbo de Dios la naturaleza humana, trajo a este destierro terrenal el canto que se entona en los cielos por toda la eternidad. El une a sí mismo toda la comunidad de los hombres, y la asocia consigo en el canto de este himno de alabanza. Hemos de confesar humildemente que *no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu hace nuestras peticiones a Dios con gemidos que son inexplicables*⁽¹³⁹⁾. Y también JESUCRISTO ruega al Padre en nosotros por medio de su Espíritu. *Ningún otro don mayor podría otorgar Dios a los hombres... Ora (Jesús) por nosotros como nuestro sacerdote; ora en nosotros como nuestra cabeza; es invocado por nosotros como nuestro Dios... Reconozcamos, pues, en El nuestras voces, y sus voces en nosotros... Es invocado*

(133) Luc. 18, 1.

(134) Hebr. 13, 15.

(135) Compárese Act. 2, 1-15.

(136) Compárese Act. 10, 9.

(137) Compárese Act. 3, 1.

(138) Compárese Act. 16, 25.

(139) Rom. 8, 26.

574 como Dios, invoca como siervo; allí es Creador, aquí creado, que asume sin cambiar El una naturaleza que ha de ser cambiada, haciéndonos consigo un solo hombre, cabeza y cuerpo⁽¹⁴⁰⁾.

83. b) Se pide en ella recogimiento y devoción interior. A la excelsa dignidad de esa oración de la Iglesia ha de corresponder la intensa piedad de nuestra alma. Y pues la voz del que así ruega repite aquellos cantos que fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo, que declaran y ensalzan la perfectísima grandeza de Dios, es menester que el interno sentimiento de nuestro espíritu acompañe esta voz, de tal manera que nos apropiemos aquellos mismos sentimientos, con los cuales nos elevemos hacia el cielo, adoremos la Santa Trinidad y le rindamos las debidas alabanzas y gracias. *Salmodiemos de forma que nuestra mente concuerde con nuestra voz*⁽¹⁴¹⁾. No se trata, pues, de un simple rezo, ni de un canto, que, aunque sea perfectísimo según las normas de la música y de los sagrados ritos, pueda sólo llegar a los oídos, sino sobre todo de la elevación de nuestra mente y de nuestro espíritu a Dios, para consagrarle absolutamente nuestras personas y todas nuestras acciones.

De esto depende en no pequeña parte la eficacia de nuestras oraciones, las cuales, si no se dirigen directamente al mismo Verbo hecho hombre acaban con estas palabras: *por Nuestro Señor Jesucristo*; quien, como conciliador entre Dios y nosotros, muestra a su Padre celestial sus gloriosas llagas y así *está siempre vivo para interceder por nosotros*⁽¹⁴²⁾.

84. c) Admirable contenido de los Salmos. Los Salmos, como todos saben, constituyen la parte más importante del *Oficio Divino*. Ellos abarcan todo el curso del día, santificándolo y hermo세ándolo. Egregiamente dice CA-

SIODORO de los Salmos distribuidos en el *Oficio Divino* de su tiempo: *Ellos concilian el nuevo día con matinal exultación, nos dedican la primera hora de la jornada, nos consagran la tercera, nos alegran la sexta con la fracción del pan, en la nona nos hacen terminar los ayunos, concluyen el fin del día, y, al acercarse la noche, impiden que se entenebrezca nuestra mente*⁽¹⁴³⁾.

Ellos nos recuerdan las verdades ma-⁵⁷⁵ nifestadas por Dios al pueblo escogido, terribles a veces, a veces llenas de suavísima dulcedumbre; repiten y acrecientan la esperanza en el futuro Libertador, que antiguamente se fomentaba cantando en los hogares domésticos o en la misma majestad del templo; y además ilustran admirablemente la gloria de *Jesucristo* significada de antemano, y su eterna y suma potencia, su humildad al venir a este exilio terreno, su regia dignidad y su poder sacerdotal, y finalmente sus benéficos trabajos y el derramamiento de su sangre para nuestra Redención. Por semejante manera, los Salmos expresan la alegría de nuestras almas, la tristeza, la esperanza, el temor, nuestra entrega absoluta y confiada a Dios, el retorno de nuestro amor y nuestras místicas elevaciones a los divinos tabernáculos.

El Salmo... es la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, el elogio de las gentes, el aplauso de todos, el lenguaje universal, la voz de la Iglesia, la armoniosa confesión de la fe, la plena sumisión a la autoridad, el regocijo de la libertad, el clamor del alborozo y el eco de la alegría⁽¹⁴⁴⁾.

85. d) La participación de los laicos y las Vísperas del Domingo. En la edad primitiva acudían más numerosos los fieles a estas horas litúrgicas; pero tal costumbre se perdió poco a poco, y, como acabamos de decir, al presente su rezo es obligatorio sólo para el clero y para los religiosos. Nada, pues, se prescribe en esta parte a los seglares

(140) San Agustín, *Enarr. in Psalmos* 85, n. 1 (Migne P.L. 37, 1081).

(141) S. Benedict. *Regula Monachorum* c. 19.

(142) Hebr. 7, 25.

(143) Casiodoro, *Explicatio in Psalterium*. Pre-

facio (como se lee en la ed. Migne P.L. 70, 10. Algunos creen que esa parte no ha de atribuirse a Casiodoro).

(144) S. Ambros. *Enarrat. in Ps.* 1, n. 9 (Migne P.L. 14, 924; CSEL 64 pars. VI p. 7, 20 ss).

por derecho estricto; pero es en gran manera de desear que asistan realmente, cantando o recitando los Salmos, al rezo de las Vísperas los días de fiesta en su propia parroquia. Encarecidamente os rogamos a vosotros y vuestros fieles, Venerables Hermanos, que no permitáis que esta piadosa costumbre caiga en desuso, y procurad que, donde ya se hubiere dado al olvido, se instaure, de nuevo dentro de lo posible. Lo cual se hará, sin duda alguna, con saludables frutos, si las Vísperas se recitan, no sólo digna y decorosamente, sino también de tal manera que fomenten suavemente de varios modos la piedad de los fieles. Guárdese inviolablemente la observancia de los días festivos, que de modo especial hay que consagrar y dedicar a Dios sobre todo los domingos, que los Apóstoles, ilustrados por el Espíritu Santo, declararon festivos en lugar de los sábados. Si se mandó a los judíos: *durante los seis días trabajaréis; mas el día séptimo es el sábado, descanso consagrado al Señor; cualquiera que en tal día trabajar, será castigado de muerte*⁽¹⁴⁵⁾; ¿cómo no temen la muerte espiritual los cristianos que en los días festivos se dedican a obras serviles, y los que durante ese descanso no se dan a la piedad y a la religión, sino que se entregan inmoderadamente a los atractivos del siglo? Hay que dedicar los domingos y los demás días festivos al culto divino, con el cual se honra a Dios y se nutre el alma con alimento celestial; y por más que la Iglesia sólo prescribe que los fieles se abstengan de trabajos serviles y asistan al Santo Sacrificio, sin dar ningún precepto sobre el culto vespertino, sin embargo recomienda y desea también lo otro; y lo mismo está pidiendo, por lo demás, la necesidad que cada uno tiene de aplacar al Señor para alcanzar sus beneficios. Nuestro espíritu se aflige con gran dolor cuando vemos cómo emplea el pueblo cristiano en nuestros tiempos la mitad del día festivo, esto es, la tarde; los espectáculos y los juegos públicos se ven

extraordinariamente concurridos, mientras los templos sagrados son visitados menos de lo que convendría. Y, sin embargo, todos han de acudir a nuestros templos para aprender allí la verdad de nuestra fe católica, para cantar las divinas alabanzas, para recibir la bendición Eucarística por medio del sacerdote, y para protegerse con la ayuda celestial contra las adversidades de esta vida. Aprendan, en lo posible, aquellas oraciones que suelen cantarse en las Vísperas, y embeban su espíritu en su significado; pues, movidos y afectados con aquellas palabras, experimentarán lo que SAN AGUSTÍN asegura de sí mismo: *¡Cuánto lloré entre los himnos y los cánticos, vivamente conmovido por la suave voz de tu Iglesia! Aquellas palabras sonaban en mis oídos, y la verdad penetraba en mi corazón, y con ello se enardecía el piadoso afecto, y corrían las lágrimas, y me hacían bien*⁽¹⁴⁶⁾.

II. - El Ciclo de misterios en el año Litúrgico

86. Significado y contenido del año litúrgico. Durante todo el curso del año la celebración del Sacrificio Eucarístico y las oraciones del Oficio Divino se desenvuelven principalmente en torno a la persona de Jesucristo, de modo tan adecuado y oportuno, que en ellos domina nuestro Salvador en sus misterios de humillación, redención y triunfo.

Trayendo a la memoria estos misterios de Jesucristo, procura la Sagrada Liturgia que todos los creyentes participen de ellos de tal manera, que la divina Cabeza del Cuerpo Místico viva con su perfecta santidad en cada uno de los miembros. Sean las almas de los cristianos como altares en donde, en cierto modo, revivan las diferentes fases del Sacrificio que inmola el Sumo Sacerdote: es decir, los dolores y lágrimas, que limpian y expían los pecados; la oración dirigida a Dios, que se eleva hacia el cielo; la entrega y como inmolación de sí mismo, hecha con ánimo

(145) Exod. 31, 15.

(146) S. Agustín, *Confessiones*, lib. 9, c. 6 (Mig-

ne P.L. 32, 783; CSEL 33 sect. I, pars. I p. 208, 3ss).

pronto, generoso y solícito; y finalmente la estrechísima unión con la cual confiamos a Dios nuestras personas y nuestras cosas, y en El descansamos, *pues la esencia de la religión es imitar a Aquel a quien adoras*⁽¹⁴⁷⁾.

87. a) Significado de los tiempos litúrgicos y fiestas. Con estos modos y formas con que la Liturgia, en los diversos tiempos, nos hace meditar la vida de JESUCRISTO, la Iglesia nos propone modelos que imitar, y nos muestra tesoros de santidad, para que los hagamos nuestros; pues lo que se canta con la boca hay que creerlo con el corazón y llevarlo a las costumbres privadas y públicas.

88. Adviento. En el sagrado tiempo de Adviento despierta en Nuestra conciencia el recuerdo de los pecados que tristemente cometimos; nos exhorta a que, reprimiendo los malos deseos y castigando voluntariamente nuestro cuerpo nos recojamos dentro de nosotros mismos con piadosas meditaciones, y con ardientes deseos nos movamos a convertirnos a Dios, que es el único que puede con su gracia librar-nos de la mancha del pecado y de los males, que son sus consecuencias.

89. Navidad. Mas al venir al día de la Navidad del Señor, parece como si volviésemos a la cueva de Belén, para ⁵⁷⁸ aprender allí que es preciso que renazcamos de nuevo y que nos reformemos radicalmente; lo cual solamente se consigue cuando nos unimos al Verbo de Dios hecho hombre, de un modo íntimo y vital, y participamos de aquella divina naturaleza suya, a la que nosotros hemos sido elevados.

90. Epifanía. En cambio, durante las solemnidades de la Epifanía, recordando el llamamiento de los gentiles a la fe cristiana, quiere que cada día rindamos gracias al Señor por tamaño beneficio, y que con intensa fe deseemos al Dios vivo y verdadero, entendamos devota y profundamente las cosas sobrenaturales, y amemos el silencio y la medita-

ción, para que más fácilmente veamos y consigamos los dones eternos.

91. Cuaresma. En los días de Cuaresma nuestra Madre Iglesia multiplica sus cuidados para que cada uno de nosotros considere sus miserias, para incitarnos activamente a la enmienda de las costumbres, para detestar de modo especial los pecados y borrarlos con la oración y la penitencia; puesto que la continua oración y la penitencia por nuestras faltas nos atrae el auxilio divino, sin el cual todas nuestras obras son vanas y estériles.

92. Pasión. En el tiempo sagrado en que la Liturgia nos propone los dolorosísimos tormentos de JESUCRISTO, la Iglesia nos invita a subir al Calvario para seguir de cerca las huellas sangrientas del Divino Redentor, para sufrir con El gustosamente la cruz y excitar en nuestro espíritu los mismos sentimientos de expiación y de propiciación, y para que todos nosotros muramos juntamente con El.

93. Pascua. En las solemnidades pascuales, cuando se conmemora el triunfo de JESUCRISTO, nuestra alma rebosa de íntimo gozo, y hemos de pensar seriamente dentro de nosotros mismos que también hemos de resucitar con Cristo Redentor de una vida tibia e inerte a otra más fervorosa y santa, entregándonos entera y generosamente a Dios y olvidando este mundo miserable para aspirar tan sólo al cielo: *si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba... saboread las cosas del cielo*⁽¹⁴⁸⁾.

94. Pentecostés. Finalmente, en el tiempo de Pentecostés la Iglesia nos exhorta, con sus mandatos y con su ejemplo, a que nos prestemos dócilmente a la acción del Espíritu Santo, ⁵⁷⁹ el cual desea abrasar nuestras almas con el fuego de la divina caridad, para que avancemos cada día con más ahinco en las virtudes, y lleguemos a ser santos, como lo son JESUCRISTO Nuestro Señor y su Padre que está en los cielos.

(147) S. Agustín, *De Civ.* lib. 8, cap. 17 (Migne P.L. 41, 242; CSEL 40 vol. I p. 384, 10).

(148) Colos. 3, 1-2.

Resumen. El Año Litúrgico es, pues, cual himno magnífico de gloria que la familia cristiana entona al Padre celestial por intermedio de Jesús, el eterno reconciliador; mas exige también de parte de nosotros un serio y ordenado estudio para que por su medio conozcamos de día en día mejor lo divino y ensalcemos a nuestro Redentor. Del mismo modo requiere un intenso y vigoroso esfuerzo e incansable ejercicio para imitar los misterios que se proponen, emprender de buen grado su vía crucis y gozar finalmente de su gloria y eterna beatitud.

95. b) Errores de algunos autores modernos. De todo lo expuesto aparece claramente, Venerables Hermanos, cuánto se separan de la genuina y sincera idea de la Liturgia aquellos escritores modernos que, engañados por una pretendida mística superior se atreven a afirmar que no hemos de fijarnos en el Cristo histórico, sino en el *pneumático y glorificado*; y hasta no dudan en asegurar que en el ejercicio de la piedad cristiana se ha verificado un cambio, por el cual Cristo ha sido como destronado, ya que el Cristo glorificado, que vive y reina por los siglos de los siglos y está sentado a la diestra del Padre, ha sido obscurecido, y en su lugar se ha colocado aquel Cristo que un tiempo vivió esta vida terrenal. Por eso algunos llegan hasta a querer quitar de los templos sagrados los mismos Crucifijos.

Sin embargo, tales falsas cavilaciones se oponen enteramente a la sana doctrina recibida de nuestros mayores. *Crees en el Cristo nacido en la carne* —así dice— SAN AGUSTÍN— *y llegarás al Cristo nacido de Dios. Dios junto a Dios*⁽¹⁴⁹⁾. La Sagrada Liturgia nos propone todo el Cristo en todas las condiciones de su vida, es decir: Aquel que es el Verbo del Eterno Padre, el que nace de la Virgen Madre, el que nos enseña la verdad, el que cura a los enfermos, el que consuela a los afligidos, el que sufre los dolores y el que muere;

y después, el que resucita de la muerte vencida, el que reinando en la gloria del cielo nos envía el Espíritu Paráclito, el que vive, finalmente, en su Iglesia: *Jesucristo, el mismo de ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos*⁽¹⁵⁰⁾. Y además, no sólo nos lo presenta como modelo, sino que nos lo muestra también como a maestro a quien debemos escuchar, como a pastor a quien seguir, y como a conciliador de nuestra salvación, principio de nuestra santidad y Cabeza Mística, de la cual somos miembros que gozamos de su vida.

Mas, ya que sus acerbos dolores constituyen el principal misterio de donde procede nuestra salvación, es muy propio de la fe católica destacar esto lo más posible, ya que es como el centro del culto divino, representado y renovado cada día en el Sacrificio Eucarístico, y con el cual están estrechamente unidos todos los Sacramentos⁽¹⁵¹⁾.

96. c) Cristo revive en la Iglesia durante el año litúrgico. Por eso el año litúrgico, alimentado y seguido por la piedad de la Iglesia, no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal cuando *pasaba haciendo bien*⁽¹⁵²⁾, con el bondadosísimo fin de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios, y por ellos en cierto modo vivan. Estos misterios no están de aquel modo incierto y oscuro presentes y obran constantemente que suponen algunos escritores modernos, sino tal como nos lo enseña la doctrina católica; ya que, según el parecer de los doctores de la Iglesia, son eximios ejemplos de cristiana perfección y fuentes de la divina gracia por los méritos y oraciones de JESUCRISTO, y perduran en nosotros por sus efectos, siendo ca-

(149) S. Agustín, *Enarr. in Psalm. 123*, n. 2; (Migne P.L. 37, 1641).

(150) Hebr. 13, 8.

(151) S. Thom. *Summa Theol. III*, q. 49 y q. 62, a. 5.

(152) Compárese Acta, 10, 38.

da uno de ellos, según su propia índole, causa de nuestra salvación. Añádese a esto que la Iglesia, nuestra piadosa Madre, mientras propone a nuestra contemplación los misterios de nuestro Redentor, pide con sus súplicas aquellos dones sobrenaturales con que sus hijos se embeban lo más posible en el espíritu de los mismos misterios, por virtud de Cristo. Por inspiración y virtud de El podemos, con la cooperación de nuestra voluntad, asimilarnos su fuerza vital, como los sarmientos la del árbol y los miembros la de la cabeza; y transformarnos poco a poco y laboriosamente a la medida de la edad perfecta según Cristo⁽¹⁵³⁾.

III. - Las fiestas de los Santos y de María Santísima

97. Significado de las fiestas de los Santos. En el curso del año litúrgico, no sólo se celebran los misterios de Cristo, sino también las fiestas de los santos que están en los cielos. En las cuales, aunque se trate de una categoría inferior y subordinada, la Iglesia sin embargo pretende siempre proponer a los fieles ejemplos de santidad, que les muevan a revestirse de las virtudes del mismo Divino Redentor.

98. a) Que se nos proponen como ejemplo. Porque, así como los santos fueron imitadores de JESUCRISTO, así nosotros hemos de imitarles a ellos, ya que en sus virtudes resplandece la virtud misma de JESUCRISTO. En unos resplandeció el celo apostólico, y en otros la fortaleza de nuestros héroes llegó hasta el derramamiento de su sangre; en unos brilló la constante vigilancia en la espera del Redentor, y en otros la virginal pureza del alma o la modesta suavidad de la humildad cristiana; en todos, en fin, era ferviente la ardentísima caridad para con Dios y para con el prójimo. La Sagrada Liturgia pone ante nuestros ojos todos estos esplendores de santidad para que los contemple-

mos provechosamente, y ya que festejamos sus méritos, emulemos sus ejemplos⁽¹⁵⁴⁾. Conviene, pues, conservar la inocencia en la sencillez, la concordia en la caridad, la modestia en la humildad, la diligencia en el gobierno, la vigilancia en la ayuda de los que trabajan, la misericordia en socorrer a los pobres, la constancia en defender la verdad, el rigor en la severidad de la disciplina, a fin de que no falte en nosotros ningún ejemplo de buenas obras. Estas son las huellas que nos dejaron los santos al regresar a la patria, para que, siguiendo su camino, consigamos también su felicidad⁽¹⁵⁵⁾. Mas, para que hasta nuestros sentidos se muevan saludablemente, quiere la Iglesia que en nuestros templos se expongan las imágenes de los santos, siempre, sin embargo movida por la misma razón, de que imitemos las virtudes de aquellos cuyas imágenes veneramos⁽¹⁵⁶⁾.

99. b) Y como intercesores nuestros. Mas hay todavía otra razón para que el pueblo cristiano rinda culto a los santos del cielo, a saber, para que implorando su auxilio seamos ayudados por la protección de aquellos con cuyas alabanzas nos regocijamos⁽¹⁵⁷⁾. De esto fácilmente se deduce por qué ofrece la Sagrada Liturgia tantas fórmulas de oraciones para impetrar el patrocinio de los santos.

100. c) Culto preeminente a la Virgen Santísima. Mas, entre los santos del cielo, se venera de un modo preeminente a la Virgen MARÍA Madre de Dios, pues su vida, por la misión recibida del Señor, se une íntimamente con los misterios de JESUCRISTO; y nadie en verdad siguió más de cerca y más eficazmente las huellas del Verbo encarnado, nadie goza de mayor gracia y poder cabe el Corazón Sacratísimo del Hijo de Dios, y por su medio, cabe el Padre Celestial. Ella es más santa que los querubines y serafines, y goza de

(153) Efes. 4, 13.

(154) Misal Rom. Colecta III de la Misa por varios Mártires fuera del tiempo pascual.

(155) Beda Venerable, *Hom. 70 in solem. omnium Sanctorum* (Migne P.L. 94, 450).

(156) Misal Rom. Colecta de San Juan Damasceno.

(157) S. Bern. *Sermo II en la fiesta de Todos los Santos* (Migne P.L. 185, 210).

una gloria mucho mayor que los demás moradores del cielo, como quiera que es la *llena de gracia*⁽¹⁵⁸⁾ y Madre de Dios, la que con su parto feliz nos ha dado al Redentor. Siendo ella *Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra*, clamemos a ella cuantos *gemimos y lloramos en este valle de lágrimas*⁽¹⁵⁹⁾, y pongamos confiadamente nuestras personas y nuestras cosas todas bajo su patrocinio. Ella fue constituida nuestra Madre cuando el Divino Redentor hizo el sacrificio de Sí mismo, y así, pues, también por este título somos sus hijos. Ella nos enseña todas las virtudes, nos entrega su Hijo, y ⁵⁸³ *juntamente con El nos ofrece los auxilios que necesitamos, puesto que Dios quiso que todo louviésemos por María*⁽¹⁶⁰⁾.

101. Resumen de esta parte. Movidos, pues, por la acción santificadora de la Iglesia y confortados con los auxilios y ejemplos de los santos, y en especial de la Inmaculada Virgen MARÍA, a través de este camino litúrgico, que cada año se nos abre de nuevo, lleguémonos con sincero corazón, con plena fe, purificados los corazones de la mala conciencia, lavados el cuerpo con el agua limpia del bautismo⁽¹⁶¹⁾ al *Gran Sacerdote*⁽¹⁶²⁾, para que con El vivamos y sintamos, hasta poder penetrar por su medio *del velo adentro*⁽¹⁶³⁾ y allí honrar por toda la eternidad al Padre celestial.

102. Resumen general. Tal es la esencia y la razón de ser de la Sagrada Liturgia; ella se refiere al Sacrificio, a los Sacramentos y a las alabanzas de Dios, e igualmente a la unión de nuestras almas con Cristo y a su santificación por medio del Divino Redentor, para que sea honrado Cristo, y en El y por El toda la Santísima Trinidad: *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*.

(158) Luc. 1, 28.

(159) "Salve Regina".

(160) S. Bern. *In Nativ. B.M.V.*, 7 (Migne P.L. 183, 441).

CUARTA PARTE

NORMAS PASTORALES

I. - Se recomiendan calurosamente las otras formas de piedad no estrictamente litúrgicas

103. Aclaración sobre funciones litúrgicas y extralitúrgicas. Para alejar más fácilmente de la Iglesia los errores y exageraciones de la verdad de que antes hablamos, y para que con normas más seguras puedan los fieles practicar con abundantes frutos el apostolado litúrgico, juzgamos conveniente, Venerables Hermanos, añadir algo para deducir consecuencias prácticas de la doctrina expuesta.

Cuando hablábamos de genuina y sincera piedad, hemos afirmado que no podía haber verdadera oposición entre la Sagrada Liturgia y los demás actos religiosos, si éstos se mantienen dentro del recto orden y tienden al justo fin: más aún, hay algunos ejercicios de piedad que la Iglesia mucho recomienda al Clero y a las Religiosos.

Pues bien, queremos que el pueblo cristiano no se mantenga ajeno a esos ejercicios. Estos son, para citar sólo los principales, las meditaciones espirituales, el diligente examen de conciencia, los santos retiros instituidos para meditar las verdades eternas, las piadosas visitas a los sagrarios eucarísticos, y aquellas particulares preces y oraciones en honor de la bienaventurada Virgen MARÍA, entre las cuales, como todos saben, sobresale el *santo Rosario*⁽¹⁶⁴⁾. ⁵⁸⁴

1. Valor y justificación de la Paraliturgia

104. La acción del Espíritu Santo no les es ajena. Es imposible que la inspiración y la acción del Espíritu Santo permanezcan ajenas a estas variadas formas de piedad, pues se encaminan a que nuestras almas se conviertan y dirijan a Dios y expíen sus pecados, se exciten a alcanzar las virtudes, y se

(161) Hebr. 10, 22.

(162) Hebr. 10, 21.

(163) Hebr. 6, 19.

(164) Compárese C. I. C. can. 125.

estimulen saludablemente a la sincera piedad, acostumbrándose a meditar las verdades eternas y haciéndose cada vez más aptas para contemplar los misterios de la naturaleza divina y humana de JESUCRISTO. Además, cuanto más intensamente alimentan en los fieles su vida espiritual, mejor les disponen a participar con mayor fruto en las funciones públicas evitando el peligro de que las preces litúrgicas se reduzcan a un rito vacío.

105. Errores de los que hay que prevenir a los fieles. Como corresponde, pues, a vuestra pastoral diligencia, no dejéis, Venerables Hermanos, de recomendar y fomentar tales ejercicios de piedad, de los cuales, sin duda ninguna, el pueblo que os está encomendado obtendrá óptimos frutos de santidad. Y sobre todo no permitáis —cosa que algunos defienden, engañados sin duda por cierto deseo de renovar la Liturgia o creyendo falsamente que sólo los ritos litúrgicos tienen dignidad y eficacia— que los templos estén cerrados en las horas no destinadas a los actos públicos, como ya ha sucedido en algunas regiones; no permitáis que se descuide la adoración del Augustísimo Sacramento y las piadosas visitas a los tabernáculos eucarísticos; que se disuada la confesión de los pecados cuando se hace sólo por devoción; y que de tal manera se relegue, sobre todo durante la juventud, el culto a la Virgen Madre de Dios —el cual, según el parecer de varones santos, es señal de "*predestinación*"— que poco a poco se entibie y languidezca. Tales modos de obrar como frutos venenosos, sumamente nocivos a la piedad cristiana, que brotan de ramas enfermas de un árbol sano; hay que cortarles, pues, para que la savia vital nutra sólo frutos suaves y óptimos.

2. Confesión frecuente, ejercicios espirituales y distribuciones sacramentales

106. La Confesión Sacramental. Y ya que ciertas opiniones que algunos

propalan sobre la frecuente confesión de los pecados son enteramente ajenas al Espíritu de Jesucristo y de su inmaculada Esposa, y realmente funestas para la vida espiritual, recordamos aquí lo que sobre ello escribimos con gran dolor en Nuestras *Encíclica "Mystici Corporis"*^(165a), y una vez más insistimos en que, lo que allí expusimos con palabras gravísimas, lo hagáis meditar seriamente a vuestra grey y sobre todo a los aspirantes al sacerdocio y al clero joven, y lo hagáis dócilmente practicar.

107. Los Ejercicios y Retiros Espirituales. Mas procurad de modo especial que, no sólo el clero, sino el mayor número posible de seglares, sobre todo de los miembros de asociaciones religiosas y de la Acción Católica, practique el retiro mensual y los ejercicios espirituales en determinados días para fomentar la piedad. Como dijimos arriba, tales ejercicios espirituales son muy útiles y aun necesarios para infundir en las almas una piedad sincera, y para formarlas en tal sentido de costumbres que puedan sacar de la Sagrada Liturgia más eficaces y abundantes frutos.

En cuanto a las diversas formas con que tales ejercicios piadosos suelen practicarse, tengan todos presente que en la Iglesia terrena no de otra suerte que en la celestial, *hay muchas moradas*^(165b), y que la ascética no puede ser monopolio de nadie. Uno sólo es el Espíritu, el cual, sin embargo, *sopla donde quiere*⁽¹⁶⁶⁾, y por varios dones y varios caminos dirige a la santidad las almas por él iluminadas. Téngase por algo sagrado su libertad y la acción sobrenatural del Espíritu Santo, que a nadie es lícito, por ningún título, perturbar o conculcar.

Sin embargo, es cosa probada que los Ejercicios Espirituales, que se practican según el método y la norma de SAN IGNACIO, fueron por su admirable eficacia plenamente aprobados y vivamente recomendados por Nuestros Predecesores. Y también Nos, por la misma razón, los hemos aprobado y reco-

(165) Compárese Juan, 14, 2.

(166) Juan 3, 8.

mendado, y lo repetimos aquí de buen grado.

Es, con todo, enteramente necesario que aquella inspiración por la cual se sienten algunos movidos a peculiares ejercicios de devoción *proceda del Padre de las luces, de quien desciende toda dádiva preciosa y todo don perfecto*⁽¹⁶⁷⁾, de lo cual ciertamente será señal la eficacia con que tales ejercicios alcancen el que el culto divino sea cada día más amado y más fomentado, y el que los cristianos se sientan movidos de un intenso deseo de recibir dignamente los Sacramentos y de practicar todos los actos sagrados con el debido respeto y el debido honor. Porque si, por el contrario, pusieren obstáculo a los principios y normas del culto divino, o los impidieren y estorbaren, entonces hay que creer sin duda que no están ordenados y dirigidos por un recto criterio ni por un celo prudente.

108. Otras prácticas no estrictamente litúrgicas. Hay, además, otras prácticas de piedad que, aunque en rigor de derecho no pertenecen a la Sagrada Liturgia, tienen, sin embargo, una especial importancia y dignidad, de modo que en cierto sentido se tienen por insertas en el ordenamiento litúrgico, y han sido aprobadas y alabadas una y otra vez por esta Sede Apostólica y por los Obispos. Entre ellas hay que contar las preces que durante el mes de mayo se dedican a la Virgen Santísima, o en el mes de junio al Sagrado Corazón; las novenas y triduos, el ejercicio del Vía Crucis y otros semejantes.

Estas prácticas de piedad, incitando al pueblo ya a frecuentar asiduamente el Sacramento de la penitencia y a participar digna y piadosamente en el Sacrificio Eucarístico y en la Sagrada Mesa, ya también a meditar los misterios de nuestra Redención y a imitar los insignes ejemplos de los Santos, nos hacen así intervenir en el culto litúrgico, no sin gran provecho espiritual.

(167) Compárese Stgo. 1, 17.

3. Prevención contra reformas exageradas

109. Evitar los excesos litúrgicos y fomentar la Liturgia. Por eso haría algo pernicioso y totalmente erróneo quien con temeraria presunción se atreviera a reformar todos estos ejercicios de piedad, reduciéndolos a los solos esquemas y formas litúrgicas. Con todo, es necesario que el espíritu de la Sagrada Liturgia, de tal manera influya benéficamente sobre ellos, que no se introduzca nada inútil o indigno del decoro que se debe a la casa de Dios, o contrario a las sagradas funciones u opuestas a la sana piedad.

Procurad pues, Venerables Hermanos, que esa genuina y sincera piedad visiblemente crezca más cada día, y que por todas partes florezca con mayor abundancia. Y, sobre todo, no os canséis de inculcar a todos que la vida cristiana no consiste en muchas y variadas preces y ejercicios de devoción, sino en que éstas contribuyan realmente al progreso espiritual de los fieles, y por lo mismo al incremento real de toda la Iglesia. Pues el Eterno Padre *por El mismo (Cristo) nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia*⁽¹⁶⁸⁾. Por consiguiente, nuestras oraciones y nuestros ejercicios de piedad han de encaminarse sobre todo a que dirijan todas nuestras energías espirituales a la consecución de este supremo y nobilísimo fin.

II. - Espíritu Litúrgico y apostolado litúrgico

1. El conocimiento litúrgico y las Artes Sagradas

110. El movimiento litúrgico. Os exhortamos, pues, encarecidamente, Venerables Hermanos, a que, alejando cuanto sepa a error y falacia y reprobando cuanto se opone a la verdad y al orden, promováis las iniciativas que ponen al alcance del pueblo un conocimiento más profundo de la Sagrada Liturgia, de suerte que pueda más ade-

(168) Efes. 1, 4.

cuada y fácilmente participar en los ritos divinos con la disposición propia de todo cristiano.

588 **111. Obediencia a las disposiciones de la Iglesia.** Sea vuestro primer esfuerzo que todos, con la debida reverencia y no menos debida fe, se atengan a cuantos decretos han publicado o el *Concilio Tridentino*, o los Romanos Pontífices, o la Sagrada Congregación de Ritos, y cumplan las normas que los libros litúrgicos han determinado en cuanto a la práctica externa del culto público.

En todo lo que atañe a la Liturgia, deben ante todo brillar estas tres virtudes, de las que habla Nuestro Predecesor Pío X, a saber: *la santidad*, del todo opuesta a novedades de sabor mundano; *la dignidad* en las imágenes y formas a cuya disposición y servicio deben estar las genuinas y elevadas artes; y *el espíritu universalista* que, sin contravenir en nada las legítimas modalidades y usos regionales, patentice la unidad de la Iglesia⁽¹⁶⁹⁾.

2. Formación litúrgica del clero y del pueblo

112. Decoro en los sagrados edificios y sagrados altares. También es Nuestro insistente deseo recomendar el decoro que debe reinar en los sagrados templos y altares. Que cada uno se sienta animado por aquello: *el celo de tu casa me tiene consumido*⁽¹⁷⁰⁾; y por eso esfuércese para que, aunque no llame la atención ni por la riqueza ni por su esplendor, sin embargo todo cuanto pertenezca a los edificios sagrados, a los ornamentos y a las cosas del servicio de la Liturgia, aparezca limpio y en consonancia con su fin, que es el culto a la Divina Majestad. Y si ya antes hemos reprobado el criterio erróneo de quienes, bajo la apariencia de

volver a la antigüedad se oponen al uso de las imágenes sagradas en los templos, creemos que es Nuestro deber reprobar también aquí aquella piedad mal formada de los que sin razón suficiente llenan templos y altares con multitud de imágenes y efigies expuestas a la veneración de los fieles; de los que presentan reliquias desprovistas de las debidas auténticas^[170a] que las autoricen para el culto y de los que, preocupados en exigir minucias y particularidades, descuidan lo substancial y necesario, exponiendo así a mofa la religión, y desprestigiando la gravedad del culto.

Con esta ocasión os recordamos el decreto *sobre el no introducir nuevas formas de culto y devoción*⁽¹⁷¹⁾, cuyo fiel cumplimiento confiamos a vuestra vigilancia.

113. La música sagrada. En cuanto a la música, obsérvense escrupulosamente las fijas y claras normas promulgadas ya por esta Sede Apostólica. El canto gregoriano, que, siendo herencia recibida de antigua tradición, tan cuidadosamente tutelada durante siglos, la Iglesia Romana considera como cosa suya y cuyo uso está recomendado al pueblo e incluso terminantemente prescrito en algunas partes de la Liturgia⁽¹⁷²⁾, no sólo proporciona decoro y solemnidad a la celebración de los sagrados Misterios, sino que contribuye a aumentar la fe y la piedad de los asistentes. A este efecto, Nuestros Predecesores de inmortal memoria Pío X y Pío XI decretaron —y también Nos ratificamos gustosos sus disposiciones con Nuestra autoridad— que en los Seminarios e Institutos Religiosos se cultive el canto gregoriano con esmerado estudio, y que, al menos en las Iglesias más importantes, se restauren las antiguas "*Scholae Cantorum*", cosa ya en varios sitios realizada con éxito feliz⁽¹⁷³⁾.

(169) Compárese Litt. Apost. Motu Proprio *Tra le sollecitudini*, 22-XI-1903; ASS. 36 (1903), 329-332; en esta Colecc. Encicl. 91 p. 697-702; en latín: "*Inter pastoralis officii*".

(170) Salm. 68, 10; Juan 2, 17.

[170a] "Auténtica" significa aquí "la certificación de la identidad o legitimidad de una reliquia".

(171) Suprema S. Cong. S. Officii: Decretum 26-V-1937; ASS. 29 (1937) 304.

(172) Compárese Pío X, Litt. Apost. Motu Proprio *Tra le sollecitudini*, 22-XI-1903; ASS. 36 (1903) 329; ver nota (169); en esta Colecc. p. 697.

(173) Compárese Pío X, Motu Proprio *Tra le sollecitudini*, 22-XI-1903; ASS. 36 (1903) 329-332; en esta Colecc. p. 697; Pío XI, Const. *Divini cultus*, 20-XII-1928, II y V; AAS 21 (1929) 37 y 38; en esta Colección Encicl. 145, 15-16, págs. 1143-1144.

114. **El canto gregoriano.** Además, *para que el pueblo tome parte más activa en el culto divino, se debe restablecer entre los fieles el uso del canto gregoriano, en la parte que corresponde. Evidentemente, apremia el que los fieles asistan a las sagradas ceremonias, no como meros espectadores mudos y extraños, sino profundamente penetrados por la belleza de la Liturgia: que alternen sus voces con la del sacerdote y coro. Si esto, por la bondad de Dios, se verificare, no ocurrirá que el pueblo responda a lo más con un ligero y tenue murmullo a las preces comunes rezadas en latín o en lengua vulgar*⁽¹⁷⁴⁾. La multitud que asiste atentamente al Sacrificio del altar, en el que Nuestro Salvador, juntamente con sus hijos redimidos por su sangre, canta el Epitalamio de su inmensa caridad, no podrá callar, ya que *el cantar es propio de quien ama*⁽¹⁷⁵⁾, o, como dice el viejo refrán: *cantar bien es orar dos veces*. Así resulta que la Iglesia militante, clero y pueblo juntos, une sus voces a los cantos de la Triunfante y de los coros Angélicos, y todos a una cantan un sublime y eterno himno de alabanza a la Santísima Trinidad, según aquello: *y nosotros te rogamos que admitas nuestras voces mezcladas con las suyas*⁽¹⁷⁶⁾.

115. **El canto moderno.** Esto no quiere decir que la música y el canto modernos hayan de ser excluidos en absoluto del culto católico. Más aún, si no tienen ningún sabor profano, ni desdican de la santidad del sitio o de la acción sagrada, ni nacen de un prurito vacío de buscar algo raro y maravilloso, débenseles incluso abrir las puertas de nuestros templos, ya que pueden contribuir no poco a la esplendidez de los actos litúrgicos, a elevar más alto los corazones y a nutrir una sincera devoción.

116. **El canto popular.** Os exhortamos también, Venerables Hermanos, a

que os esmeréis en promover el canto popular religioso y su cumplida ejecución llevada a cabo con la debida dignidad, cosa que puede servir para estimular y encender la fe y la piedad del pueblo cristiano. Suba al cielo el canto unísono y majestuoso de nuestra multitud como el fragor del resonante mar⁽¹⁷⁷⁾, expresión armoniosa y vibrante de *un mismo corazón y una misma alma*⁽¹⁷⁸⁾, como corresponde a hermanos e hijos del mismo Padre.

117. **Las otras artes en el culto litúrgico: la arquitectura, escultura y pintura.** Y lo dicho de la música téngase poco más o menos como dicho de las demás artes nobles, en especial de la arquitectura, escultura y pintura. Las imágenes y formas modernas, efecto de la adaptación a los materiales de su confección, no deben despreciarse ni prohibirse en general por meros prejuicios, sino que es del todo necesario que, adoptando un equilibrado término medio entre un servil realismo y un exagerado simbolismo, con la mira puesta más en el provecho de la comunidad cristiana que en el gusto y criterios personales de los artistas, tenga libre campo el arte moderno para que también él sirva dentro de la reverencia y decoro debidos a los sitios y actos litúrgicos, y así pueda unir su voz a aquel maravilloso cántico de gloria que los genios de la humanidad han entonado a la fe católica en el rodar de los siglos.

118. **Rechazo de exageraciones.** Por otra parte, obligados por Nuestra conciencia y oficio, Nos sentimos precisados a tener que reprobar y condenar ciertas imágenes y formas últimamente introducidas por algunos, que, a su extravagancia y degeneración estética, unen el oponerse claramente más de una vez al decoro, a la piedad y a la modestia cristiana, y ofenden el mismo

(174) Pío XI, Const. *Divini cultus*, 20-XII-1928; ASS. 21 (1929) 39-40 en esta Colección: Encíclica 145, 20 págs. 1144-1145.

(175) S. Agustín, *Serm.* 336, n. 1 (Migne P.L. 38, 1472).

(176) Misal Rom. Prefacio.

(177) Compárese S. Ambrosio, *Hexaëmeron*, III, 5, 23 (Migne P.L. 14, 165; CSEL 32 pars. I, p. 74, 22 y 75, 8 s.).

(178) Compárese Act. 4, 32.

sentimiento religioso; todo eso debe alejarse y desterrarse en absoluto de nuestras iglesias, *y en general de todo lo que desdice de la santidad del lugar*⁽¹⁷⁹⁾.

119. Estímulo a los artistas y artes. Ateniéndolos, pues, diligentemente, Venerables Hermanos, a las normas y decretos de los Pontífices, iluminad y dirigid la mente y el espíritu de los artistas a los que se confíe hoy el encargo de restaurar o reconstruir tantos templos o deshechos o devastados por el furor de la guerra; ojalá que puedan y quieran, bajo la inspiración de la Religión, encontrar modos y motivos artísticos que respondan y más digna y convenientemente a las exigencias del culto, así se obtendrá que las artes, como si viniesen del cielo, felizmente resplandezcan con serena luz, sean una valiosísima aportación a la cultura humana, y contribuyan a la gloria de Dios y santificación de las almas. Porque las artes están realmente conformes con la religión, cuando sirven *como nobles doncellas al culto divino*⁽¹⁸⁰⁾.

120. Es importante que el clero y el pueblo vivan la vida litúrgica. Pero todavía hay algo de mucha mayor importancia, Venerables Hermanos, que queremos recomendar con especial interés a vuestra diligencia y celo apostólico. Todo lo que se refiere al culto religioso externo tiene realmente su importancia; pero el alma de todo ello ha de ser que los cristianos vivan la vida de la Liturgia, nutriendo y fomentando su inspiración sobrenatural.

Poned, pues, todo empeño en que el joven clero, al dedicarse a los estudios ascéticos, teológicos, jurídicos y pastorales, se forme también armónicamente de tal manera que entienda las ceremonias religiosas, perciba su majestad y belleza, y aprenda con esmero las normas llamadas rúbricas; y ello, no tan sólo por motivos culturales, ni únicamente para que el seminarista a su tiempo pueda realizar los actos litúrgicos con el orden, el decoro y la

dignidad debida, sino principalísimamente para que plasme a su espíritu en la unión y contacto con Cristo Sacerdote y resulte así un santo ministro de santidad.

Ni debéis omitir el que con toda diligencia y con cuantos medios y maneras vuestra prudencia juzgare más aptos para el caso, se unan a este efecto las mentes y los corazones de vuestro clero y pueblo; y así el pueblo fiel participe tan activamente en la Liturgia, que realmente sea una acción sagrada en la que el sacerdote que atiende a la cura de almas en la parroquia a él confiada, unido a la comunidad de sus feligreses, rinda al Señor el debido culto.

121. Los "Monaguillos" al servicio del altar. Para este fin será utilísimo escoger algunos niños piadosos, de todas las clases de la sociedad y bien instruidos, que con desinterés y buena voluntad sirvan devota y asiduamente al altar; misión que los padres, aunque sean de la más alta y más culta sociedad, deben tener a gran honra.

Si algún sacerdote tomase a su cuidado y vigilancia el que estos jovencitos bien instruidos cumpliesen tal oficio con reverencia y constancia a las horas establecidas, no sería difícil que de este núcleo surgiesen nuevas vocaciones para el sacerdocio, ni se daría ocasión para que el Clero —como ocurre demasiado aun en países muy católicos— se lamentase de no hallar quienes respondan o ayuden en la celebración del Augusto Sacrificio.

122. Celo de los Pastores. Trabajad sobre todo por obtener con vuestro diligentísimo celo que ninguno de vuestros fieles deje de asistir al Sacrificio Eucarístico; y para que saquen todos de él frutos más copiosos de salvación, no les dejéis de exhortar encarecidamente a que participen en él con devoción de todas aquellas legítimas maneras arriba expuestas. Siendo el Augusto Sacrificio del altar el acto fundamental del culto divino, claro es que en él se

(179) C. I. C. can. 1178.

(180) Pío XI, Const. *Divini cultus*, 20-XII-1928;

ASS. 21 (1929) 45; en esta Colección: Encicl. 145, 5 pág. 1141.

ha de hallar necesariamente la fuente y el centro de la piedad cristiana. No creáis haber satisfecho completamente a vuestro celo apostólico en este punto, mientras no acudan vuestros feligreses en gran número al celestial Banquete, que es *Sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad*⁽¹⁸¹⁾.

⁵⁹³ Y para que el pueblo cristiano logre conseguir estos bienes sobrenaturales cada vez más copiosamente, esmeraos en instruirle sobre los tesoros de piedad que se hallan encerrados en la Sagrada Liturgia, por medio de oportunas predicaciones; pero, sobre todo, con discursos y conferencias periódicas, con semanas de estudio y con otras semejantes industrias. Para el logro de este fin podéis tener ciertamente a vuestra disposición los miembros de la Acción Católica, dispuestos siempre a colaborar con la Jerarquía para promover el Reino de Jesucristo.

3. Prevención contra errores y herejías

123. Vigilancia contra los errores y prejuicios. Pero es absolutamente necesario que en todo esto estéis al mismo tiempo muy alerta, a fin de que no se introduzca el enemigo en el campo del Señor, para *sembrar la cizaña en medio del trigo*⁽¹⁸²⁾; esto es, que no se infiltren en vuestra grey aquellos sutiles y perniciosos errores de un falso *misticismo* y de un *quietismo* perjudicial, errores, como sabéis, ya antes por Nos condenados⁽¹⁸³⁾; asimismo que no seduzca a las almas un cierto peligroso *humanismo*, ni se introduzca aquella falaz doctrina que bastardea la noción misma de la fe católica; ni, finalmente, un excesivo arqueologismo en materia litúrgica. Con la misma diligencia débese evitar que no se difundan las aberraciones de los que creen y enseñan falsamente que la naturaleza humana de Cristo glorificada habita realmente y con su continua presencia en los justificados, o también que una

única e idéntica gracia une a Cristo con los miembros de su Cuerpo.

No os arredren las dificultades que sobrevengan; ni decaiga un punto vuestra solicitud pastoral: *Sonad la trompeta en Sión..., convocad a junta, congregad el pueblo, purificad toda la gente, reunid los ancianos, haced venir los párvulos y los niños de pecho*⁽¹⁸⁴⁾, y procurad, con cuantos medios podáis, que en todas partes se multipliquen templos y altares para los cristianos, quienes, estando como miembros vivos, unidos a su Cabeza divina, sean restaurados con la gracia de los Sacramentos y, celebrando a una con El y por El el Augusto Sacrificio, ofrenden al Eterno Padre las debidas alabanzas.

EPÍLOGO

124. Aprovechamiento de la Liturgia. Esto es, Venerables Hermanos, lo ⁵⁹⁴ que os teníamos que participar; Nos ha movido a hacerlo el deseo de que los hijos Nuestros y vuestros comprendan mejor y estimen en más el tesoro preciosísimo que se encierra en la Sagrada Liturgia, a saber: el Sacrificio Eucarístico, que representa y renueva el Sacrificio de la Cruz; los Sacramentos, manantiales de la gracia y vida divinas, y el himno de alabanza que tierra y cielo elevan diariamente al Señor.

De esperar es que estas Nuestras exhortaciones estimularán a los tibios y recalcitrantes, no sólo a un estudio más intenso y exacto de la Liturgia, sino también a traducir en la práctica de la vida su contenido sobrenatural, según aquello de SAN PABLO: *No apaguéis el Espíritu*⁽¹⁸⁵⁾.

125. Elegir lo mejor y más apropiado. Y a aquellos, a quienes cierto afán desmedido arrastra a las veces a hacer decir cosas que, bien a pesar Nuestro, Nos no podemos aprobar, les reiteramos el consejo de SAN PABLO: *Examinad, sí, todas las cosas y ateneos a lo bueno*⁽¹⁸⁶⁾; y les amonestamos con áni-

(181) Compárese S. Agustín, *Tract.* 26 in Juan 13 (Migne P.L. 35, 1613).

(182) Compárese Mat., 13, 24-25.

(183) Carta Encicl. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943;

ASS. 35 (1943) 197, en esta Colección: Encíclica 177, 8, pág. 1592.

(184) Joel 2, 15-16.

(185) I Tesal. 5, 19.

(186) I Tesal. 5, 21.

mo paternal a que los principios con que deben regularse en su pensar y obrar no sean otros que los que se siguen de lo dispuesto por la inmaculada Esposa de JESUCRISTO y Madre de los Santos.

Traemos también a la memoria de todos que es menester en absoluto someterse con ánimo generoso y fiel a las prescripciones de los Sagrados Pastores, a quienes por derecho compete el oficio de regular toda la vida, en especial, la espiritual de la Iglesia: *obedeced a vuestros prelados y estadles sumisos, ya que ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas, para que lo hagan con alegría y no penando*⁽¹⁸⁷⁾.

Dios, a quien adoramos y que *no... es autor de desorden sino de paz*⁽¹⁸⁸⁾, nos otorgue benigno a todos el que participemos de la Sagrada Liturgia con una sola mente y un sólo corazón en el destierro de aquí abajo, que no

(187) Hebr. 13, 17.

(188) I Cor. 14, 33.

(189) Apoc. 5, 13.

(190) Como prometimos en la introducción de la presente Encíclica daremos aquí el texto de la Alocución de Pío XII sobre la Liturgia Pastoral. El 22 de Septiembre de 1956 dirigió Pío XII en Roma un notable discurso en francés sobre la liturgia pastoral, a los Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes y religiosos que habían asistido al Congreso Internacional de Liturgia Pastoral, realizado en los días anteriores en Asís, Italia. (AAS. 48 [1956] 711-725). Reproduciremos a continuación su texto íntegro en la versión que dio el *L'Osservatore Romano* en su edición argentina, Buenos Aires, año 5, nr. 258 del 4-X-1956:

"Vous Nous avez demandé"

(22-IX-1956)

AAS LA ALOCUCION DEL PAPA PIO XII
48 AL CONGRESO DE LITURGIA PASTORAL
(En francés)

Introducción

711 1. Nos habéis pedido que os dirijamos la palabra para clausurar el Congreso Internacional de Liturgia Pastoral que acaba de celebrarse en Asís. Muy de corazón accedemos a vuestra petición y os damos la bienvenida.

2. Si se compara la situación actual del movimiento litúrgico con lo que era hace 30 años, se aprecia un progreso innegable realizado así en extensión como en profundidad. El interés por la liturgia, las realizaciones prácticas y la participación activa de los fieles han adquirido un desarrollo que hubiera sido difícil prever en aquel momento. El impulso principal, tanto en materia doctrinal cuanto en las aplicaciones prácticas, viene de la Jerarquía y, en particular, de Nuestro santo predecesor Pío X, que con su *Motu Proprio* "Abhinc duos annos" del 23 de octubre

debe ser sino como una preparación y preludio de aquella otra Liturgia del cielo en la cual, como es de esperar, a una con la excelsa Madre de Dios y dulcísima Madre nuestra cantemos por fin: *Al que está sentado en el Trono y al Cordero, bendición y honra y gloria y potestad por los siglos de los siglos*⁽¹⁸⁹⁾

126. **Bendición Apostólica.** Con esta felicísima esperanza, a todos y a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y a la grey cuya vigilancia os ha sido confiada, como auspicio de los dones divinos y como prenda de Nuestra especial benevolencia, os damos con todo afecto Nuestra Apostólica Bendición⁽¹⁹⁰⁾.

Dado en Castel Gandolfo, junto a Roma, el 20 de noviembre del año 1947, noveno de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

de 1913 (AAS. a. 5, 1913, págs. 449-451) dio al movimiento litúrgico un impulso decisivo. El pueblo creyente acogió estas directivas con agrado y se mostró dispuesto a responder a ellas: los liturgistas pusieron manos a la obra con celo, y pronto brotaron iniciativas interesantes y fecundas, si bien a veces ciertas desviaciones exigieron una retificación de parte de la autoridad eclesiástica. Entre los numerosos documentos publicados recientemente sobre esta materia, baste citar tres: La Encíclica *Mediator Dei. De Sacra Liturgia* del 20 de noviembre de 1947 (AAS. a. 39 1947, págs. 522-595)⁽¹⁾, las nuevas disposiciones sobre la Semana Santa con fecha 16 de noviembre de 1955 (AAS. a. 47, 1955, págs. 838-847), que han ayudado a los fieles a comprender mejor y a participar más en el amor, en los sufrimientos y en la glorificación de Nuestro Señor, y finalmente la Encíclica *De musica sacra* del 25 de diciembre de 1955 (AAS. a. 48, 1956, pág. 5-25)⁽²⁾. De esta manera el movimiento litúrgico ha aparecido como un signo de las disposiciones providenciales de Dios en el tiempo presente, como un paso del Espíritu Santo por su Iglesia, para que los hombres se acerquen más a los misterios de la fe y a las riquezas de la gracia que fluyen de la participación activa de los fieles en la vida litúrgica.

3. El Congreso, que termina ahora, tenía precisamente por fin mostrar el valor inapreciable de la liturgia para la santificación de las almas y por lo tanto para la acción pastoral de la Iglesia. Habéis estudiado este aspecto de la liturgia, tal como se manifiesta en la historia y como actualmente sigue desarrollándose; habéis examinado también cómo está fundado en la naturaleza de las cosas, es decir, cómo fluye de los elementos constitutivos de la liturgia. Vuestro Congreso llevaba consigo, por lo tanto, un estudio del desarrollo histórico, algunas reflexiones sobre la situación actual y un examen de los fines que

(1) Ver arriba p. 1707-1753.

(2) *Musicae sacrae*; en esta Colección Encicl. 218, p. 2070-2083.

hay que obtener en el futuro y de los medios apropiados para alcanzarlos. Después de haber considerado atentamente vuestro programa de trabajo, Nos formulamos votos para que esta nueva semilla, añadida a las del pasado, produzca ricas mieses en provecho de los individuos y de toda la Iglesia.

4. En esta alocución, en lugar de presentaros normas más detalladas, sobre las cuales la Santa Sede se ha pronunciado ya suficientemente, hemos juzgado más útil abordar algunos puntos importantes que hoy se discuten en materia litúrgico-dogmática, y que más nos interesan. Agruparemos estas consideraciones bajo dos títulos, que serán meras indicaciones, más bien que el tema mismo de Nuestra explanación: la Liturgia y la Iglesia, la Liturgia y el Señor.

1. LA LITURGIA Y LA IGLESIA

5. Como dijimos en la Encíclica *Mediator Dei*, la liturgia constituye una función vital de toda la Iglesia, y no sólo de un grupo o de un movimiento determinado. *La sagrada liturgia constituye el culto público del Cuerpo místico de Jesucristo, es decir de su cabeza y de sus miembros.* (AAS. 3. 39, 1947, págs. 528-529)⁽³⁾. El Cuerpo Místico del Señor vive de la verdad de Cristo y de las gracias que se difunden por los miembros, los animan y los unen entre sí y con su Cabeza. Tal es la idea de San Pablo cuando en su primera Epístola a los Corintios dice: *Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios.* (1ª Corintios 3, 23). Por lo tanto, se dirige a Dios, a su servicio y a su gloria. La Iglesia, llena de los dones y de la vida de Dios, se entrega con un movimiento íntimo y espontáneo a la adoración y alabanza del Dios infinito y, por la liturgia, le da como sociedad el culto que le debe.

6. A esta liturgia única, cada uno de los miembros, los que están revestidos del poder jerárquico, como la muchedumbre de los fieles, aporta cuanto ha recibido de Dios, todos los recursos de su espíritu, de su corazón, y de sus obras. En primer lugar la Jerarquía, que posee el depósito de la fe y el depósito de la gracia. Del depósito de la fe, de la verdad de Cristo contenida en la Escritura y la Tradición, saca los grandes misterios de la fe y los hace pasar a la liturgia, en particular los de la Trinidad, Encarnación y Redención. Pero difícilmente se hallaría una verdad de fe cristiana que no esté expresada de alguna manera en la liturgia, ya se trate de las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento durante la Santa Misa y en el Oficio divino, ya de las riquezas que el espíritu y el corazón descubren en los salmos. Las ceremonias litúrgicas solemnes son por otra parte una profesión de fe actuada; hacen sensibles las grandes verdades de la fe sobre los designios impenetrables de la generosidad de Dios y sus favores inagotables para con los hombres, sobre el amor y la misericordia del Padre celestial hacia el mundo, por cuya salvación envió a su Hijo y le entregó a la muerte. De este modo la Iglesia comunica en abundancia en la liturgia los tesoros del depósito de la fe, de la verdad de Cristo. Por la liturgia también se reparten los tesoros del depósito de la gracia que el Señor transmitió a sus Apóstoles: la gracia santificante, las virtudes, los dones, el poder de bautizar, de conferir el Espíritu Santo, de perdonar los pecados por la penitencia, de ordenar sacerdotes. En el corazón de la liturgia es donde se desarrolla la celebración de la Eucaristía, sacrificio y banquete; allí también es donde se confieren todos los sacramentos, y donde la Iglesia por medio de los sacramentales multiplica con largueza los beneficios de la gracia en las

circunstancias más diversas. La Jerarquía extiende aún su solicitud a todo cuanto contribuye a hacer más hermosas y más dignas las ceremonias litúrgicas, sea que se trate de los lugares del culto, del mobiliario, de los ornamentos litúrgicos, de la música sagrada, o del arte sagrado.

7. Si la Jerarquía comunica por la liturgia la verdad y la gracia de Dios, los fieles por su parte tienen el deber de recibirlas, de cooperar a ellas con toda su alma y de transformarlas en valores de vida. Todo lo que se les ofrece, las gracias del sacrificio del altar, los sacramentos y los sacramentales, los reciben, no de una manera pasiva, con sólo dejar que penetren en su interior, sino colaborando con ellos con toda su voluntad y todas sus fuerzas, y sobre todo participando en los oficios litúrgicos o al menos siguiendo con fervor su desarrollo. Han contribuido en gran parte y siguen contribuyendo con un esfuerzo constante a acrecentar el aparato exterior del culto, a construir iglesias y capillas, a decorarlas, a realzar la belleza de las ceremonias litúrgicas mediante los esplendores todos del arte sagrado.

8. Las contribuciones que la Jerarquía y los fieles aportan a la liturgia no se suman como dos cantidades separadas, sino representan la colaboración de los miembros de un mismo organismo que obra como un solo ser viviente. Los pastores y la grey, la Iglesia que enseña y la Iglesia que recibe la enseñanza no forman sino un solo y único cuerpo de Cristo. Por eso no hay razón alguna para alimentar desconfianzas, rivalidades, u oposiciones abiertas o latentes, sea en los pensamientos, sea en la manera de hablar o de obrar. Entre los miembros de un mismo cuerpo debe reinar ante todo la concordia, la unión, la colaboración. En esta unidad ora la Iglesia, ofrece, se santifica, y por lo tanto se puede afirmar con toda razón que la liturgia es la obra de la Iglesia toda entera.

9. Pero hemos de añadir que, sin embargo, la liturgia no es toda la Iglesia; que no agota el campo de sus actividades. Ya, al lado del culto público, el de la comunidad, hay lugar para el culto privado, que el individuo rinde a Dios en el secreto de su corazón o expresa por medio de actos exteriores, y que posee tantas variantes cuantos son los cristianos, bien que proceda de la misma fe y de la misma gracia de Cristo. Esta forma de culto no solamente la tolera la Iglesia, sino que la reconoce plenamente y la recomienda, sin quitar con todo nada a la preeminencia del culto litúrgico.

10. Pero cuando decimos que la liturgia no agota el campo de las actividades de la Iglesia; pensamos sobre todo en sus deberes docentes y pastorales, en el apacentar la grey de Dios que tenéis con vosotros. (I S. Pedro 5, 2). Hemos recordado el papel que el Magisterio depositario de la verdad de Cristo ejerce por la liturgia; la influencia del poder de gobernar sobre ella es también evidente, puesto que pertenece a los Papas reconocer los ritos vigentes, introducir los nuevos y regular la ordenación del culto, y a los obispos velar cuidadosamente por que se observen las prescripciones canónicas que conciernen al culto divino (AAS. 39, [1947], pág. 544)⁽⁴⁾. Pero las funciones de enseñanza y de gobierno se extienden aún más allá. Para darse cuenta de ello basta echar una ojeada al Derecho Canónico y a lo que dice sobre el Papa, las Congregaciones romanas, los Obispos, los Concilios, el Magisterio y la disciplina eclesiástica. Se llega a la misma conclusión observando la vida de la Iglesia y en Nuestras dos alocuciones del 31 de mayo y del 2 de noviembre de 1954 sobre la triple función

(3) En esta Colecc. ver Encicl. 185 n. 13 p. 1713.

(4) Ver (3) nr. 38 p. 1723.

del Obispo, hemos insistido expresamente sobre el alcance de sus cargos, que no sólo se limitan a la enseñanza y al gobierno, sino que también abarcan el resto de la actividad humana en la medida en que entran en juego intereses religiosos y morales. (AAS. 46, [1954], págs. 313-317).

11. Si, pues, los trabajos y los intereses de la Iglesia son en este punto universales, los sacerdotes y los fieles se guardarán de caer, en su manera de pensar y de obrar, en la estrechez de miras o incompreensión. Ya Nuestra Encíclica *Mediator Dei* había corregido ciertas afirmaciones erróneas que tendían, bien a orientar la enseñanza religiosa y pastoral en un sentido exclusivamente litúrgico, bien a levantar obstáculos al movimiento litúrgico que no se entendía. De hecho, no existe ninguna divergencia objetiva entre el fin que se propone la liturgia y el de las otras funciones de la Iglesia; en cuanto a la diversidad de opiniones, si bien es real, no presenta obstáculos insuperables. Estas consideraciones bastarán para demostrar, así lo esperamos, que la liturgia es obra de toda la Iglesia y que todos los fieles como miembros del Cuerpo Místico deben amarla, estimarla y tomar parte en ella, entendiendo no obstante que los deberes de la Iglesia se extienden bastante más allá.

II. LA LITURGIA Y EL SEÑOR

12. Nos querríamos ahora concentrar la atención de un modo particular en la liturgia de la Misa y en el Señor, que en ellas es a la vez sacerdote y ofrenda. Como surgen acá y allá imprecisiones e incompreensiones a propósito de puntos particulares, Nos diremos una palabra de la acción de Cristo, de la presencia de Cristo y de la infinita y divina majestad de Cristo.

1. Acción de Cristo

116 13. La liturgia de la Misa tiene como fin expresar sensiblemente la grandeza del misterio que allí se realiza, y los esfuerzos actuales tienden a hacer que los fieles participen en ella de la manera más activa e inteligente que sea posible. Aunque esta finalidad está justificada, se corre el riesgo de provocar un descenso en el respeto, si se desvía la atención de la acción principal para dirigirla hacia el esplendor de otras ceremonias. ¿Cuál es esta acción principal del sacrificio eucarístico? Nos hemos hablado de ella explícitamente en la alocución del 2 de noviembre de 1954 (AAS. 46, [1954], págs. 668-70), donde citábamos la doctrina del Concilio de Trento. En este divino sacrificio que se realiza en la misa está contenido e ineludiblemente se inmola aquel mismo Cristo que se ofreció a sí mismo por una vez y cruentamente en el ara de la Cruz... Es una e idéntica la Hostia; y el que ahora ofrece por ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció en la Cruz diferenciándose únicamente en la forma. (Conc. de Trento, Ses. 22, cap. 2)⁽⁵⁾. Y proseguíamos en estos términos: Por tanto el sacerdote celebrante, y él solo, representando a Cristo, es quien sacrifica; no son ni el pueblo, ni los clérigos, ni aun siquiera los sacerdotes que pía y religiosamente sirven al sacerdote que celebra, aunque todos pueden tener y tengan parte activa. (AAS., l. c., pág. 668). Subrayábamos a continuación que, por no distinguir entre la cuestión de la participación del celebrante en los frutos del sacrificio de la Misa y la cuestión de la naturaleza de la acción que él realiza, se llegaba a la conclusión: Es lo mismo celebrar una Misa a la que devotamente asisten cien sacerdotes que cien Misas celebradas por otros tantos sacerdotes. De esta afirmación decíamos: Esta opinión ha de rechazarse como un

error. Y añadíamos a manera de explicación: Tantas son las acciones de Cristo, Sumo Sacerdote, en la oblación del Sacrificio Eucarístico cuantos son los sacerdotes que celebran y no cuantos son los que oyen piadosamente la Misa de un obispo o de un sagrado presbítero; éstos, al asistir a la acción sagrada, de ninguna manera representan la persona de Cristo sacrificante ni actúan con ella, sino que han de ser comparados con los fieles laicos que asisten al sacrificio. (AAS. l. c., pág. 669). A propósito de los Congresos litúrgicos dijimos en esta misma ocasión: Estos encuentros a veces sí que una norma propia, es decir que sea un solo sacerdote quien celebre asistiendo (todos o en su mayor parte) los demás sacerdotes a esta Misa y reciben la sagrada comunión de mano del celebrante. Si ello se hace por causa justa y razonable... no se le ha de poner reparo, mientras bajo esta manera de obrar no subsista el error por Nos arriba recordado; es decir, el error sobre la equivalencia entre la celebración de cien Misas por cien sacerdotes y la celebración de una Misa a la que cien sacerdotes asisten piadosamente.

14. Según esto el elemento central del sacrificio eucarístico es aquel en el que Cristo interviene como que se ofrece a sí mismo, para volver a emplear los mismos términos del Concilio de Trento (Conc. de Trento, Ses. 22, c. 2)⁽⁶⁾. Esto se da en la consagración donde, en el mismo acto de la transustanciación realizada por el Señor, (ver Conc. de Trento, Ses. 13, c. 4 y 3)⁽⁷⁾, el sacerdote celebrante representa a la persona de Cristo. La consagración, aunque se realice sin fausto y en la sencillez, es el punto central de toda la liturgia del sacrificio, el punto central de la acción de Cristo cuya persona actúa el sacerdote celebrante o los sacerdotes concelebrantes en caso de verdadera consagración.

15. Acontecimientos recientes Nos dan ocasión de precisar ciertos puntos a este propósito. Cuando la consagración del pan y del vino se ha hecho válidamente, toda la acción del mismo Cristo se ha terminado. Aun cuando todo lo que sigue no se pudiese hacer, sin embargo, nada de lo esencial faltaría a la ofrenda del Señor.

Quando se termina la consagración, el ofrecimiento de la hostia puesta sobre el altar puede ser hecho y se hace por el sacerdote celebrante, por la Iglesia, por los otros sacerdotes, por cada fiel. Pero esta acción no es *actio ipsius Christi per sacerdotem ipsius personam sustinentem et gerentem* "no es acción del mismo Cristo por el sacerdote que sostiene a su persona y hace las veces de ella". En realidad, la acción del sacerdote que consagra es la misma de Cristo, quien obra por su ministro. En caso de una concelebración, en el sentido propio de la palabra, Cristo, en lugar de obrar por un solo ministro, obra por varios. Al contrario, en la concelebración de mera ceremonia, la que también un laico podría hacer, no hay nada de consagración simultánea, y esto suscita una cuestión importante: "¿Qué intención y qué acción exterior se requieren para que allí haya verdaderamente concelebración y consagración simultánea?"

16. Recordemos a este propósito lo que decíamos en Nuestra Constitución Apostólica *"Episcopalis Consecrationis"* del 30 de noviembre de 1944 (AAS 37 [1945] 131-132)⁽⁸⁾, donde determinábamos que en la consagración episcopal los dos Obispos, que acompañan al Obispo consagrante, deben tener intención de consagrar al Electo y que deben, por consiguiente, realizar las acciones exteriores y pronunciar las palabras, por las que se significan y transmiten el poder y la gra-

(5) Ver Denz-Umb. nr. 940.

(6) Hebr. 9, 27; ver Denz-Umb. nr. 940.

(7) Ver Denz-Umb. nr. 877 y 876.

(8) Ver en esta Colecc. Encicl. 186, nota [4] p. 1761-1762.

cia que se han de transmitir. No basta, pues, que unan su voluntad con la del consagrante principal y declaren que hacen suyas las palabras y las acciones de él. Ellos mismos deben realizar estas acciones y pronunciar las palabras esenciales.

17. Lo mismo ocurre en la concelebración propiamente dicha. No basta tener y manifestar la voluntad de hacer suyas las palabras y las acciones del celebrante. Los concelebrantes deben por sí mismos decir sobre el pan y el vino *Este es mi Cuerpo, Esta es mi Sangre*; si no, su concelebración es de mera ceremonia.

18. Por eso no es lícito afirmar "*que la única cuestión decisiva en último análisis consiste en saber en qué medida la participación personal sostenida por la gracia, en esta ofrenda de culto, aumenta la participación en la cruz y en la gracia de Dios, que nos une con El y entre nosotros*". Esta manera inexacta de plantear la cuestión Nos la hemos ya rechazado en la alocución del 2 de noviembre de 1954; mas algunos teólogos no logran aún aquietarse con esto. Pues bien, Nos lo repetimos: la cuestión decisiva (para la concelebración, como para la Misa de un solo sacerdote) no es saber qué fruto saca el alma de ella, sino cual es la naturaleza del acto que se hace: el sacerdote, como ministro de Cristo, o hace o no hace la acción de Cristo que se sacrifica y se ofrece a sí mismo. Lo mismo vale para los sacramentos: no se trata de saber si los elementos esenciales del signo sacramental (la aplicación del signo por el mismo ministro que realiza las acciones y pronuncia las palabras con intención por lo menos, de hacer lo que hace la Iglesia) han sido aplicados válidamente. Lo mismo es en la celebración y concelebración; hay que ver si con la intención interior necesaria, el celebrante realiza la acción exterior y sobre todo pronuncia las palabras que constituyen la acción *Christi se ipsum sacrificantis et offerentis* "*la acción de Cristo que se sacrifica y se ofrece a Sí mismo*". Esto no se realiza cuando el sacerdote no pronuncia sobre el pan y el vino las palabras del Señor *Este es mi Cuerpo, Esta es mi Sangre*.

2. Presencia de Cristo

19. Como el altar del sacrificio domina el culto litúrgico, de la vida de Cristo con toda propiedad se debe decir que toda ella está dominada por el sacrificio de la cruz. Las palabras del Ángel 719 a su padre nutricio: *Salvará a su pueblo de sus pecados* (Mat. 1, 21), las de San Juan Bautista: *He aquí el Cordero de Dios, he ahí al que quita el pecado del mundo* (Juan 1, 29), las del mismo Cristo a Nicodemo: *Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, a fin de que todo el que crea en El... tenga vida eterna* (Juan 3, 14-15), a sus discípulos: *He de ser bautizado con un bautismo... y cuántas ansias padezco, esperando que se cumpla!* (Luc. 12, 50), y sobre todo aquellas de la última Cena y del Calvario, todas indican que el centro del pensamiento y de la vida del Señor era la cruz y la ofrenda de Sí mismo al Padre para reconciliar a los hombres con Dios y salvarlos.

20. ¿Mas el que ofrece el sacrificio no es acaso, en cierto modo, más grande aún que el mismo sacrificio? Querríamos, por tanto, ocuparnos ahora del Señor mismo y, ante todo, llamar vuestra atención sobre el hecho de que en la Eucaristía posee la Iglesia al Señor con su cuerpo, con su sangre, con su alma y su divinidad. El Concilio de Trento lo definió solemnemente en la Sesión XIII, canon 1^o; basta por lo demás tomar en su sentido literal, que es bien claro y sin equívocos, las palabras pronunciadas por Jesús, para llegar a la misma conclusión: "*¡Tomad y comed! ¡Este*

es mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros! Tomad y bebed. Esta es mi Sangre que va a ser derramada por vosotros". y San Pablo en su primera carta a los Corintios (I Cor. 11, 23-35) emplea los mismos términos tan sencillos como claros.

21. Entre los católicos, no hay sobre este particular ninguna duda ni ninguna diversidad de opinión. Pero una vez que la especulación teológica se adentra a discutir sobre la manera cómo Cristo se encuentra presente en la Eucaristía, entonces surgen serias divergencias a propósito de diversos puntos. Nos no queremos entrar en estas divergencias especulativas; deseamos, sí, indicar ciertos límites e insistir sobre un principio fundamental de interpretación, cuyo olvido no deja de preocuparnos.

22. La especulación debe tomar como regla, que el sentido literal de los textos de la Escritura, la fe y las enseñanzas de la Iglesia han de tener primacía sobre el sistema científico y las consideraciones teóricas; la ciencia es la que debe conformarse con la revelación y no ésta con la ciencia. Una concepción filosófica, si deforma el sentido natural de una verdad revelada, o no es exacta, o no se utiliza correctamente. Este principio se aplica a la doctrina de la presencia real. 720 Algunos teólogos que aceptan, es verdad, la doctrina del Concilio sobre la presencia real y la transustanciación, interpretan las palabras de Cristo y las del Concilio de tal manera, como si de la presencia de Cristo no quedase más que una envoltura vacía de su contenido natural. Según el parecer de éstos, el contenido esencial actual de las especies del pan y del vino es "*el Señor en el cielo*" con el cual tienen las especies una relación que ellos llaman real y esencial contenido y de presencia. Esta interpretación especulativa suscita serias objeciones, cuando se la quiere presentar como plenamente suficiente, porque el sentido cristiano del pueblo fiel, la enseñanza catequética constante de la Iglesia, los términos del Concilio y sobre todo las palabras del Señor exigen que la Eucaristía contenga a Nuestro Señor mismo. Las especies sacramentales no son el Señor aunque se diga que tienen una relación de contenido y de presencia con la sustancia de Cristo en el Cielo. El Señor dijo: "*¡Este es mi Cuerpo! ¡Esta es mi Sangre!*" Pero no dijo: "*Esta es una apariencia sensible que significa la presencia de mi Cuerpo y de mi Sangre*". Sin duda alguna, hubiera podido hacer que los signos sensibles de una relación real de presencia fueran signos sensibles y eficaces de la gracia sacramental; pero aquí se trata del contenido de las especies eucarísticas, no de su eficacia sacramental. No se puede admitir, pues, que la teoría que acabamos de mencionar sea cumplida expresión de las palabras de Cristo y que la presencia de Cristo no signifique nada más y que eso baste para poder decir con toda verdad de la Eucaristía: *Es el Señor* (ver Juan 21, 7).

23. Es claro que la masa de los fieles no se encuentra en estado de comprender los problemas especulativos y difíciles y los ensayos de explicación que conciernen a la naturaleza de la presencia de Cristo. Por lo demás, el Catecismo Romano aconseja que no se ventilen estas cuestiones delante de los fieles (ver Cat. Rom., parte II, c. IV, n. 43 y 35), pero ni menciona ni propone la teoría esbozada anteriormente; mucho menos aún afirma que dicha teoría agote el sentido de las palabras de Cristo y que las explique plenamente. Se puede continuar buscando explicaciones e interpretaciones científicas, pero éstas, por así decirlo, no deben hacer salir a Cristo de la Eucaristía dejando solamente en el tabernáculo unas especies eucarísticas que guardan una relación

que se dice real y esencial con el Señor que verdaderamente está en el cielo.

24. Causa admiración que los que no se contentan con la teoría arriba expuesta sean colocados en el número de los adversarios entre los "fiscistas" no científicos, y es de admirar, a propósito de la concepción, tenida por científica, de la presencia de Cristo: "Esta verdad no es para las masas".

25. Debemos añadir a estas consideraciones algunas observaciones acerca del tabernáculo. Así como acabamos de decir poco ha: "el Señor es en cierta manera más grande que el altar y el sacrificio", podríamos decir ahora: "El tabernáculo en que habita el Señor que ha bajado a estar en medio de su pueblo, ¿es superior al altar y al sacrificio?" El altar aventaja al tabernáculo, puesto que en aquél se ofrece el sacrificio del Señor. Indudablemente el tabernáculo posee el Sacramento permanente; pero no es un altar permanente ya que solamente sobre el altar se ofrece en sacrificio el Señor mientras se celebra la Santa Misa, mas no después ni fuera de ella. En cambio, en el tabernáculo está presente el Señor tanto cuanto duran las especies consagradas sin que por esto se ofrezca permanentemente. Con todo derecho se puede distinguir entre la oblación del sacrificio de la Misa y el culto latréutico (*rendido a Dios*) que se ofrece al Hombre-Dios escondido en la Eucaristía. Una decisión de la Sagrada Congregación de Ritos fechada el 27 de julio de 1927, limita al mínimo la exposición del Santísimo durante la Misa (AAS. 19 [1927] 289); pero esto se explica fácilmente por el cuidado de mantener habitualmente separados el acto del sacrificio y el culto de simple adoración, con el fin de que los fieles comprendan claramente su carácter propio.

26. Sin embargo, más importante que la conciencia de esta diversidad es la de la unidad: es uno y el mismo Señor el que es inmolado en el altar y honrado en el tabernáculo desde donde reparte sus bendiciones. Si se tuviera la firme convicción de esto, se evitarían muchas dificultades, y no se exageraría el significado del uno con detrimento del otro, ni se haría oposición a las decisiones de la Santa Sede.

27. El Concilio de Trento ha explicado qué disposiciones deben tener con respecto al Santísimo Sacramento: "*Si quis dixerit, in sancto Eucharistiae sacramento Christum unigenitum Dei Filium non esse cultu latreutico, etiam externo, adorandum atque ideo nec festiva peculiari celebritate venerandum, neque in processibus, secundum laudabilem et universalem Ecclesiae sanctae ritum et consuetudinem, sollempniter circumgestandum, vel non publice, ut adoretur, populo proponendum, et eius adoratores esse idolatras: anathema sit*". "Si alguien dijere que en el santo sacramento de la Eucaristía no debe adorarse con culto latréutico, también externo, a Cristo Hijo Unigénito de Dios y que por eso tampoco debe venerarse con celebración festiva especial, ni que debe pasarse solemnemente por los pueblos en procesión según la laudable y universal costumbre y rito de la Santa Iglesia ni que se exponga públicamente al pueblo para la adoración y que los adoradores sean idólatras, sea anatema". (Conc. de Trento, ses. 13, can. 6, Denzinger Umb. nr. 888). "Si quis dixerit, non licere sacram Eucharistiam in sacrario reservari, sed statim post consecrationem necessario adstantibus distribuendam, aut non licere, ut illo ad infirmos honorifice deferatur: anathema sit". "Si alguien dijere que no es lícito reservar la Sagrada Eucaristía en el sagrario sino que es necesario distribuirla, en seguida después de la consagración, entre los asistentes o que no es lícito que se la lleve honoríficamente a los enfermos, sea anatema". (C. de Tren., s. 13 can. 7, Denz.-Umb. n. 889). Quien de corazón se adhiere a esta doctrina, no

piensa en formular objeciones contra la presencia del tabernáculo sobre el altar. En la Instrucción del Santo Oficio "*De arte sacra*" del 30 de junio de 1952 (AAS. 44, [1952], pág. 542-546), la Santa Sede insiste, entre otros puntos, sobre éste: "*Districte mandat haec Suprema S. Congregatio ut sancte serventur praescripta canonum 1268, § 2 et 1269 § 1: Ssma Eucharistia custodiatur in prae-cellentissimo ac nobilissimo ecclesiae loco ac proinde regulatier in altari maiore, nisi aliud... Ssma Eucharistia servari debet in tabernaculo inamovibili in media parte altaris posito*". "Es-trictamente manda esta Suprema Sagrada Congregación que se observen religiosamente lo prescrito en los cánones 1268, § 2 y 1269, § 1: La Santísima Eucaristía se guardará en el lugar más digno y excelente de la iglesia, y, por lo tanto, de ordinario, en el altar mayor, a no ser... (que resulte más conveniente y digno en otro altar)... La Sagrada Eucaristía debe guardarse en un sagrario inamovible colocado en medio del altar". (AAS. 44 [1952] 544).

28. No se trata tanto de la presencia material del tabernáculo sobre el altar, cuanto de una tendencia, sobre la cual Nos queremos llamar vuestra atención, la de una menor estima por la presencia y acción de Cristo en el tabernáculo, contentándose con el sacrificio del altar y disminuyendo la importancia de aquel que lo realiza. Ahora bien, la persona del Señor debe ocupar el centro del culto, por ser la que unifica las relaciones entre el altar y el tabernáculo, y les da su sentido.

29. Desde luego, por el sacrificio del altar es por donde el Señor se hace presente en la Eucaristía, y no está en el altar sino como "*memoria sacrificii el passionis suae*", "*recuerdo de su sacrificio y de su pasión*". Separar el tabernáculo del altar es separar dos cosas que deben quedar unidas por su origen y su naturaleza. La manera de poder colocar el tabernáculo en el altar sin impedir la celebración cara al pueblo, puede recibir diversas soluciones sobre las que los especialistas darán sus normas. Lo esencial es haber entendido que es el mismo Señor el que está presente sobre el altar y en el tabernáculo.

30. Se podría también recalcar la actitud de la Iglesia respecto de ciertas prácticas de piedad: las Visitas al Santísimo Sacramento, que vivamente recomienda, las Cuarenta-Horas, o "Adoración Perpetua", la Hora Santa, la comunión a los enfermos llevada con solemnidad, las procesiones con el Santísimo Sacramento. El liturgista más entusiasta y más convencido debe poder entender y adivinar lo que representa el Señor en el tabernáculo para los fieles profundamente piadosos, sea gente sencilla o culta. El es su consejero, su consolador, su fuerza, su recurso, su esperanza en la vida común como en la muerte. No contento, pues, con dejar que los fieles vayan al Señor en el tabernáculo, el movimiento litúrgico debe esforzarse por encaminarlos.

3. "Infinita et Divina Maiestas Christi"

31. El tercero y último punto, que Nos queríamos tratar, es el de "*infinita et divina Maiestas*" de Cristo, que indican las palabras "*Christus Deus*". Ciertamente el Verbo encarnado es el Señor y Salvador de los hombres; pero continúa siendo el Verbo, el Dios infinito. En el Símbolo de San Atanasio se dice: *Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre*. La Humanidad de Cristo tiene derecho también al culto de latria por razón de su unión hipostática con el Verbo, pero su divinidad es la razón y fuente de este culto. Así que la Divinidad de Cristo no puede quedar en manera alguna en la periferia del pensamiento litúrgico. Es normal que se vaya al Padre por Cristo, puesto que Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres. Pero no sólo es

Mediador, sino que está también en la Trinidad, en igualdad con el Padre y el Espíritu Santo. Basta recordar el prólogo grandioso del Evangelio de San Juan: *El Verbo era Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna* (Juan 1, 1-3). Cristo es el Primero y el Último, el Alfa y la Omega. Al fin del mundo, cuando todos los enemigos queden vencidos y la muerte en último lugar, Cristo, o sea, el Verbo subsistente en la naturaleza humana, devolverá el Reino a Dios su Padre, y el Hijo mismo se someterá a Aquel a quien todo está sometido, a fin de que *en todas las cosas todo lo sea Dios* (I Cor. 15, 28). La meditación de la "*infinita, summa, divina Maiestas*" de Cristo puede ciertamente contribuir a profundizar el sentido litúrgico, y por eso Nos hemos querido llamar hacia ella vuestra atención. Querriamos añadir para terminar dos advertencias sobre "la liturgia y el pasado", "la liturgia y el tiempo presente".

724 32. *La liturgia y el pasado.* En materia de liturgia, como en muchos otros campos, conviene evitar respecto al pasado dos actitudes extremas: un apego ciego y un menosprecio total. Hay en la liturgia elementos inmutables, un contenido sagrado que trasciende los tiempos, pero también elementos variables, transitorios, y a veces hasta defectuosos. La actitud actual de los mejores liturgistas respecto del pasado Nos parece en general del todo justa: investigan, estudian seriamente, se aficianan a lo que realmente vale, sin caer por otra parte en el exceso. Sin embargo, acá y allá aparecen ideas y tendencias extraviadas, resistencias, entusiasmos o condenaciones, cuyas formas concretas os son bien conocidas, y de las que Nos más arriba hemos hablado algo.

33. *La liturgia y el tiempo presente.* La liturgia imprime a la vida de la Iglesia, y a toda manifestación religiosa de hoy un sello característico. Se nota sobre todo una participación activa y consciente de los fieles en los actos litúrgicos. De parte de la Iglesia, la liturgia actual lleva consigo una inquietud de progreso; pero también de conservación y de defensa. Vuelve al pasado sin copiarlo servilmente, y lo crea de nuevo,

en las mismas ceremonias, en el uso del lenguaje vulgar, en el canto popular, y en la construcción de las iglesias. Sería con todo superfluo recordar una vez más que la Iglesia tiene graves motivos para que se mantenga firmemente en el rito latino la obligación incondicional para que el canto gregoriano cuando acompaña al Santo Sacrificio, se haga en la lengua de la Iglesia. Por su lado, los fieles procuran corresponder a las medidas tomadas por la Iglesia, pero en esto ellos adoptan actitudes profundamente diferentes, algunos mostrarán prontitud y entusiasmo y a veces hasta apasionamiento tan vivo que motive intervenciones de la autoridad; otros darán muestras de indiferencia y aun de oposición. Así se manifiesta la diversidad de temperamentos, como también la de las preferencias por la piedad individual o por el culto en común.

34. La liturgia actual se preocupa también de numerosos problemas particulares, por ejemplo de las relaciones de la liturgia con las ideas religiosas del mundo actual, y la cultura contemporánea, las cuestiones sociales y la psicología profunda.

35. Esta sencilla mención, bastará para mostraros que los diversos aspectos de la liturgia de hoy no sólo suscitan Nuestro interés, sino también mantienen despierta Nuestra vigilancia. Nos deseamos sinceramente que el movimiento litúrgico prospere, y Nos queremos ayudarle; pero también Nos toca prevenir todo lo que pudiera ser fuente de errores y peligros. Por lo demás, Nos 725 consuela y alegra saber que en esto podemos contar con vuestra ayuda y vuestra comprensión.

36. Que estas consideraciones puedan, con los trabajos que os han ocupado los días precedentes, producir los frutos abundantes, y contribuir a esperar más seguramente el fin al cual tiende la liturgia sagrada.

Como prenda de las divinas bendiciones que Nos imploramos sobre vosotros y sobre las almas que os están confiadas, os damos de todo corazón Nuestra Apostólica Bendición.

PIO PAPA XII.